



El enebro

Barbara Comyns



Lectulandia

Bella Winter tiene una cicatriz en la cara a raíz de un accidente de coche; conducía su novio, un tipo tacaño que no la apreciaba. Embarazada de un inmigrante al que conoció en una fiesta en un piso cochambroso de Bayswater y nunca más volvió a ver, tiene ahora una niña de meses negra, que oculta a su madre, una mujer que nunca parece haberla querido. Pero encuentra un trabajo que le encanta en una pequeña tienda de antigüedades en Richmond, hace nuevos amigos y empieza a tener la sensación de que la vida al fin le sonríe. El pasado, cómo no, vuelve, pero tal vez en condiciones que permitan reconciliarse con él; y el presente abre nuevos horizontes, quizá engañosos pero en principio muy felices.

En *El enebro* (1985), Barbara Comyns habla con singular magia y penetración de todas las cosas y personas —de un arcón a un amante o una cocinera— que pasan a formar parte de la vida, de cómo entran y salen, y de cómo configuramos nuestro espacio con lo nuevo y con lo que se pierde o muere... y todo en una insólita y compasiva versión de uno de los cuentos más terroríficos de los hermanos Grimm. Como dice Margaret Drabble, la novela es «un sofisticado relato de emociones adultas, narrado sin sentimentalismo, y sin ninguna idea preconcebida y convencional de cómo debe vivirse la vida».

Barbara Comyns

El enebro

ePub r1.0

Titivillus 13.06.2020

Título original: *The Juniper Tree*
Barbara Comyns, 1985
Epílogo: Margaret Drabble, 2011
Traducción: Miguel Ros González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

NOTA AL TEXTO



El enebro se publicó por primera vez en 1985 (Methuen, Londres).

Mi madre me mató,
mi padre me comió,
Marlinchen, mi hermanita,
recogió mis huesecitos y,
envueltos en un pañuelo,
los enterró bajo el enebro.
Pío, pío, soy un lindo pajarito.

CAPÍTULO I



Poco después de salir de la estación de Richmond, enfilé una calle tranquila y en cuesta, donde la nieve estaba casi intacta, y subí hasta llegar a una calle que parecía desierta. Entonces reparé en la preciosa mujer rubia que estaba en el jardín de su casa, como una estatua, muy quieta. Al acercarme vi que sus manos se movían: estaba pelando una manzana en la nieve. Cuando pasé a su lado, mirándola por el rabillo del ojo, el cuchillo se le resbaló, y de repente había sangre en la nieve. Dio media vuelta y entró en la casa antes de que pudiese ofrecerle ayuda. No me gustaba la idea de llamar a la puerta; transmitía mucha intimidación, pintada de verde botella y con grandes apliques de latón. Detrás de la verja de hierro forjado había un oso esculpido, con ojos tristes de piedra y nieve en el lomo. Parecía una escultura tardovictoriana, pero la casa era mucho más antigua, georgiana, con toda probabilidad. Creí ver una silueta tenue en una de las ventanas, por lo que me volví a toda prisa y seguí caminando calle arriba, hacia las puertas del parque, olvidando que había ido a Richmond a buscar trabajo, no a pasear entre los ciervos del parque nevado.

Pasé más de una hora allí. Hacía mucho tiempo que no pisaba la nieve limpia y olía su suave fragancia nortea, un olor tan tenue que resulta imposible describir. Los chiquillos se lanzaban por una pequeña cuesta cerca de las puertas del parque: algunos tenían trineos de verdad y otros iban en grandes bandejas o trozos de madera. Los niños gritaban y chillaban, contentos, los perros se sumaban al juego y había un gran ambiente festivo, aunque fuese un lunes por la mañana en pleno invierno. Me fijé en un galgo que estaba tiritando a pesar de llevar abrigo; la persona que sujetaba la correa era la hermosa mujer escultural que había visto esa mañana, y estaba observando atentamente a los niños que jugaban en la nieve. Merced al ambiente festivo, me armé de valor y me acerqué a ella, olvidando incluso ocultar la cicatriz de mi cara al hablarle. Le pregunté por la herida de la mano,

cubierta con un mitón de un color muy vivo. Sonrió y dijo que no era grave, a pesar de la sangre: había sido un corte muy limpio. Por su forma de hablar me percaté de que era extranjera, quizá alemana. Un niño se nos acercó a la carrera, metió una mano desnuda en el mitón acogedor, como para atrapar su calor, y echó a correr detrás de sus amigos. Le pregunté si era su hijo, pues tenían el mismo color, pero ella respondió: «No, me gusta ver jugar a los niños, pero yo no tengo»; la felicidad se le borró de la cara y supe que había dicho algo que no debía. Quizá había tenido un hijo y había muerto. Nos despedimos y me dirigí a toda prisa a la entrada del parque y a la entrevista de trabajo para la que iba con tanto retraso.

En cuanto entré en el local supe que no sería feliz trabajando allí. Era la tienda de antigüedades más limpia que había visto en mi vida; de hecho, la dueña llevaba un plumero en la mano y estaba pasándolo por una mesa cubierta de objetos de cristal. Aproximadamente la mitad de los muebles relucientes eran reproducciones, y el resto antigüedades bien cuidadas, de mucho valor. La porcelana y la cristalería también estaban en muy buenas condiciones, aunque la mayoría de las piezas, figuritas de Dresde y vajillas de Crown Derby, no eran de mi agrado. La señorita Murray, la dueña, dejó el plumero y, cuando se acercó, vi que tenía joroba y un mantón español negro sobre los hombros, que cubría parte de su blusa blanca y almidonada. Iba muy bien vestida y llevaba los pies diminutos encerrados en unos tacones de punta. Me pareció que su perfeccionismo era una especie de disfraz para ocultar la joroba, que en realidad apenas se notaba. Le dije que no era una cliente y que ya habíamos hablado por teléfono.

—Sí, sí, claro que me acuerdo. Llamó para responder a mi anuncio —dijo con voz nerviosa, mirándome detenidamente la cara—. Es usted la señorita Bella Winter; me explicó que no podría trabajar los sábados por su hija. El caso es que lo he pensado, señorita Winter, y cinco días a la semana no puede ser. Los sábados tengo mucho trajín. —Y rápidamente apartó los ojos de la cicatriz de mi cara, aunque al instante volvió a mirar. Era evidente que no quería más deformidades en su tiendecita impoluta.

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras retrocedía, dirigiéndome a la salida. No era solo por su reacción ante la cicatriz, sino porque tenía los pies mojados y fríos y de golpe me sentí hambrienta y débil. La señorita Murray, ajustándose con sumo cuidado el mantón, se adelantó como un rayo y se detuvo delante de la puerta, como una guardiana.

—No se vaya, señorita Winter —dijo en tono perentorio—. Parece muerta de frío, seguro que le apetece un café. Estaba a punto de prepararme uno. Y

mire cómo lleva los zapatos. Quíteselos y póngalos a secar al fuego; pero recuerde volver a ponérselos si entra un cliente. Mire, me he acordado de que una amiga tiene una tiendecita al otro lado del río; me temo, eso sí, que no se parece en nada a esta. Busca a alguien que se ocupe de la tienda mientras ella está en su puesto en un mercadillo de antigüedades. ¿Qué le parecería trabajar en Twickenham? Aunque no sea Richmond, claro.

Al cabo de una semana estaba viviendo y trabajando en Twickenham. Mi hija de dos años, Marline, a la que solía llamar Tommy, pasaba el día en una pequeña guardería municipal al otro lado del parque Green, sobrevolado por gaviotas y transitado por dueños abnegados que, lloviera o tronase, sacaban a su perro a hacer ejercicio. Los sábados tampoco eran un inconveniente, porque Tommy se quedaba en la tienda conmigo, jugando en silencio con las cosas de una caja que decía: «Todo a veinte peniques». En la trastienda había un comedor grande con cocina y con un antiguo aparador cubierto de porcelana que estaba a la venta; como todos los objetos de la casa, exceptuando nuestras camas y unas cuantas cosas que habíamos traído nosotras. En el piso de arriba había dos habitaciones bastante bonitas, aunque estaban viejas y descuidadas. También había un baño, sin bañera, pero con agua caliente a espuestas. Era, con mucha diferencia, la mejor casa en que había vivido desde que nació Tommy.

La tienda de antigüedades se llamaba Mary Meadows Antiques, como la propietaria, y era uno de esos negocios en que los transeúntes suelen pararse a mirar. El escaparate, de la primera época victoriana, tenía su encanto; el batiburrillo de tesoros expuesto estaba colocado con más atención de lo que parecía, y siempre había una o dos gangas para que la gente entrase. El precio de casi todas las piezas a la venta estaba señalado con claridad. Cada mañana me encargaba de retocar un poco el escaparate, y los sábados exponía las que Mary Meadows no había vendido en el mercadillo. Había trabajado en varias tiendas de antigüedades, pero la de Mary era la que más me gustaba, entre otras cosas porque tenía más responsabilidad y porque trabajar con ella era muy fácil. Casi se diría que la tienda era mía, porque Mary solo pasaba un par de veces por semana, a menos que tuviese que dejar algo. Iba siempre de aquí para allá con su furgoneta gris y alargada, para comprar esto o aquello en las subastas rurales. Con mucha frecuencia vendía piezas a los demás anticuarios antes incluso de haberlas expuesto en la tienda o en el mercadillo de antigüedades.

Al principio, yo nunca compraba nada, sino que me limitaba a revisar los objetos que los clientes y los anticuarios traían a la tienda: si algo merecía la

pena, concertaba una cita para que Mary lo viese. Algunos clientes, sobre todo las ancianas, planteaban un auténtico reto con sus reproducciones en latón que, según decían, llevaban generaciones en su familia; sus cepillos para chimenea con mango de latón y tres cerdas contadas; sus mangos de paraguas, sus curiosas tazas de porcelana pintadas a mano, sus pequeñas acuarelas, normalmente de flores o paisajes, sus bordados inútiles y sus broches horribles sin aguja. Yo procuraba tener paciencia con los clientes que me traían objetos por el estilo, que creían sumamente valiosos, pues a veces volvían con una litografía o un grabado muy bueno («Lo siento, pero solo es una copia»), jarras y tazas notables y, en alguna que otra ocasión, algo casi valioso. Me alegraba no trabajar con *art nouveau* ni *art déco*, pues a ninguna de las dos nos gustaba y no habría pegado en la tienda. A veces, eso sí, Mary compraba artículos para vendérselos a otros anticuarios, pero no para exponerlos.

Mary era bajita, con el pelo negro y casi tan rizado como Tommy. Tenía los dientes pequeños y afilados, de animalillo; de hecho, con su cara fina de expresión alegre podía recordar a una ardilla. Era una flecha, y como una flecha entraba en la tienda cargada de paquetes, normalmente envueltos en periódico. Empezaba tres o cuatro frases que no terminaba, soltaba una carcajada, saludaba a un conocido que pasaba por el escaparate, se dirigía a toda prisa a la puerta y, con la patita aún en el pomo, daba alguna instrucción de última hora: «Si te parece que tiene una grieta y lo crees conveniente, baja el precio. Richard tiene que llamar, ¿o es Roger? El de las orejas gigantes, vamos. ¡Y el contable! Se me había olvidado. Ah, y los bastones con mango de cristal de Bristol», y se marchaba.

En teoría, los lunes la tienda estaba cerrada, pero si alguien llamaba a la puerta le abría y, a veces, vendía o compraba algo. En caso contrario, me entretenía pintando de blanco las paredes del comedor y la cocina o haciendo una alfombra dorada para el suelo. Era una alfombra barata, cosida con retales, que teóricamente se podía lavar. También me hice unas cortinas con una máquina de coser eduardiana, toda decorada con madreperla, que encontré en la tienda y que luego vendí por veinticinco libras, aunque solo tenía una bobina pequeña y gruesa que había que recargar con hilo de algodón cada dos por tres.

Los domingos eran para Tommy, como quien dice, pues era el único día de la semana en que podía dedicarle toda mi atención. Descubrimos un parquecito encastrado entre calles tranquilas, donde dábamos de comer a los patos del riachuelo y lanzábamos una enorme pelota de colores por la cuesta

herbosa. Al volver a casa, nos pegábamos una señora comilona, veíamos programas tontos en la televisión y jugábamos con una enorme arca de Noé que había comprado en una subasta. También teníamos muñecas y libros; a Tommy le encantaban los libros, pero el arca era su juguete favorito.

Cuando era niña, mi padre me regaló una muñeca gigante poco antes de abandonarnos. Era bastante fea y tenía un pelo durísimo, imposible de peinar, pero me encantaba. Pasaba las noches abrazada a ella y le echaba crema fría en su cara anodina. Tenía una de las manos chamuscada, negra, marrón y horrenda; a veces pensaba que mi madre había tenido algo que ver. Una noche no la encontré por ningún sitio y me quedé en la cama sola y llorando, pero a la mañana siguiente allí estaba, sentada a la mesa del desayuno, en mi silla. Fui corriendo a darle un abrazo, y entonces vi que lo que estaba abrazando era una caja de madera de la que despuntaban sus piernas, sus brazos y su cabeza. Los hombros cuadrados eran muy anchos y daban miedo. La tiré al suelo, pero acto seguido, hecha una furia, volví a cogerla, clavándome las astillas de la madera áspera. Además de miedo, sentía una rabia indecible, y a veces cosía a patadas a la pobre muñeca, y otras la acariciaba con mimo. Al final, mi madre se cansó de la «broma» y la muñeca fue desterrada al armario de la cocina. A veces, al abrirlo, veía a esa monstruosa Frankenstein con el brazo chamuscado, sentada entre las jarras de conservas, muy erguida, y rompía a llorar.

Tengo pocos recuerdos felices de mi madre. Parecía culparme de la marcha de mi padre, quien, después de dejarnos, a veces venía para llevarme por ahí. Había excursiones por el río hasta un gran palacio, probablemente Hampton Court; y sesiones de cine y helados mucho más buenos que los que he tomado desde entonces. Una vez fuimos a pasar el día a la playa, y también vino una mujer encantadora. Era de otro país, pero hablaba inglés, y pensé que quizá fuera estadounidense. Mucho después supe que era de Canadá y que había muerto antes de que mi padre tuviese los papeles para poder casarse con ella. Siempre me acuerdo de aquella salida, sobre todo porque no volví a ver a mi padre. Cuando pasaba el día con él, mi madre siempre me hacía muchísimas preguntas. Si no le gustaban las respuestas, me azotaba las manos hasta hacerme llorar; no de dolor físico, sino mental.

Mi madre era profesora de educación física en un colegio de la zona, al que también iba yo. Al principio, mis compañeras se burlaban de mí y me apodaban «la mascota de la seño», pero cuando vieron cómo me trataba dejaron de hacerlo. En cuanto tuve edad para cruzar sola la concurrida calle principal, mi madre y yo empezamos a ir al colegio cada una por su lado. Se

diría que no queríamos pasar juntas ni un segundo más de lo indispensable. Sin embargo, por curioso que parezca, era extremadamente generosa conmigo en algunos sentidos. Aunque no cobraba demasiado, nunca me faltó ropa limpia ni comida. En Navidad y en mi cumpleaños me hacía regalos bonitos como si fuesen castigos. Recuerdo que un año me compró una bicicleta nueva, y por mi décimo cumpleaños me regaló un maletín de cuero auténtico con mis iniciales grabadas. Era la única del colegio con un maletín así: las demás llevaban sus libros en aparatosos bolsos que se echaban a la espalda, con los que parecían jorobadas al andar.

Casi nunca invitaba a mis compañeras a casa. Era una casa pequeña e impersonal en Kilburn, con una vidriera en la puerta principal y un sendero de ladrillo holandés en el jardín. Estaba decorada con muebles comprados a plazos, ya pagados y viejos. El sofá era de cuero marrón de imitación y cuando hacía calor se nos pegaba al trasero, como las sillas del comedor. En la casa predominaban el marrón, el verde oscuro y el marrón dorado. Lo único que me gustaba era un reloj ornamental francés bañado en oro, que perteneció al abuelo francés de mi madre y que marcaba suavemente las horas desde la horrenda repisa de la chimenea de la sala de estar. A veces se paraba a las ocho, pero no ocurría a menudo, pues en tal caso mi madre lo habría tirado. Representaba a Robinson Crusoe sentado debajo de una palmera y a Viernes sirviéndole, y quizá también hubiese un parasol, aunque parece improbable. Creo que ese reloj despertó mi interés por los objetos antiguos. Cuando me hice mayor, me pasaba las mañanas de los sábados buscando tiendas de antigüedades: aunque Kilburn no era el lugar idóneo, había muchas no muy lejos de casa, y también estaba el mercadillo de Portobello Road, que a mí me parecía un curioso país de las maravillas. Tenía muy poco dinero, pero de vez en cuando compraba libros infantiles victorianos y figuritas de Staffordshire decapitadas y, en una ocasión, me hice con un plato conmemorativo del nacimiento del rey Eduardo, del que estaba muy orgullosa. Mi madre toleraba la porcelana, pero acabó prohibiendo los libros por si tenían «bichos en el lomo».

Dejé el instituto a los dieciséis años con unos cuantos aprobados, pocas ambiciones y pocos amigos. Mi madre me mandó a estudiar Empresariales *ipso facto*, y, aunque por aquel entonces lo detestaba, los conocimientos que adquirí allí me han resultado muy útiles. Mi primer trabajo fue en una tienda de carbón, en cuyo escaparate polvoriento se exponían boles llenos de género. La tienda se llamaba Crimony, El Carbón del Pueblo, y yo me encargaba de escribir cartas a los clientes para recordarles que hiciesen sus pedidos antes de

que acabara el verano y subiese el precio. También había que preparar facturas y responder al teléfono. Las mujeres con las que trabajaba eran amables, pero ya tenían una edad y hablaban de sus máquinas de tejer y de su jubilación. ¿Tenían que dejar sus pequeños pisos y mudarse a la playa, a Bognor, por ejemplo, o la vida en un hotelito sería más cómoda? Se olvidarían de las tareas domésticas, pero ¿qué harían con tanto tiempo libre? Yo oía sus planes, aunque sabía que era poco probable que dejaran sus casitas acogedoras, al menos mientras conservaran la salud. Les encantaba hacer la limpieza general, llegada la primavera, e informaban de su progreso día tras día: el envío de la alfombra a la tintorería y las cortinas lavadas, la suciedad condensada en la despensa, la sorprendente cantidad de polvo debajo de la cocina y, catástrofe entre las catástrofes, la grieta del inodoro. Trabajar para el señor Crimony no era complicado, aunque a veces me seguía cuando bajaba al archivador del sótano, donde guardábamos los documentos antiguos. Se acercaba tanto que oía su respiración, y alguna que otra vez me puso su mano oscura y peluda en el hombro, pero no pasó de ahí. Aprendí, eso sí, a encontrar documentos en tiempo récord.

Me quedé seis meses con el carbón hasta que, para gran disgusto de mi madre, empecé a trabajar en una tienda de muebles de segunda mano en Chalk Farm. En realidad era una tienda de objetos usados, pero a veces aparecía algo de valor, con lo que algunos anticuarios optimistas se dejaban caer por allí de vez en cuando y fui entrando en contacto con el mundo de las antigüedades.

Entretanto, mi madre seguía en el colegio. Su pelo azabache empezaba a ponerse gris y las palabras coloquiales que le gustaba decir ya estaban un poco anticuadas, con lo que las alumnas se reían y la llamaban «la vieja Culofrío» a sus espaldas. A veces salía a tomar algo con sus compañeras de trabajo a un *pub* popular, pero nunca venían a casa. Ni ellas ni nadie, creo.

Hablábamos poco, mi madre y yo. Me hacía comentarios del tipo: «Bella, de verdad, pareces un hombre con esos vaqueros. Tienes el culo gordo, y las caderas anchas».

Yo le respondía: «Pues muy bien, me gustan así», pero en realidad no. Me preocupaban muchísimo mis caderas y mis piernas grandes. De cintura para arriba estaba bastante bien, y sigo estándolo, si dejamos aparte la desfiguración. Mi pelo negro sigue siendo abundante y radiante, y siempre me queda precioso, cuando lo llevo corto y cuando me lo dejo crecer. Tengo los ojos muy oscuros, con una especie de brillo —al menos brillan cuando me miro al espejo—; la piel suave y blanca, de un blanco sano; y los labios rojos,

incluso sin pintalabios. Tengo unos dientes bonitos y, ahora, también buen tipo, aunque entonces, aún adolescente, estaba algo entrada en carnes de cintura para abajo, con un culo tirando a grande, unos muslos carnosos que se abultaban un poco al sentarme y unas piernas rechonchas que, felizmente, se estrechaban en los tobillos, antes de llegar a los pies pequeños.

Si alguna vez presumí de mi físico —y reconozco que de niña era un tanto engreída—, mi vanidad se vio castigada con una visible cicatriz en la mejilla izquierda. Al principio medía casi ocho centímetros y me levantaba un ojo, formando una mueca horrible, pero ahora, después del tratamiento, el ojo apenas se inmuta y la cicatriz es más corta, sin aquel tono rojo púrpura. Las señales de los puntos también han desaparecido casi por completo. Al principio parecía un ciempiés asustado subiéndome por la cara, y me la tapaba con la mano al hablar con la gente. Y aún hoy vuelvo el lado izquierdo.

Mi padre me puso Bella. En aquella época el nombre era una vergüenza.

CAPÍTULO II



Llevaba poco más de un mes viviendo en Twickenham cuando oí el timbre del mostrador y salí a toda prisa de la trastienda, taza de té en mano. Había una mujer muy alta de espaldas al escaparate, vestida con una prenda color crema que recordaba a una túnica. Al principio no la reconocí, pero en cuanto encendí la luz, que habría tenido que estar encendida, vi que era la hermosa mujer de Richmond, la que se había cortado la mano y cuya sangre había goteado en la nieve. Sus guantes estaban sobre el mostrador; cuando le miré la mano me reconoció y, con una sonrisa, dijo: «Está curada del todo. No se ve nada», y nos sonreímos como dos viejas amigas.

Me explicó que estaba buscando grabados, litografías y pinturas a la altura de su exigente marido. Había reparado más de una vez en Mary Meadows Antiques, pero era la primera vez que se detenía a mirar el escaparate. Se llevó varios grabados grandes y feos por sus marcos, de madera de arce ojo de pájaro, y una pequeña litografía de unos perros a los que estaban cortando el pelo debajo de unos soportales. (Los perros, caniches en su mayoría, estaban atados a una carreta destartada. Aquel debió de ser uno de los primeros salones de belleza caninos. Creo que se menciona uno en *David Copperfield*). También compró una sillita de madera de olmo, con un hueco en forma de corazón en el respaldo; sin duda una silla de niño, que a Tommy le encantaba.

Tenía el coche aparcado al lado del parque Green, y la ayudé a llevar sus compras y a meterlas en el maletero envueltas en mantas oscuras del ejército, para proteger el cristal. La sillita la puso a su lado, en el asiento del copiloto. «No quiero que se quede encerrada a oscuras», dijo, como si fuera un ser vivo. Mientras la veía alejarse en su coche caro, caí en la cuenta de que no sabía cómo se llamaba. Confiaba en que volviese. Era como si ya formara parte de mi vida.

Aquella tarde, mientras vaciaba la caja, vi su cheque al lado del papel moneda, impoluto entre los billetes manchados. Estaba firmado «Gertrude

Forbes», y en la otra cara aparecía la dirección de Richmond. «Gertrude — dije en voz alta—, Gertrude», y la segunda vez me gustó más.

Al cabo de unos días, Gertrude Forbes llamó para decir que a su marido le habían gustado los marcos y que estaba encantada con la sillita; que creía que aquella sería la primera de muchas compras. Luego me invitó a comer, para que conociese a su marido, el domingo siguiente. Ni siquiera sabía cómo me llamaba, y se dirigió a mí como «señora Meadows», confundíéndome con la dueña de la tienda. Le expliqué mi posición y le dije que era madre de una niña que tendría que venir conmigo, y me respondió que fantástico, que tanto a ella como a su marido les encantaban los niños, «sobre todo ahora». «Claro», respondí yo, aunque no sabía a lo que se refería; quizá a algo relacionado con el Año Internacional del Niño. ¿Qué pensarían de mi hija de piel oscura? No dejaba de darle vueltas.

Marline era hija de un hombre que no conocía, con el que coincidí en una fiesta que dio en Bayswater gente a la que no conocía. Me presenté con una compañera de piso, una australiana salvaje. El hombre con el que llevaba más de dos años viviendo y yo lo habíamos dejado; en realidad podría decirse que me había echado del apartamento que compartíamos, y vivía en un piso de mala muerte de Cleveland Square. Compartía un sótano con tres chicas desordenadas, varios ratones y diminutas cucarachas que se colaban por todas partes. Por aquel entonces estaba demasiado deprimida para que me preocupase dónde vivía si no era con Stephen, aunque en el fondo sabía que lo mejor era que no estuviésemos juntos; de haber tenido más orgullo, lo habría dejado varios meses antes. Si me paro a pensar en nuestra relación, creo que nunca estuvo enamorado de mí, salvo quizá las semanas que siguieron al accidente. La que amaba era yo, y él a veces me mimaba, otras me provocaba, en ocasiones hasta llegar a ser odioso, como para comprobar cuánto era capaz de soportar. Se quejaba de que mis vestidos estuviesen mezclados con sus trajes en el armario, de que mis libros estuvieran desperdigados por el piso. Decía que mis cosas le hacían sentirse acorralado, «atrapado», aunque fue Stephen quien me convenció para dejar mi casa y mudarme con él. También compartíamos los gastos, así que yo le costaba bien poco: alguna que otra salida a cenar o a tomar algo, la gasolina, un taxi ocasional, cosas por el estilo. A veces teníamos auténticas discusiones por la compra del fin de semana, y normalmente yo acababa pagando más de lo que me correspondía. Su tacañería era una especie de juego entre él y yo, aunque a veces era inesperadamente generoso. No obstante, fue el dinero lo que acabó con nuestra relación; el dinero y la cicatriz que me desfiguró el lado

izquierdo de la cara. Aunque Stephen iba al volante cuando sucedió, me culpaba por el accidente y por su año sin carné por conducción temeraria. Decía que lo había distraído, aunque yo estaba dormida cuando nos estrellamos. Me desperté en el arcén, con la nariz y la cara ensangrentadas. La sangre era de un marrón oscurísimo, y notaba su sabor salado en los labios. Alguien me estaba atendiendo con suma delicadeza, y cuando dije: «Mi sangre ya no es roja» me respondieron no sé qué de las farolas y que no me preocupase. Luego me vi en el hospital, rodeada de desconocidos en sus respectivas camas: algunos gritaban de dolor, otros parecían muertos. Me preguntaba por qué me habrían vendado tanto la cara, pues lo único que me dolía era la frente; el otro dolor llegó después. Stephen vino a verme, irritado, con el brazo en cabestrillo. Me alegré de que tuviese la cara intacta.

Cuando llevaba unos días en el hospital y estaba más lúcida, también vino mi madre. Me sorprendió reencontrarme con su cara amargada, porque apenas nos habíamos visto desde que me marché de casa. Me trajo un gran pastel que sería incapaz de comerme, pero vi que se había esforzado bastante en hacerlo, aunque estuviera congelado. Antes de marcharse, sacó un espejito del bolso para que me viese la cara, y lo único que vi fueron muchas vendas y un ojo amoratado. Y, en ese tono rencoroso tan suyo, apuntó: «¿Qué diría tu padre si te viese ahora? ¡Bella, bellísima!». Pero mi padre estaba a miles de kilómetros, en Canadá, y era harto improbable que viese mi cara maltrecha. El peor día en el hospital, y quizá de toda mi vida, fue cuando me quitaron las vendas y vi por primera vez esa línea púrpura decorada con puntos, que me levantaba media boca y un ojo en una mueca lasciva. Yo no tenía ni idea de que, debajo de las vendas, tenía la cara así. Cuando Stephen se coló en la sala y vio mi rostro desfigurado por esa cicatriz púrpura que parecía un ciempiés, se sentó en mi cama y, con una voz insólita y entrecortada, dijo entre lágrimas: «¡Dios mío, mira lo que te he hecho!». Creo que en ese momento me quiso de verdad. Me llevó al apartamento y me quiso al menos un mes. Su devoción conmovió incluso a mi madre. Casi había merecido la pena quedar desfigurada para sentir tanto amor. Me compró pañuelos preciosos para que pudiese cubrirme el lado izquierdo de la cara. Uno era de muselina negra con estrellitas doradas, y otro naranja y dorado, y también me regaló pañuelos cuadrados de seda, como los que llevan las jóvenes de clase alta. Aún tengo varios guardados.

No me atreví a volver a la tienda de antigüedades en que trabajaba, aunque allí había sido feliz, y empecé a trabajar de operadora en una centralita, donde nadie me viese, aparte de mis compañeras —que no tardaron

en acostumbrarse a esa calamidad que tenía por cara—. A veces las oía hablar de mí: «Seguro que era guapa antes del accidente, tiene una piel preciosa» o «Lo de la boca es una pena. La tiene como torcida».

Después de dos operaciones, la mueca apenas se notaba y el ojo fue mejorando poco a poco. Luego la cicatriz menguó y se volvió casi blanca, aunque a mí seguía pareciéndome una desfiguración horrenda, sobre todo los días en que estaba deprimida, y fue entonces cuando adopté la costumbre de volver la cara al hablar, con lo que a la gente le costaba oír lo que decía, menos cuando hablaba por teléfono.

Estuve casi dos años pasando de un trabajo telefónico a otro, y cuando Stephen y yo lo dejamos viví en varios pisos cochambrosos en edificios cochambrosos. Casi todos estaban en el distrito de Bayswater, abarrotado de sudamericanos y filipinos, muchos de ellos inmigrantes ilegales que trabajaban en hoteles. Los edificios eran grandes y las calles anchas, y muchos transeúntes parecían árabes. Cuando hacía buen tiempo pasaban la tarde en su jardín, echados en alfombras y bebiendo café. A veces había alfombras de colores brillantes colgadas en las verjas de los jardines, hasta que caía la lluvia o la noche. Nunca vi a nadie colgar o descolgar una alfombra; aparecían y desaparecían cuando tocaba. Bien podrían ser alfombras mágicas.

Me fui moviendo por el distrito: de Leinster Gardens pasé a Ladbroke Grove, y luego volví a Bayswater, a Cleveland Square, con la que me encariñé. Creo que allí viví en tres pisos distintos; si se les podía llamar pisos. En realidad eran estudios muy amplios, con una pequeña cocina, baño compartido y, a veces, un balconcito que daba a la plaza. Al poco de nacer Marline, me mudé a un piso con balcón: pasábamos el fin de semana en casa y le encantaba estar tumbada al sol, cuando salía. Entre semana se quedaba en una guardería, bastante lejos de la plaza, pero cerca de la centralita donde trabajaba. Supongo que no era la vida ideal para una recién nacida, pero creció muy sana. Poco antes de marcharnos de aquel piso apareció por allí un ratón albino muy dócil, al que dábamos de comer en platos de juguete. Queríamos llevárnoslo a Twickenham, pero nos pareció que no sería muy bien recibido en una tienda de antigüedades, porque le gustaba mordisquear la madera por las noches.

La de Twickenham fue la primera casa propiamente dicha que tuvimos; la vida parecía perfecta y, aunque era invierno, todos los días eran preciosos. Como no pagaba alquiler, ahorra bastante. El gasto más importante era la guardería, pero cuidaban muy bien de mi hija y me hacían descuento por ser

madre soltera. Además, recibía una pensión por la niña, así que vivíamos con mucha holgura y por primera vez en más de dos años pude comprarme ropa nueva e ir a una buena peluquería. También tenía cinco mil libras invertidas en una sociedad de préstamo inmobiliario, de la que cobraba una pequeña renta.

Durante un tiempo ese dinero me pareció una maldición, pero no estaba dispuesta a compartirlo con Stephen. Era lo que me había pagado el seguro por la cicatriz de la cara. Creíamos que serían seis mil libras, pero al final, cuando se resolvió mi reclamación, se quedaron en cinco mil. Por alguna razón, Stephen creía que debíamos compartirlo, aunque él era el responsable de mi desfiguración. Yo le preguntaba si lo habría compartido conmigo si hubiese ocurrido al revés y la cicatriz la llevara él. Tuvimos discusiones agrísimas por ese dinero. No lo cobré hasta después del nacimiento de mi hija, cuando ya lo habíamos dejado, pero llegó en el mejor momento: me alegré de no tener que darle la mitad a Stephen. Incluso después de dejarlo, vino a verme a mi primer piso de Bayswater y seguimos discutiendo. Cuando le dije que estaba embarazada me sugirió que abortase, pero acabó marchándose, refunfuñando, como una tormenta exhausta. Luego cambié de trabajo y de dirección y no volvimos a vernos. Habría podido encontrarme, de haber querido, pero la idea de tener un hijo debía de asustarle. Sería peor que mis vestidos mezclados con sus trajes. En realidad él no era el padre, pero en aquel momento ni siquiera yo lo sabía.

Casi me había olvidado de mi amante desconocido. Llevaba una vida solitaria y no tenía amigos de verdad, si exceptuamos a las compañeras de trabajo y los inmigrantes ilegales que iban y venían y que rara vez abrían su puerta a los desconocidos, pero que me aceptaron. Trucaron mis contadores para que consumieran menos monedas, y me regalaban latas y paquetes de comida cara que, me daba en la nariz, no habían pagado. Una chica de las Canarias se desabotonó la blusa y me dio uno de los filetes que llevaba ahí pegado, y yo no pude negarme a aceptarlo, con lo amables que eran conmigo. Siempre se ofrecían a quedarse con la niña, pero yo no tenía dónde ir.

CAPÍTULO III



Cuando nació Marline, a la que luego empecé a llamar Tommy, oí la exclamación de las enfermeras y pensé que la criatura tendría alguna malformación, pero en cuanto me la pusieron en brazos vi el motivo de su asombro: el color de la niña. Era preciosa, pero se la devolví a la enfermera y le dije: «Se ha equivocado usted. Esta no puede ser mi hija, mire lo oscura que tiene la piel. Es preciosa, pero no es mía».

Ellas insistían en que sí. Ya había tres alrededor de mi cama, y la enfermera jefe, alta y delgada, también se acercó, oliendo el conflicto. Me enseñaron la pulserita identificativa que llevaba en la muñeca e insistieron en que cogiese a la criatura, y cuando la tuve en brazos y vi su piel oscura sentí un arrebato de amargura porque, a pesar de su color, sabía que era mía.

Llevaba varios meses evitando pensar en algo; algo que era incapaz de afrontar. Ocurrió al poco de que Stephen y yo lo dejásemos, cuando fui a una fiesta que daba una gente que no conocía en una casa que no conocía, no muy lejos de la mía. Fui con la chica australiana y salvaje que he mencionado antes, y me pasé con la bebida o mezclé sin cabeza y me sentí triste e indispuesta. Fue una fiesta horrible, con gente tirada por el suelo, unas cuantas personas bailando como zombis y mujeres extravagantes con vestidos de noche y un montón de maquillaje que resultaron ser hombres. Había una mujer desnuda de cintura para arriba, despatarrada en una silla, con una jeringuilla colgando del brazo.

Yo estaba hablando con un joven negro que llevaba una chaqueta de terciopelo roja. Olía a terciopelo polvoriento y a sudor, pero era cariñoso y amable y, antes de que me emborrachase, habíamos bailado juntos un extraño baile. Luego empezó a contarme sus problemas, que parecían muchísimos. Nos marchamos juntos de la fiesta, y no iría tan borracha como pensaba, pues conseguí bajar cinco tramos de escaleras sin tropezar. Era precioso estar en esa plaza en silencio, con los coches aparcados delante de las casas como

animales dormidos, quizá elefantes; casi se oía su respiración. El joven negro me abrazó y nos encaminamos al edificio cochambroso en que yo vivía, y subimos juntos y entramos en mi habitación fría. Recuerdo que, muy amablemente, echó dinero al contador y encendió la estufa, y creo que preparó café instantáneo, y nos acurrucamos en la cama turca para seguir hablando de nuestros problemas, y puede que hiciésemos el amor, aunque no me acuerdo, pero sí recuerdo despertarme en plena noche y ver a aquel negro, y el olor intenso a terciopelo polvoriento. Cuando me desperté otra vez, ya no estaba. No volví a verlo, aunque creo que pasó por allí a buscarme cuando ya me había mudado.

Las enfermeras temían que repudiase a mi hija de piel oscura, así que, sin alejarse mucho, para que pudiese oírlas, decían cosas del tipo: «¿Habéis visto a la niña de Bella? Es el bebé más guapo del hospital». Y luego me decían: «¿Has visto qué pómulos más bonitos tiene? ¿Has visto qué cara más preciosa?». Una enfermera alemana que estaba estudiando inglés y trabajando en el hospital la llamaba «pequeña Marline», o «Marlinchen», y cuando vino el hombre a registrar los nacimientos me dio por ponerle Marline, aunque el nombre no me gustaba demasiado y luego empecé a llamarla Tommy, que le pegaba mucho más.

En realidad su piel no era muy oscura, sino de un bonito tono dorado, como las galletas de jengibre, pero tenía los labios carnosos y el pelo negro y duro. Por lo demás, se parecía mucho a los chiquillos sudamericanos que correteaban de aquí para allá, entrando y saliendo de sus casas, en los sótanos de los edificios en que había vivido. A veces, alguna mujer maleducada hacía un comentario sobre ella en el autobús o la tienda. Siempre empezaban con algo como: «¡Qué niña más guapa! ¿Es suya?», y, cuando respondía: «Sí», sonreían con malicia y añadían algo tal que: «Es una pena por el pelo. Casi podría pasar por blanca si no fuese por el pelo».

De hecho, una llegó a decir: «Es una suerte que no haya heredado esa señal de su cara. Es una cicatriz, ¿verdad?». Recuerdo esos comentarios porque me dolían, pero a casi todo el mundo le encantaba Tommy y le parecía guapa, y con razón. Las enfermeras no tenían por qué preocuparse de que la repudiara, porque, pasado el impacto inicial, la quise con locura y no habría cambiado ni un ápice de ella, aunque no podía evitar preocuparme un poco por su futuro.

Tommy y yo estrenamos ropa el domingo que fuimos a comer a casa de los Forbes; prendas informales, pero nuevas. Me daba la impresión de que era un día crucial en nuestra vida, de que los Forbes tendrían una gran influencia

en nuestro futuro y nos ayudarían de alguna forma mágica. Llegamos con un poco de retraso a su casa de Richmond porque quedaba más lejos de la estación de lo que recordaba. Cuando nos detuvimos delante de la casa y yo estaba doblando el cochecito, Tommy vio el oso esculpido del jardín e insistió en subirse a su lomo: se quedó con las piernecitas colgando, enfundadas en sus medias rojas, y una expresión de puro júbilo en la cara. Así fue como los Forbes la vieron por primera vez, al acercarse a la ventana del salón. Si les sorprendió el color de su piel, no se les notó.

Entramos en la casa, que se parecía mucho a como me la imaginaba: bonita y bastante despejada, con paredes blancas y un mobiliario formado principalmente por grandes muebles antiguos. Me sorprendió ver los enormes y valiosos cuadros de las paredes, pero entonces recordé que Bernard Forbes era un marchante y restaurador que tenía una galería en West End. De hecho, en el semisótano de la casa había un taller donde un joven llamado Peter hacía marcos, y en la parte de atrás un gran estudio donde se restauraban cuadros, y quizá también se falsificase alguno que otro.

Una intensa atmósfera de amor y felicidad impregnaba la casa; también una sensación de plenitud. La comida estaba sabrosa y era pura: una sopa cremosa y blanca, pan casero, embutidos varios y verduras, una ensalada con nueces, distintos tipos de quesos, un pudín preparado con miel, auténtica miel de panal, y fruta. De beber había vino, tinto y blanco, y, aunque yo sabía muy poco de vinos, se notaba que eran especiales, los mejores que había probado en mi vida.

Como suponía, Gertrude era de origen alemán, pero Bernard era inglés. Ambos altos y muy atractivos, pero Gertrude verdaderamente hermosa, tocada por una especie de resplandor. Tommy, que por lo general era una niña tímida, se acostumbró enseguida a los dos, que se mostraron muy cariñosos y amables con ella, y que escuchaban con atención lo que intentaba decir. Después de comer, Tommy cogió a Gertrude de la mano y salieron al jardín para darle al león^[1] unas migajas de pan, que los pájaros se comieron en cuanto ellas dieron media vuelta. Los Forbes siempre la llamaban Marlinchen, y a veces se me pegaba.

Aunque Bernard era un hombre de naturaleza reservada y formal, no me costaba hablar con él. Ambos compartíamos el interés por las antigüedades, y él conocía muy bien la historia del distrito, incluido Twickenham. Me habló de la gente famosa e interesante que había vivido allí y de cómo era la zona antes de que construyeran tanto. Me prestó libros sobre temas que hasta entonces apenas me habían interesado, como botánica y arquitectura. Parecía

divertirse ampliando mi mente algo ignorante. Ya en la primera visita me dejó tantos libros que tuvo que llevarnos a casa en coche. Hasta había uno para Marlinchen, un libro desplegable victoriano con ilustraciones de animales, muy frágil e inapropiado para una niña pequeña, pero él insistió en que no lo rompería y, como de costumbre, tuvo razón.

Antes de marcharnos, Gertrude me enseñó la casa, que era muy grande y tenía cuatro plantas. Algunas de las habitaciones las usaban para guardar cuadros, pero aun así tenían cuatro dormitorios, un comedor, una sala de estar, un despacho para Bernard, dos baños, el estudio y una enorme cocina con armarios de madera natural y una mesa de refectorio alargada bajo la que dormía Petra, la vieja galgo de la familia. Había muchas hierbas en frascos, y al lado ristras de ajos y cebollas colgadas entre otras verduras, champiñones y cosas que no reconocí. Había dos fogones un tanto intimidantes, uno al lado del otro, un enorme arcón congelador y un frigorífico rojo. Por las ventanas se veía el alargado jardín de atrás, bien cuidado cerca de la casa y luego casi salvaje, con muchos árboles y arbustos grandes que se fundían con la neblina invernal. En un pequeño tramo de césped había un columpio que se mecía ligeramente con el viento suave del oeste, como si ya hubiese un niño sentado.

—¡Qué columpio más bonito! —exclamé—. ¡Cómo disfrutaría un niño!

Pero allí no había niños, y noté que las mejillas, normalmente pálidas, me ardían por mi falta de tacto.

Gertrude se volvió hacia mí con una expresión emocionada.

—Sí, eso es lo que siempre he pensado yo. Y lo he dejado ahí quince... no, dieciséis años, esperando a que llegase un niño. Y ahora, milagros de la vida, quizá tengamos uno. No es seguro, pero casi.

Y, aunque apenas conocía a Gertrude y no suelo tocar a la gente, la abracé emocionada y nos quedamos así, abrazadas, unos minutos, mientras el columpio se mecía con el viento.

CAPÍTULO IV



A Mary Meadows le gustaba cómo llevaba la tienda, así que, además del sueldo y el alojamiento gratis, me daba una pequeña comisión de todo lo que vendía, con lo que pude ahorrar algo de dinero. Eso me transmitía una sensación de seguridad y orgullo; era como si la tienda fuera mía de verdad, sin el engorro de tener que buscar nuevas mercancías: Mary se ocupaba de esa faceta del negocio. Los clientes también eran amables, a veces tanto que me costaba que salieran de la tienda. Los anticuarios eran más formales, y también amables a su manera. A veces iba a tomar algo o a almorzar con ellos en algún *pub* de la zona, pero no lo tenía por costumbre, pues era difícil dejar la tienda, salvo entre la una y las dos de la tarde.

La señorita Murray acabó haciéndose clienta nuestra, y siempre llegaba con su capa a la espalda para ocultar la joroba. A pesar de su naturaleza nerviosa, era una mujer afable y solía mandarnos clientes. «Gente a la que le da igual una grietecita o un araño, cariño. Compran cualquier cosa que les parezca vieja». Iba como una flecha de aquí para allá, cogiendo esto o aquello. «El damasco de esta silla de nogal está hecho jirones, como si un gato se hubiera afilado las uñas: no lo vais a vender en la vida. Ni una de estas figuritas de Ralph Wood está intacta. A Elías le falta un pulgar, ¿te habías dado cuenta?». No obstante, casi siempre acababa comprando algo, y yo siempre me alegraba de verla, sobre todo ahora que había aceptado mi cicatriz. En efecto, la gente se acostumbraba a ella con el tiempo.

Bernard Forbes hablaba de mi cicatriz de una forma casi brutal. Me hacía preguntas sobre ella y, cuando tuvo más confianza, me apartaba la mano de la mejilla izquierda cuando hablaba con él. Hacía fotos de ese lado imperfecto de mi cara con todo el pelo recogido. Decía que era enfermizo que me preocupase tanto por una desfiguración tan leve; aunque también era verdad, añadía, que él no había visto cómo estaba al principio. Por las mañanas, al despertar, me pasaba los dedos por la mejilla para cerciorarme de que había

mejorado, pero en los momentos de estrés se me olvidaba la mejora, me parecía que estaba igual de mal que siempre y me tapaba la cara con la mano, el pelo o cualquier otra cosa.

Los Forbes solían venir a la tienda los sábados por la tarde, justo antes del cierre. A veces, cuando entraba un cliente, Bernard fingía que era su tienda y se esforzaba mucho en vender alguna pieza pequeña: una tulipa de cristal eduardiana, un pisapapeles con una imagen de la isla de Wight en su interior o un juego de tenedor y cuchillo de trinchar de acero. «Este cuchillo corta las articulaciones como si fuesen mantequilla, señora —decía con mucha convicción—. Ya no tendrá que volver a preocuparse por la carne dura», y acompañaba a la clienta hasta la puerta y la despedía con una respetuosa reverencia. Los clientes siempre le compraban algo; parecía hipnotizarlos. Gertrude se quedaba sentada, observando la escena con una sonrisa. Se ponía a Marlinchen en la rodilla y jugaban con alguna cosita que le hubiese comprado. Allí estaba, embarazada por primera vez a los treinta y seis años, sanísima y radiante y más hermosa que nunca. Mary la llamaba «la Venus Alemana», y la pareja eran «los Gigantes Alemanes». Aunque Bernard no tenía sangre alemana, su carácter, autoritario y organizador, era bastante teutón, aunque quizá a mí me viniese bien algo de organización. Gertrude le decía que me dejara en paz, a lo que él respondía: «Pero si la estoy ayudando, ¿no lo ves? La pobre tiene que tener más confianza en sí misma».

Llevaba sin ver a mi madre desde unos meses después del accidente cuando me mudé de un lúgubre piso de Bayswater a otro, ya embarazada. Ni siquiera sabía que era abuela de una niñita preciosa de piel oscura con un mocho de pelo duro. No quería que mi madre se acercase a Tommy, arrojando sus sombras y aniquilando el amor. Sin embargo, Bernard no opinaba lo mismo; le daba hasta pena, y habría preferido que no les hubiese hablado de ella. Incluso a Gertrude, que solía defenderme de las intromisiones provocadoras de su marido, le daba lástima mi madre:

—Escríbele al menos una cartita para decirle cómo estás. No hace falta que le hables de Marlinchen si no quieres, pero tendrás que acabar contándoselo. Escríbele una cartita para que se quede tranquila. Piensa en lo preocupada que estará la pobre mujer.

Al final acabaron cansándome y, después de envalentonarme con una copa de vino tinto, llamé a mi madre. Una parte de mí esperaba que respondiese la voz de un desconocido. Pero la que oí fue la de mi madre.

—Bella, Bella —dijo con una voz gélida; y luego, abruptamente—: A ver, ¿qué quieres? No te habrá pasado nada, ¿verdad?

Le aseguré que no, que estaba más contenta que nunca y tenía un trabajo fantástico.

—Entonces ¿para qué llamas, si todo te va tan bien? —me soltó, y acto seguido, en tono más amable, añadió—: Que sepas que te busqué cuando dejaste a Stephen; te busqué de verdad, yendo de un piso cochambroso a otro. Tanto Stephen como yo te buscamos, aunque, por lo que sea, él perdió el interés de repente; supongo que por otra mujer. Pero, si no te pasaba nada, ¿por qué te has escondido?

—Tuve mis razones —dije—, pero ahora mismo no puedo explicártelas. ¿Crees que deberíamos vernos, madre, o dejar las cosas como están?

—No, pues claro que vamos a vernos. ¿Por qué clase de madre me tomas? Aunque la verdad es que preferiría que vinieses tú. Tengo una sorpresita para ti, ¿sabes? ¿Cuándo puedes venir?

Estaba convencida de que no me gustaría la sorpresa y de que no me la quitaría de la cabeza hasta que supiese lo que era, así que quedamos en que iría al día siguiente, lunes, cuando en teoría la tienda cerraba; con lo que, por una vez, cerré de verdad.

El lunes por la mañana, después de una noche atribulada, atravesé a toda prisa el parque Green con Tommy, sin parar siquiera a dar de comer a las gaviotas hambrientas, nuestro ritual matutino. Haciendo caso omiso de sus protestas, metí a Tommy en la guardería y volví a casa sin perder ni un segundo, para prepararme para ir a ver a mi madre. Me lavé el pelo y me corté las puntas con unas tijeras afiladísimas; lo tenía negro y reluciente. Examiné mi cicatriz, que después de dos operaciones y varios años era cada vez más imperceptible, y me puse la ropa que había estrenado cuando fuimos a casa de los Forbes, tranquilizándome al ver en la etiqueta la talla cuarenta, y no la odiosa cuarenta y dos. Las carnes de mis caderas y muslos se habían esfumado y mi madre ya no podría burlarse de mi trasero rechoncho. Estaba muy mejorada en general desde la última vez que me vio, así que le costaría meterse conmigo.

El viaje a Kilburn era largo, un trayecto en autobús y en tren seguido de un paseo nada desdeñable calle abajo. Habían pasado tres o cuatro intensos años desde la última vez que hice ese recorrido y me planté en la puerta de mi madre; pero ahora era una visita sin llave, y toqué el timbre de latón deslucido. La puerta ya no era marrón, con burbujas en la pintura, sino que estaba recién pintada de blanco. La vidriera amarilla y verde, eso sí, seguía ahí, y evocó recuerdos de mi infancia. De niña me parecía muy bonita, pero luego acabé odiándola. Me alegró comprobar que había sobrevivido.

Aún estaba observando la vidriera cuando mi madre abrió la puerta: noté que estaba igual de nerviosa que yo y no sabía si darme un beso, así que le di un besito rápido en la mejilla. Luego nos observamos, algo incómodas, y vi que mi madre había cambiado. Llevaba el pelo teñido de su negro original y un corte bastante sobrio, que le pegaba. Su forma de vestir también había mejorado. Ya no parecía una profesora de educación física entrada en años, con cejas pobladas y zapatos enormes. De hecho, llevaba zapatos de salón y unas medias de nailon puro, y, a pesar de las ojeras y la barbilla prominente, podría decirse que estaba guapa.

—Mamá, ¡estás guapísima! —le dije.

Pareció complacida, pero un tanto incómoda.

—Me alegro de que me digas eso, Bella —respondió, y nos sentamos con gesto rígido en las sillas forradas de cretona. Todas las sillas tenían rosas rojas estampadas, y la moqueta era de color gris plata. Debió de percatarse de mi asombro—. Sí —dijo—, las cosas han cambiado desde que te fuiste a vivir tu vida. Para empezar, alquilé tu habitación para sacar un poco de dinero extra, y luego tu padre murió en Canadá y me dejó varios miles de libras, que acabarás quedándote tú. Me vinieron muy bien. He dejado el colegio, ¿sabes? Al final me harté de las niñas. No puede decirse que me gusten particularmente los chiquillos, y estar ahí con el silbato, lloviera o tronase, era muy cansado para una mujer de mi edad. Recuerda que ya tengo cuarenta y ocho años. Y, si no, era el gimnasio, con las chicas mayores sudadas, saltando el potro y colgándose del trapecio como una panda de gorilillas. Dejé todo aquello, y ahora trabajo a media jornada en una agencia de viajes de High Road. Mi francés les viene muy bien, me gusta el trabajo y tiene unas cuantas ventajas: viajes baratos y cosas por el estilo.

Oí el paso arrastrado de unas zapatillas en el linóleo del piso de arriba, y luego el inconfundible sonido de la cisterna.

—Mamá, ¿quién ha tirado de la cadena arriba? —pregunté alzando la voz y levantándome de golpe. Por un momento pensé que tenía que ser mi padre, pero luego me acordé de que estaba muerto, así que volví a sentarme y esperé a que mi madre respondiera.

—Ya te he dicho que alquilo tu habitación a un caballero, el señor Crimony. Te acuerdas de él, ¿verdad? El comerciante de carbón. En su día trabajaste en su tienda, hasta que lo dejaste con un palmo de narices. A pesar de todo, siempre ha sido muy bueno conmigo, y muy servicial. Cuando su mujer murió, su piso viejo y lúgubre de Maida Vale se le quedó enorme. Estaba muy solo, así que le alquilé tu cuarto. No te molestará, ¿verdad?

—Claro que no, ¡cómo iba a molestarme?! —dije airadamente.

Luego le pregunté si comían juntos, esperando que no, y mi madre respondió, en tono casi humilde:

—Por las noches, y a veces en el desayuno, pero a mediodía ambos estamos fuera, claro. Esta mañana se ha quedado en casa a propósito porque quería verte, así que trátalo bien, ¿eh?

Se levantó y, después de pasarse la mano por el pelo y mirarse en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea, se dirigió a la cocina, trastabillándose con los tacones.

—Quédate ahí, cariño. Tardo un minuto —dijo con voz alegre al salir. No se parecía en nada a la madre que recordaba.

Me quedé sola, en esa silla colorida, mirando al techo y escuchando el frufrú de las zapatillas. Que se convirtió en el golpeteo contundente de unos zapatos, y luego en pasos firmes bajando las escaleras, hasta que el señor Crimony entró en la sala de estar. Estaba más alegre y aseado de lo que recordaba, pero seguía llevando esas camisas con anticuado y rígido cuello de puntas, y me pareció que olía a polvo de carbón. Se me acercó y, aterrada, lo vi inclinarse y darme un besito en la frente. Luego me dio una palmadita en la mano, con gesto cariñoso.

—Hombre, Bella, qué alegría —dijo con su voz grave y grasienta—. ¡Estás hecha una mujercita preciosa! Y la famosa cicatriz apenas se nota, sobre todo cuando estás a contraluz, como ahora. Pero, bueno, uno no puede estar siempre a contraluz, ¿no? —Y soltó una risita nerviosa.

Mi madre entró para avisarnos de que ya estaba la comida.

—Empanada de carne y riñones. Espero que le guste, señor Crimony —dijo.

—Por supuesto que sí. Ya sabes que me chiflan tus empanadas. Le estaba diciendo a Bella lo guapa que la veo. Está hecha una mujercita preciosa y la cicatriz casi no se nota. Le he dicho que tiene que ponerse a contraluz y nadie se dará cuenta.

Y siguió con sus risitas cuando entramos en el comedor y nos sentamos a la mesa para tomarnos la empanada de carne y riñones seguida de una tarta de melaza. No es de sorprender que estuviese entrada en carnes cuando vivía en casa. ¿O todas aquellas empanadas y tartas eran en honor al señor Crimony? Porque ahí lo tenía, llamando Annie a mi madre con toda la confianza del mundo, mientras ella le reía sus chistes malos. Al menos lo llamaba señor Crimony, y no Charlie, que era, me parecía recordar, su nombre de pila. Siguió con nosotras cuando volvimos a la sala de estar a tomar el café, así que

no pude hablar de mi hija ni de mi nueva vida. Quizá mi madre prefiriese que no le contara nada, porque parecía contentísima con la presencia contundente del señor Crimony. Le sugerí que fregásemos los platos juntas, pero ella declinó mi propuesta, pues acababan de ponerle un lavavajillas en la cocina.

Cuando terminamos el café dije que ya era hora de volver a casa, y ninguno insistió en que me quedase.

Cuando me despedí de mi madre en la puerta la invité a que se pasara por la tienda, pero pareció titubear.

—Es un viaje muy largo y no sé si podré sacar tiempo.

Sin embargo, el señor Crimony se le había acercado por detrás y sugirió que podría llevarla en coche un domingo.

—Sería una excursión muy bonita, Annie. Atravesamos el parque, cruzamos el río y nos plantamos en Twickenham en un pispás. Ya lo vamos hablando, Bella, tú no te preocupes.

Cuando llegué a la verja, miré atrás y los dos seguían ahí: el señor Crimony había puesto una de sus manazas en el hombro de mi madre. ¿Sería él la «sorpresita»?

CAPÍTULO V



La primavera se adelantó ese año, y aquel día estaba paseando por el jardín de los Forbes con Gertrude, que iba espléndida con su vestido de cachemira azul, irradiando felicidad. Aseguraba que no había estado mejor en su vida y, en efecto, no tenía náuseas matutinas ni ninguna de las habituales molestias del embarazo. A veces decía: «Sería un horror que al final no estuviese embarazada, ¿eh? Quizá sea un embarazo psicológico; le pasa a más de una mujer, ¿sabes?».

Marlinchen se adelantó a la carrera para contemplar los narcisos que empezaban a florecer, y nosotras le gritábamos: «¡No, no!» cada vez que estiraba el brazo para coger uno; aunque en realidad no los cogía, sino que les arrancaba la cabeza mientras nos miraba, partiéndose de risa.

El de los Forbes debía de ser el primer jardín particular que mi hija había visto en su vida, y lo llamaba «el parque» aunque no se pareciese en nada a un parque, pues casi todo era salvaje, con pequeños senderos sinuosos entre árboles y arbustos. Había varios manzanos a punto de florecer y un gran cerezo. Cerca del cerezo, en un rincón silvestre, había una planta que Gertrude llamaba enebro y que parecía un árbol, aunque en realidad era un arbusto muy grande. Decía que daba unas bayas que le encantaban. «Creo que se usan para hacer ginebra —apuntó entre risas—, pero me gustan». Bajo su árbol había un banco donde a menudo se sentaba a observar los pájaros, y aseguraba que, cuando tenía alguna preocupación, allí se desvanecía. La vieja galgo, que nos seguía, se tumbó a los pies del banco, como si fuese un sitio al que estaba muy acostumbrada.

Muchos sábados por la tarde, cuando cerraba la tienda, los Forbes nos llevaban a su casa y nos quedábamos hasta el domingo por la noche. Una de las cosas que más nos gustaba era su precioso baño, pues en la tienda solo teníamos uno pequeño con lavabo. No veíamos la hora de darnos esos baños lujosos, con esencias de flores y jabón espumoso.

Aquel domingo de primavera en que estábamos disfrutando del jardín, Gertrude esperaba la visita de su hermana menor, Charlotte, que daba clase en un colegio alemán de las inmediaciones. Era alta y rubia, como Gertrude, pero ahí acababa el parecido. Tenía las mejillas rubicundas y el semblante autoritario. Yo la llamaba para mis adentros «Madre del Maíz» y, aunque admiraba su inteligencia y su carácter, me daba un poquito de miedo. No se llevaba muy bien con Bernard y solían discutir en la mesa. Aquel domingo no fue una excepción. Mientras las demás nos deleitábamos con el lenguado en salsa de champiñones y cebollino, ellos discutían sobre cultura sumeria tardía, y Bernard parecía enfadadísimo.

—Ojalá no lo hiciera —dijo Gertrude en voz baja, mirando a su hermana—. Si es que hasta le dice cómo tiene que ser el vino; los hombres odian esas cosas. —Y, levantando la voz, añadió—: Parad ya, que lleváis un buen rato.

Y la paz reinó el resto de la comida.

Luego, cuando estábamos tomando el café al calor de la chimenea de la sala de estar, Bernard rompió de repente el silencio cómodo y dijo:

—Bueno, Bella, ¿has hablado con tu madre?

Así que les conté a trompicones mi visita, frustrada por la presencia constante del señor Crimony. Ahora que se la estaba contando a otras personas, la visita sonaba casi divertida, en absoluto angustiante, como me lo había parecido en su momento. La pena era que, de no haber sido por el dichoso Crimony, mi madre y yo podríamos habernos llevado bastante bien. Verla ligeramente mejorada me había conmovido, y detrás de su actitud espinosa creí notar una leve calidez, como si hubiese una semilla de comprensión.

—Así que aún no sabe nada de Marlinchen —dijo Gertrude, apenada—. No pasa nada, la próxima vez que os veáis irá mejor. Tienes que escoger un momento en que ese hombre no esté en la casa. —Y me dio una palmadita alentadora—. Si trabaja media jornada, llámala una tarde, cuando ese pesado de Crimony esté vendiendo carbón.

—¿Crees que piensa casarse con tu madre? —preguntó Bernard.

Yo no respondí, porque Marlinchen se había despertado de su siestecita en el sofá y exigía que la llevase al columpio del «parque», y Bernard tiró el chicote de su puro dominical y decidió ir a dar un paseo con Charlotte y la galgo, con lo que no se volvió a hablar de mi madre. En cuanto salieron de la casa, Bernard y Charlotte comenzaron a discutir otra vez, ahora sobre Tàpies, un pintor español. Bernard casi gritaba: «Pues claro que estoy seguro. ¡Si es

mi trabajo!». Y sus voces enojadas se fueron mitigando a medida que se alejaron calle arriba.

Aquella noche, cuando Bernard nos llevó a casa, vi una nota asomando por el buzón. A veces los clientes dejaban notas si encontraban la tienda cerrada, así que no me sorprendió, pero cuando Bernard se marchó y nos pusimos cómodas me acordé del papel y, al abrirlo, leí: «Es una pena que no estuvieses». Estaba firmada «Mamá y Charlie», pero no era la letra de mi madre.

El lunes por la noche la llamé por teléfono, pero respondió la voz de Crimony. Colgué y volví a intentarlo al cabo de unos minutos. Crimony se puso de nuevo al aparato, pero esta vez decidí perseverar y, procurando cambiar la voz, pregunté por la señora Winter. Crimony no picó.

—¿Eres tú, Bella? Habla más alto, que no te oigo muy bien, cielo. Me imagino que quieres hablar con tu madre. La tengo aquí al lado, está encantada de ponerse.

Oí unos murmullos y luego la voz de mi madre.

—¿Eres tú, Bella? ¿Querías decirme algo? Sí, es una lástima que fuésemos hasta allí en coche y no estuvieras. ¿Que te apetece que vaya el domingo que viene, sobre la hora del té? O cualquier día. Bueno, aclárate, cariño. Dices que el lunes es cuando mejor te viene. Me parece que el señor Crimony no puede el lunes. No, claro que no voy a coger el autobús y el tren después de pasarme toda la mañana en la agencia de viajes. Lo estás poniendo muy difícil, y no tengo tiempo para seguir hablando hasta las tantas. Lo dejamos en el aire. De todos modos, esta línea es muy mala, oigo perfectamente una voz de niña interrumpiendo la conversación. Adiós, ya lo vamos hablando.

Y colgó.

—Mami, ¿quién era? —preguntó Tommy por tercera vez. Le gustaba sumarse a las conversaciones telefónicas.

—Pues era tu abuelita, aunque no se diría —le respondí, cogiéndola para volver a subirla al piso de arriba. No me habría arriesgado a llamar de haber sabido que no estaba dormida en su cama. Miré su carita sonriente sobre la almohada de flores y me dije que mi madre tenía una suerte inmensa de tener una nieta tan preciosa, aunque aún no lo supiera.

Llegó el Domingo de Pascua y vimos a la banda del Ejército de Salvación tocar una música emocionante en el parque Green, y luego volvimos a casa y comimos panecillos de Pascua. Fue un domingo frío y pasado por agua, y no había mucho más que hacer. La tienda cerraba tres días y los Forbes se habían

ido a Devonshire. Iban a estar fuera al menos diez días, y hasta entonces no había caído en la cuenta de lo mucho que dependía de ellos. Ellos y Mary Meadows, en menor medida, eran mis únicos amigos íntimos. ¿Cómo había podido quedarme tan aislada? Yo, que había sido una chica simpática, acaso un poco reservada, pero simpática, al fin y al cabo. Fui relativamente popular en el colegio, aunque casi nunca invitaba a mis amigas a casa. Luego tuve algún que otro noviete, pero los hombres fueron irrelevantes en mi vida hasta que conocí a Stephen. Anhelaba que me quisieran y me admirasen, pero apenas tenía con qué corresponderles. Con Stephen fue distinto. Siempre me había parecido una exageración que la gente hablase de compromiso total, pero eso fue lo que mostré por él, un compromiso auténtico, total; o, mejor dicho, fue total el primer año que estuvimos juntos, el segundo solo compromiso. Después del accidente, durante unas semanas, fue total para ambos; pero no duró mucho, y cuando hablábamos apartaba la mirada, aunque fuera el responsable de la desagradable cicatriz de mi cara. Luego empezaron las discusiones, que solían ser por dinero, porque pasé un tiempo sin poder pagarle mi parte y cuando empecé de operadora no ganaba mucho. Stephen pareció quedarse en la gloria cuando me marché del piso. Eso me entristeció aún más, y nos dijimos cosas imperdonables. Creo que la mayoría de las mujeres preferirían que su hombre, el hombre al que quieren, fuese cruel en vez de tacaño. Eran pequeñeces como: «¿Puedes pagar el taxi? No llevo suelto» o «¿Te ocupas tú del botones, cariño?». Stephen tenía varios relojes de pulsera caros y un reloj de carruaje que necesitaba arreglos cada dos por tres, y siempre acababa tocándome a mí ir a recogerlos y pagar al relojero. Habría preferido con mucha diferencia que me pegase, en vez de tener esos gestos tacaños conmigo. No obstante, lo eché mucho de menos el primer año después de la ruptura; pero, a medida que Tommy-Marline me fue cautivando más y más, pensaba cada vez menos en él, y sentía más bien lástima por quien me hubiese sustituido. Sin embargo, a pesar de la compañía de mi hija, me sentí muy sola aquel Domingo de Pascua.

CAPÍTULO VI



Cuando los Forbes volvieron de Devonshire, Gertrude parecía un poco cansada, y sus grandes párpados cubrían la mitad de esos ojos preciosos, dándole un aire de muñeca. Aseguraba que la vida de hotel no le decía nada y que había echado de menos su jardín. El jardín estaba particularmente bonito. En la zona silvestre que Gertrude llamaba «el bosquecillo» o «la espesura», el follaje era aún más denso y las ramas verdes estaban muy entrelazadas. Los pájaros cantaban hasta que los árboles resonaban y la última flor caía al suelo musgoso, verde y azul. A primera vista, lo azul me parecieron campanillas, pero en realidad eran vincapervincas silvestres, que crecían en abundancia. Yo nunca las había visto crecer así, pero Gertrude me dijo que a veces pasaba en el extranjero, y que las de su jardín silvestre venían de unas plantas que su madre había traído de un bosque español hacía varios años. Nos sentamos en el banco que había bajo el enebro, y ella arrancaba sus hojas tiernas con forma de aguja y las mordisqueaba mientras hablábamos plácidamente. Estábamos muy contentas de volver a estar juntas. Bernard se acercó unos minutos, pero no se quedó mucho tiempo y se negó a sentarse con nosotras. Él prefería la zona cuidada del jardín. Además, un par de urracas ruidosas que habían construido un curioso nido abovedado en un árbol cercano lo echaron, como quien dice. Gertrude las miró, sonriendo.

—Sé que son unas ladronas y roban los huevos de los otros pájaros, y me parece que también los polluelos, pero me encantan, no puedo evitarlo; son elegantísimas, y hasta me gusta su cotorreo idiota. Me daría pena que mis queridas *elsters* dejaran de anidar aquí.

Gertrude no tardó en recuperarse de sus vacaciones no deseadas, pero a medida que avanzó el embarazo fue saliendo menos de casa. Recibía algunas visitas, pero ya no podía ir a ver a sus amigos, y los sábados por la tarde Bernard venía solo a la tienda. Lo mismo ocurría con el teatro y el cine: a ambos les encantaban sus salidas, casi semanales, pero ahora Bernard tenía

que ir solo o llevarnos a Charlotte o a mí. Gertrude se quedaba en casa cuidando de Marlinchen con mucho gusto, mientras yo salía a divertirme con su marido. Llevaba más de tres años sin ir a ningún sitio, y me chiflaba ir al teatro, leer las reseñas y elegir las obras que quería ver. Luego intentaba consensuar mi decisión con Bernard y, si no le parecía buena, solía acabar disuadiéndome. Los conciertos se los dejaba a Charlotte, pues yo sabía muy poco de música e incluso Bernard, al que le encantaba impartir conocimientos, era incapaz de soportar mi ignorancia.

La tienda seguía yendo viento en popa y con las comisiones que ganaba me compré un vestido muy bueno para las ocasiones especiales, que en aquella época abundaban. También me compré unos zapatos cómodos y elegantes de casi cuarenta libras. Me parecía una fortuna, pero una fortuna bien invertida por lo cómodos y bonitos que eran. De vez en cuando iba a la peluquería, solo para que me lo cortasen, pero se empeñaban en hacerme otras virguerías y a veces, al volver a casa, tenía que meter mi carísima cabeza debajo del grifo, sobre todo si Bernard iba a llevarme al teatro. «Dios mío, ¿qué te has hecho en el pelo?», decía, y yo me avergonzaba tanto que me fastidiaba la obra. A los hombres que iban a la tienda sí que les gustaba, y solían invitarme a salir, pero nunca acepté, a excepción de algún almuerzo ocasional en el *pub*. De hecho, los anticuarios empezaron a ser una molestia, pues se pasaban por la tienda más de la cuenta y en algunas ocasiones hasta se entrometían mientras estaba atendiendo a un cliente. Ellos creían que me ayudaban, pero estaba deseando que se marcharan. Mi mejora física no era lo único que me hacía más atractiva, sino también la felicidad y una confianza que no había tenido hasta entonces. Me resultaba hartamente sorprendente despertar por las mañanas con toda esa alegría e interés por la vida.

Pero había una sombra que, en la medida de lo posible, recluía en lo más hondo de mis pensamientos: mi madre. Para mí, la pobre mujer era una especie de hada malvada. Sin embargo, no podría decirse que fuese un problema: no intentaba entrometerse en mi vida; parecía relativamente satisfecha con la suya. En su momento sentí un enorme rencor contra ella, pero ya casi había desaparecido, y lo que ahora sentía era sobre todo lástima. Una mezcla de lástima y miedo.

Una tarde, mientras cambiaba el escaparate, reparé en un cochecito azul oscuro horrendo que había aparcado enfrente de la tienda, y acto seguido vi al señor Crimony poniéndose un sombrero gris de fieltro y ayudando a mi madre a bajar del coche. Cerró las puertas con sumo cuidado y cruzó la calle agarrándola de la mano con gesto posesivo. Yo ya me había acercado a la

puerta para girar el cartel de «Abierto» a «Cerrado», y me quedé esperándolos.

—Pues aquí estamos —dijo mi madre con voz nerviosa—. Reconozco que es una tiendecita muy bonita. Mejor de lo que me esperaba, aunque es muy pequeña. ¿De verdad la gente compra estos chismes?

El señor Crimony se quitó el sombrero de fieltro gris, con el ala ancha y una cinta negra. Parecía manchado de grasa y daba un poco de asco. Lo colocó sobre un busto de yeso de Beethoven y, después de inclinarlo ligeramente, dijo:

—Pues claro que sí. Son antigüedades. Mi tía tenía cosas por el estilo en su vieja casa de campo, pero las tiramos cuando murió. A nosotros nos parecían basura, aunque luego nos enteramos de que valían una pequeña fortuna. Recuerdo una cama de latón, y un sofá de crin resbaladizo, y otras cosas cubiertas con campanas de cristal, porcelana y demás. Había un piano rectangular que a todos nos recordaba un ataúd sobre caballetes, y un pez disecado que su padre había pescado en el año de la polca.

El señor Crimony movía su enorme brazo de manera peligrosa, así que los apremié para que pasasen a la trastienda, y la boca de mi madre se curvó de disgusto al comprobar que comía, cocinaba y descansaba en el mismo espacio.

—Entonces ¿esto es lo único tienes? —preguntó, mientras yo ponía el hervidor al fuego.

—No, hay dos habitaciones perfectas en el piso de arriba, pero mejor nos quedamos cerca de la tienda. El caso es que me gusta estar aquí.

El señor Crimony, que se esforzaba por ser agradable, echó un vistazo a su alrededor y dijo:

—Qué aparador más bonito tienes ahí, Bella. Y esos platos son preciosos. Annie, ¿has visto el aparador?

Mi madre se animó:

—Sí, hay cosas muy bonitas entre tanta porquería, claro que a esto es a lo que se dedica. —Luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Reconozco que es muy acogedor. —Y parecía estar cómoda, como en casa, en el sillón capitoné victoriano, esperando a que su hija, perdida desde hacía mucho tiempo, le llevase una taza de té.

Yo no quería quebrar la paz, pues apenas la había habido entre nosotras, pero sentí que iba siendo hora de hablarle de Tommy-Marline. Tendría que ir a recogerla a la guardería dentro de un rato. Mi madre dejó su taza y dijo, en tono sosegado:

—Qué bonita, ¿eh? Supongo que está pintada a mano. —Y, mirando la escalera de caracol que subía al piso de arriba, añadió—: Me gustaría ver el resto de la casa, ya que estoy aquí. Si no es molestia, claro.

Así que subimos juntas, y primero entramos en el cuarto que usaba como dormitorio. Tenía unas buenas vistas al parque Green, con sus castaños y los autobuses rojos pasando como flechas, medio ocultos por las hojas frescas y radiantes. Ahora que la había redecorado, la habitación estaba muy bonita. La cama turca y el hueco donde dejaba la ropa estaban cubiertos con una tela india roja y blanca con pavos reales estampados; había un elegante y antiguo escritorio debajo de la ventana, donde llevaba la contabilidad de la tienda; y una estantería empotrada y anaqueles para la porcelana, de Staffordshire en su mayoría. Era la habitación más personal que había tenido en mi vida, y pregunté, con voz alegre:

—¿Te gusta, mamá?

Levantó la tela que cubría mi ropa.

—¿Solo tienes esto para dejar la ropa? ¿Por qué no te compras un armario o algo así? En casa tenías uno empotrado precioso, ¿te acuerdas? El señor Crimony guarda ahí todos sus trajes y le sobra espacio. No digo que no sea una habitación bonita. La has dejado muy mona, para lo que es, pero yo de ti me pensaría lo del armario.

Salimos al pequeño rellano y abrí la puerta de la otra habitación. El sol de la tarde la inundaba, bañando la camita, los juguetes, los animales del arca de Noé desperdigados por el suelo y el enorme osito de peluche en lo alto de la trona, ya en desuso. El sol iluminaba el cuarto de mi hijita como si fuera un escenario.

Mi madre se tambaleó literalmente. Yo sabía que la gente podía tambalearse de la conmoción, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. Se quedó sobre los talones y, si no la hubiese agarrado, se habría caído por las escaleras. Se zafó de un empujón y gritó:

—Charlie, sube.

Charlie subió por la estrecha escalera de caracol a trompicones, pues sus pies no cabían en los peldaños. Dejamos el rellano y entró con nosotras en la habitación bañada por el sol.

—Pero, bueno, ¿qué pasa? —soltó—. No está nada mal.

Mi madre le clavó las uñas como un gato desquiciado.

—Pero ¿no ves que es una habitación de niño, tontaina? Tiene un niño escondido en algún sitio. —Miró por todas partes con ojos frenéticos, y se disponía a apartar la cubierta de la camita.

Intentando controlarme, dije, en un tono que esperaba que sonase tranquilizador:

—Descuida, tu nieta está en una guardería al otro lado del parque Green. De hecho, ya casi es hora de ir a recogerla. ¿Te apetece que vayamos juntas? Es un momento.

Le tendí la mano, confiando en que la cogiese, pero me dio un golpe en la palma, luego una bofetada, y gritó:

—¡So insensata! ¡Podrías haber abortado! No me sorprende que hayas estado escondida todos estos años. Charlie, llévame a casa.

Bajó las escaleras tambaleándose y el pobre Charlie la siguió a trompicones. Desde la ventana de arriba los vi montar en su cochecito horrendo y marcharse; luego fui a recoger a Tommy. Llevaba las manos llenas de mariposas de papel que habían hecho en la guardería.

CAPÍTULO VII



Ese fin de semana no vi a los Forbes. No vi a nadie salvo a los clientes que entraron en la tienda. Ah, y a la señorita Murray, pero no pude hablar con ella tranquilamente. Se había mostrado muy amable las pocas veces que había coincidido con Tommy, pero era evidente que no quería tener ninguna relación con ella. Parecía temer que la enredase para hacer de niñera o algo por el estilo, aunque jamás se me habría pasado por la cabeza. Le daría un ataque si a un niño se le cayese un tazón de leche en su moqueta; o, aún peor, si el chiquillo no le dejase muy claro que necesitaba el orinal. La señorita Murray era mucho más amable de lo que parecía, pero una no podía contarle sus confidencias ni las cosas que había dicho y hecho su madre.

Luego el señor Crimony volvió a pasarse sin avisar, como de costumbre. Lo vi apearse de su cochecito horrendo por el escaparate, pero no le abrió la puerta a mi madre porque no había venido. Le dio un golpecito al cristal de la tienda con un objeto metálico que me pareció una lima de uñas, pero que resultaron ser las llaves del coche. Yo ya había echado el pestillo y girado el cartel a «Cerrado», pero siguió dando golpecitos hasta que me puso tan nerviosa que le abrí.

—¿Vamos a la trastienda? —dijo con voz fúnebre—. Veo que está cerrado.

Comprendí que, para él, el cartel era importantísimo, como el de «No pisar el césped» o algo así. Para mí no significaba nada, pues lo cambiaba a menudo, y había otro que decía «Vuelvo dentro de 10 minutos» y al que recurría con mucha frecuencia.

Pasamos a la trastienda, que ese día estaba en penumbra a pesar de ser casi verano; los platos preciosos del aparador apenas se veían. El señor Crimony se dirigió al sillón de capitoné victoriano, pero luego lo cambió por un incómodo sillón gótico que ya estaba vendido y a la espera de que pasaran

a recogerlo. Dejó en la mesa los guantes de conducir y el sombrero, esta vez un bombín, y dijo con voz grave:

—Bella, te preguntarás qué hago aquí. Entiendo que no quieras verme después de lo que te dijo tu pobre madre, pero fue una conmoción, una terrible conmoción para ambos, sobre todo para tu madre, enterarnos de que tenías una criatura de la que nadie sabía nada. Dijiste que era una chiquilla, ¿no? ¿Qué hay de su padre? No estás casada, ¿verdad? —Yo negué con la cabeza, y añadió—: Ya, nos lo habíamos imaginado.

Siguió haciéndome preguntas impertinentes y respondí algunas con un gesto de la cabeza. Se comportaba como si fuese un pariente o alguien con autoridad, y transcurridos unos diez minutos de interrogatorio se lo dije, y añadí:

—Si mi madre quiere saber algo de mi hija, puede preguntármelo directamente.

Su labio inferior se curvó y, en tono lúgubre, dijo:

—Eso no va a hacerlo, ya te lo adelanto. Si es que no conoces tu propia historia, hija. Conozco a tu madre desde hace casi cuarenta años. Nuestros padres eran amigos, sobre todo mi padre y el suyo. ¿Sabías que tu abuelo también fue comerciante de carbón en su día, como mi padre? Luego se pasó al comercio de madera, y no se le ocurrió otra cosa que establecerse en Pimlico, así que dejamos de verlo con frecuencia. Pero seguíamos yendo juntos de vacaciones, y recuerdo a tu madre, Annie, escalando por las rocas y subiendo acantilados; era una joven intrépida, y también nadaba muy bien. Era siete años menor que yo y me hacía sentir una vergüenza indecible. Además, hablaba francés. Lo había aprendido de su madre, que, como sabes, era medio francesa, y como me daba envidia me burlaba de ella, así que nos peleábamos cada dos por tres. Por aquel entonces ya tenía ese mal genio.

Guardó silencio y se encendió un cigarrillo, aunque habitualmente no fumaba y ni siquiera llevaba cerillas en el bolsillo. Yo le había pasado la cajita de la cocina sin decir palabra. Era incapaz de hablar porque estaba suplicando en silencio, una y otra vez: «Por favor, Dios, que Crimony no sea mi padre».

Luego siguió divagando:

—Cuando tu abuelo murió y dejó a tu familia en la ruina (siempre dijimos que le habría ido mejor de haber seguido con el carbón; la madera no era lo suyo), volvieron a Kilburn y se las apañaron como buenamente pudieron. Tu tío Ted consiguió un trabajito decente en una aseguradora y tu madre se hizo alumna-profesora del colegio en el que luego se quedó tantos años. Era

profesora de educación física y francés, y creo que al principio le gustaba mucho dar clase. Entonces le encantaba el tenis y jugaba en las pistas del Swiss Cottage. Yo iba con ella algún que otro sábado por la tarde, pero no estaba en su grupo. El dueño de las pistas le daba muchas clases y no le cobraba ni un penique. Creía que podría convertirla en una estrella, como lo oyes.

Paré de rezar un momento y dije:

—Pues qué raro que no me dejase jugar nunca. Recuerdo que en el colegio quería, y quizá me hubiera venido bien para bajar un poquito de peso.

El señor Crimony me clavó sus ojos azul claro y nos miramos fijamente.

—No me sorprende que no quisiera que empezaras a jugar al tenis, porque ella tuvo que dejarlo por ti. A Annie le dolió mucho aquello. Mucho.

—Ahora que lo dices —respondí—, las estrellas de tenis no suelen tener hijos, a diferencia de las actrices. Si eso era lo que quería, ¿por qué se casó?

Los ojos claros de Crimony me miraron con aún más intensidad, y pensé: «Ahora viene lo gordo». Se encogió de hombros y refunfuñó, como un viejo perro gruñón.

—Esto te va a impactar: te concibieron antes del matrimonio. Tu madre, con la que yo esperaba casarme, tuvo una relación, como una ramera cualquiera, con un hombre al que apenas conocía, con el que jugaba al tenis. Tardó cuatro meses en convencerlo para que se casara con ella, cuatro meses de calvario. Su hermano Ted lo tumbó de un puñetazo, pero aquello no ayudó mucho. La cuestión es que la familia de él se oponía; creían que Annie no estaba a su altura. Acabaron cediendo y se celebró una boda discreta, en un registro civil, creo. Yo no fui, huelga decirlo. Pasaron al menos seis años hasta que volví a ver a Annie, y para entonces ya estaba casado.

En mi fuero interno, dije: «Gracias, Dios, gracias porque no soy hija de Crimony», y en cuanto acabé de dar las gracias al Señor empecé a reírme, sin parar. No era una risa de alegría, pero me sentó bien, y cuando miré al señor Crimony, en su sillón gótico, lo vi temblando con una especie de carcajada, o quizá de llanto. No veía el momento de que se fuera de mi casa para poder pensar en mis padres; ahora se aclaraban muchas cosas. Abrí la boca para decir: «Quizá sea mejor que se vaya, señor Crimony», pero dije:

—¿Le apetece una copita antes de irse, señor Crimony? Tengo un poco de jerez en el aparador. —Y fui a la tienda por dos vasos.

CAPÍTULO VIII



El primer lunes de mayo Gertrude llamó para pedirme que cerrase la «dichosa tiendecita» y fuera a pasar el día con ella para cuidar del jardín.

—Llevas dos fines de semana sin venir y no te imaginas cómo se está poniendo. Las flores se están apoderando de todo; todas las raíces, bulbos y semillas que he plantado han agarrado, esto parece una jungla.

—Y ¿qué pasa con el jardinero al que a veces he visto cortar el césped? —pregunté.

—Esa es la cuestión: él solo corta el césped, poda y se encarga de la limpieza general, pero no toca las flores. Eso es cosa mía, y normalmente me encanta.

Pensé en su estado físico y accedí a pasarme por su casa, aunque tenía planeado hacer varias cosas en la tienda. Era un día perfecto, como de principios de verano, ideal para la jardinería, y después del episodio con Crimony necesitaba que me diese el aire. Así pues, colgué en la puerta el cartel de «Cerrado» y cogí el autobús a Richmond, porque Bernard ya no dejaba conducir a Gertrude: estaba embarazada de cinco meses y el bebé había empezado a moverse. Al parecer, creía que un feto en movimiento era más vulnerable.

Gertrude me esperaba en el jardín. Estaba observando un esqueje de flor de la pasión que había plantado hacía poco, confiando en que subiese por la casa. La última vez que lo vi medía casi un metro, pero ya había trepado por la pared hasta llegar a la ventana de una habitación. Solté una carcajada y le dije que aquello parecía Jack y las habichuelas mágicas. Ella señaló un grupo de violetas silvestres.

—¿Te acuerdas de la violeta que cogí en la cuneta? ¡Mira cómo se ha multiplicado! Incluso al oso le está creciendo capuchina amarilla en el lomo. No sé de dónde ha salido, pero soy incapaz de arrancarla. Pronto se convertirá en un león dorado.

Atravesamos la casa fría y salimos al jardín de atrás, inundado de sol y color; un batiburrillo resplandeciente de tulipanes mezclados con nomeolvides, fragantes jacintos, hileras de prímulas y peonías de exuberante follaje tapaban las plantas más pequeñas. A los pies de una tapia desmoronada había un grupo de alhelíes rojos como la sangre. Los alhelíes nunca me habían gustado demasiado, solo su aroma; me parecían destartalados e informes, pero estos eran perfectos, como la ilustración de un libro de jardinería. Nos dirigimos al pequeño cobertizo convertido en invernadero donde Gertrude germinaba sus semillas en cajas y macetas. Habrían pasado unas cinco semanas desde que la ayudé a plantar las anuales que adornarían en verano los parterres y las jardineras de piedra que tanto le gustaban. Había quitado los cristales, y las hojas verdes desbordaban las cajas; las petunias y las dalias ya brotaban, exigiendo el trasplante.

Al final de la fila había unas cuantas cajas cuyas plantas no estaban muy altas, y Gertrude apuntó:

—Qué cosa más rara: esas llevan varias semanas de retraso y me acuerdo de que las plantamos todas al mismo tiempo. Fue un domingo, tú me ayudaste.

—Esas son las que yo planté —respondí, avergonzada.

Ambas soltamos una carcajada y Gertrude, sin dejar de reír, dijo:

—Eso demuestra que Bernard lleva razón, como de costumbre. Dice que los pueblos primitivos creen que las embarazadas tienen poderes especiales y los usan para plantar los cultivos. Aunque es un trabajazo para las embarazadas.

Sembramos, raleamos las robustas plantas anuales, podamos y, después de arrancar las malas hierbas, llenamos las jardineras con petunias jóvenes y lobelias y regamos los vástagos trasplantados. Era tal la excedencia de plantones que Gertrude insistió en que me los llevase para plantarlos en el terrenito contiguo a mi casa. Le daba bastante el sol y era privado, pero nunca lo había concebido como un jardín; aunque, bien pensado, recordaba haber visto brotar varias hojas verdes —quizá fuesen ásteres— de la tierra cansada, y también había varas de oro, un rosal solitario y agreste y unas flores que parecían malvarrosas silvestres. De camino a casa compré una horca y esa misma tarde empecé a cultivar mi jardín.

Dos laterales del terreno estaban delimitados por muros altos; una cerca coronada con varios arbustos de lilas bordeaba el lado oeste, y al sur había una tapia baja, con una gran cancela que daba a la calle y que nunca estaba abierta. Una mitad del terreno estaba pavimentada, pero la otra, cubierta de

maleza, fui convirtiéndola poco a poco en un tosco jardín. Descubrí tenues indicios de que, en su día, un parterre de hierbas rodeaba tres de los cuatro laterales de ese terreno, que más recientemente se había empleado para almacenar coque. Cuando desenterraba esquivas de cristal y fragmentos de porcelana y coque, jugaba a pensar que allí podría descubrir un pequeño tesoro, con lo que excavaba más hondo de lo necesario. Lo que sí descubrí fueron varias moneditas, un salero de cristal tallado, con un tapón de plata casi intacto, y lo que parecían los restos de un antiguo brazalete, aunque recordaba más bien a una vieja tubería de cobre. Sin embargo, mi excavación más profunda se vio recompensada con el hallazgo de unas enormes piedras de York con las que construí un muro bajo, cubierto de flores trepadoras por ambos lados. Si hubiese sido más alto, habría plantado glicinia allí, pero la planté en la fachada sur de la casa: glicinia malva oscuro, combinada con la exótica y blanca glicinia japonesa, denominada «Alba». Espero que sigan allí, que no hayan dejado de crecer. El terreno estaba contaminado y muerto, puro polvo, así que compré tierra cara y la vertí alrededor de cada planta, además de esparcir harina de hueso por todo el jardín. Después de hacerme con una manguera para regar, me prometí que eso sería lo último que compraría hasta el otoño. Pero luego me gasté otras diez libras en una magnolia, incumpliendo mi promesa, y, como sentí una vergüenza indecible, hasta el final del verano lo único que invertí en el jardín fue mi tiempo.

Tommy y yo lo cuidábamos casi todas las tardes. La dejaba quedarse hasta el anochecer, y a veces se nos hacían las tantas y nos acostábamos al mismo tiempo. Ella se lo pasaba de fábula removiendo la tierra y regando las flores con su pequeña regadera. Como se ponía perdida de agua, tenía que quitarle la ropa empapada y, si aún no refrescaba, la dejaba jugar desnuda. Por suerte, ningún vecino entrometido podía vernos. Le gustaba corretear por el jardín con los brazos a la espalda y las palmas de las manos hacia arriba, y casi parecía volar bajo la luz tenue del crepúsculo.

Una tarde, cuando acabamos de regar, nos sentamos a la mesa del jardín, que había comprado en una tienda de segunda mano y había pintado de blanco, para tomar una cena ligera: leche, cereales y fruta. Nos iluminaba la luz que salía por las ventanas de la casa, pero algunas partes del jardín estaban muy oscuras. De repente nos sobresaltó el traqueteo de la cancela, y vi una cabeza asomarse y desaparecer como una diana de feria. Puede que dijera algo sobre el ruido del tráfico, pero no estaba segura.

Dejamos la cena a medias y metí a Tommy en la casa a toda prisa. Pasamos por la puerta lateral que daba a la tienda y, al encender la luz, vi una

cara pegada al escaparate, escudriñando el interior. Me pareció la cara de un desquiciado, pero, cuando empezó a gritar «Bella, Bella», la voz me resultó vagamente familiar. Entonces, con gran desconsuelo, vi que era Stephen; no estaba desquiciado en absoluto, solo molesto porque no lo había reconocido. Le abrí la puerta a regañadientes y lo invité a pasar a la trastienda, diciéndole, enojada:

—¿Por qué la gente no puede dejarme en paz y ya está? Supongo que mi madre te ha dado mi dirección.

Dudo que me oyese, porque tenía toda su atención puesta en Tommy, que había cogido una trompeta de juguete y se la estaba ofreciendo para que la tocara. Le dio la espalda y me dijo, con voz cruel:

—¿Esta es la hija que tu madre cree que es mía? Está chalada. Dijiste que yo era el padre como excusa para no compartir el dinero del seguro, ¿eh? No vayas a pensar que el dinero me importa lo más mínimo, por mí puedes quedártelo todo; pero el engaño, que intentases hacer pasar por mi hija a esta mora...

—¡Cállate, idiota! ¡Engreído! —le grité—. Nunca la he hecho pasar por tu hija, es mía. Ni siquiera sé cómo se llama su padre, así que es mía por partida doble. Mi madre no la ha visto y no sabía de su existencia hasta hace un par de semanas, ¿quién le da derecho a entrometerse? —Y cogí a mi hija, como para protegerla.

Por un momento pareció que iba a echarse a llorar. Creo que era la primera vez en su vida que oía voces de ira. Hundió la cara en mi cuello, pero luego volvió a mirar y, esbozando una sonrisa dulcísima, le ofreció la trompeta a Stephen otra vez. Para mi asombro, él la cogió con gesto afable y tocó una larga nota; al ver que la sonrisa aumentaba, volvió a soplar. Mi enfado se aplacó: era ridículo gritarle a un hombre con una trompeta de hojalata. Bajé a Tommy y cerré las cortinas, como si fuese una noche cualquiera. La rabia y el miedo se habían desvanecido, y le dije:

—Iba a hacerme un café, Stephen. ¿Quieres?

Acosté a Tommy y nos quedamos charlando amistosamente. Le pregunté por viejos amigos a los que llevaba años sin ver y él me habló de matrimonios frustrados y de bodas recientes, de trabajos que acababan y trabajos que no siempre salían. Stephen tenía suerte y aún conservaba su puesto en una agencia de publicidad. Luego pasamos a cuestiones más personales y me habló de sus novias, varias esporádicas y tres más estables, es decir, que habían vivido en el piso que nosotros compartimos en su día. Yo siempre me había sentido una inquilina allí. Nunca lo consideré mi hogar, como la tienda.

Todo se hacía a la manera de Stephen y mis cosas tenían que estar guardadas, no a la vista. Supuse que sus otras novias habrían pasado por lo mismo. Pobrecillas, no me sorprendía que no hubiesen durado. Luego él también me preguntó a mí; como es natural, su mayor interés era el origen de mi hija. ¿Quién era su padre? Le dije la verdad lisa y llana, aunque le costó creerla, pues esa actitud no era en absoluto propia de mí. Era incapaz de comprender que cuando uno es infeliz y no tiene esperanzas hace cosas raras, quizá incluso matar. Luego siguió con sus preguntas innecesarias:

—Pero ¿cómo era? ¿Era muy negro? ¿Cómo se ganaba la vida?

Yo solo recordaba que fue amable, que parecía tener problemas, aunque no sabría decir cuáles, y que llevaba la famosa chaqueta de terciopelo rojo, un tanto hedionda, con la que incluso se metió en la cama.

—Pues no parece muy atractivo —dijo Stephen, mirándome fijamente la cara—. Puedes aspirar a mucho más. —Y me pasó un dedo por la cicatriz—. Ha mejorado muchísimo, ya casi no se nota cuando pasa un rato.

Sentí que la mano se me iba instintivamente a la cicatriz, pero me contuve y dije, en tono despreocupado:

—La gente se acostumbra, y yo también.

Sabía que su próxima pregunta sería si tenía un amante. Puede que incluso me sugiriese que volviéramos a ser amantes. Yo no quería, pero necesitaba amigos. Tenía poquísimos.

CAPÍTULO IX



Así que Stephen y yo nos hicimos amigos; no de confianza, pero amigos, al fin y al cabo. Se presentaba sin avisar, a veces con una botella de vino y otras con las manos vacías, aunque confiaba en quedarse a cenar. Venía más o menos una vez por semana, normalmente cuando hacía buen tiempo, porque los días eran cada vez más largos y le gustaba salir al jardín si no refrescaba. Incluso arregló una de las luces de fuera y me trajo dos sillas de jardín, y la vieja parcelita de tierra yerma acabó convertida en un patio lleno de flores con las paredes encaladas. A veces Tommy seguía correteando por ahí cuando Stephen llegaba. Al principio estaba incómodo en su presencia, pero como le hablaba con su voz confiada, poniéndole una manita marrón en la rodilla y llamándolo «Amigo», acabó ganándoselo. Tommy lo llamaba «Amigo» porque cuando se conocieron le dije que era un amigo.

Una tarde Stephen nos llevó al parque de Richmond a ver los ciervos, y cuando oía a los transeúntes comentar lo guapa que era Tommy hasta se sentía orgulloso, como si de verdad fuese su padre. Otra tarde nos llevó a ver a unos amigos suyos que vivían en Kew, un fotógrafo y su mujer. Se quedaron prendados de Tommy y le hicieron fotos mientras comía y jugaba. Creían que tenía madera de modelo infantil, pero a mí la idea no me hacía ni pizca de gracia, porque trastocaría su vida ordenada entre la tienda y la guardería, precisamente ahora que nos iba tan bien y no necesitábamos el dinero.

No quería mezclar a Stephen con los Forbes, y procuraba evitar el tema cuando estaba con unos u otro, pero Stephen no tardó en percatarse de que pasábamos muchos fines de semana fuera y de que yo iba al teatro de vez en cuando. Un sábado por la tarde, mientras Bernard me ayudaba a cerrar la tienda, Stephen se presentó por allí y cruzó la calle con su pelo dorado resplandeciente bajo el sol vespertino. Dijo que le pillaba de paso, pero yo sabía que estaba fisgoneando, o puede que hasta espiando para mi madre. No

tuve más remedio que presentarlos, claro, sobre todo porque Tommy se le acercó corriendo, le dio un abrazo en las piernas y lo llamó «Amigo», con lo que resultó evidente que era una visita habitual. Fue divertido ver a los dos hombres evaluándose.

Bernard pareció ligeramente molesto. Colgó el cartel de «Cerrado» y dijo:

—Lo lamento, pero estábamos a punto de marcharnos. Mi mujer nos está esperando en casa y ya vamos con retraso.

—Sí —añadí yo—, mejor será que salgamos por la puerta lateral, que ya he cerrado la tienda. Siento que vayamos con tanta prisa, Stephen.

—No pasa nada —dijo en tono enfurruñado—. Ya te digo que me pillaba de paso.

Salimos todos juntos, pero tuve que volver por una bolsa de plástico con nuestras cosas para el fin de semana y a apagar el calentador; siempre se me olvida algo con las prisas. Cuando volví con los hombres vi que, por casualidad, sus dos coches estaban aparcados uno detrás de otro en el parque Green: el MG de Stephen y un Volvo grande que Bernard llevaba al trabajo. Estaban hablando de coches y parecían más relajados; Bernard ya tenía en brazos a Tommy, listo para ponerla en su sillita del asiento de atrás.

Nos despedimos en tono amistoso, pero, en cuanto nos alejamos del parque Green, Bernard empezó a preguntar.

—Así que ese es el hombre por el que te marchaste de casa —dijo, provocador—. Es atractivo, sin duda, aunque tiene los ojos un poco juntos. Decías que era de la hermandad del puño cerrado, ¿no?

Dije que sí, sintiendo que traicionaba un poco a Stephen, pero añadí:

—Aunque antes era mucho peor. Casi siempre trae vino, y me regaló las sillas del jardín y arregló la luz, así que ha mejorado bastante. Supongo que no sabía llevarlo.

—¿Y ahora sí? —preguntó, sonriendo.

Me quedé pensativa. ¿Sabía llevar a Stephen?

—No, la verdad es que no, aunque ahora no siento absolutamente nada por él. Cuando lo quería era extremadamente vulnerable.

Cruzamos el puente y enfilamos las calles estrechas y sinuosas de Richmond, rumbo a casa de los Forbes. En cuanto pisé el jardín, sentí que había entrado en un lugar encantado. Creo que mi hija sentía lo mismo, pues siempre la llamaba «casa».

Era mayo. Casi nadie se había dado cuenta de que Gertrude estaba embarazada, pero tenía un resplandor singular y bastaba mirarla para sentir paz y alegría. Bernard la adoraba más que nunca, y no dejaba de repetir:

«Mírala, ¿a que está preciosa?». A veces, cuando nos quedábamos solos, se mostraba un poco inquieto y me preguntaba si treinta y siete años me parecían demasiados para el primer hijo.

—No pasará nada, ¿no? —preguntaba en un tono muy poco propio de él—. Si pasara algo, el médico me avisaría, ¿verdad? Le expliqué que se tira horas cuidando del jardín y paseando a la perra por el parque, pero me dijo que el embarazo no es una enfermedad, que el ejercicio le viene bien.

Aquel fin de semana me tomaron un poco el pelo por lo de Stephen, pero eran bromas simpáticas y no me molestaba. Lo que ya no me hizo tanta gracia fue que tocasen el tema de mi madre. Sentían auténtica lástima por ella. Pobre mujer, privada de su preciosa nietecita y viviendo en Kilburn con el horrible señor Crimony, que olía a polvo de carbón. Yo les dije que ella era feliz así: le gustaba el trabajo en la agencia de viajes y al parecer también el señor Crimony. Lo conocía de toda la vida, y, si quería ver a su nieta, siempre tendría las puertas de mi casa abiertas. Aunque no era del todo cierto: me aterraba la idea de que viniese.

Por suerte, no tardaron en olvidarse de mi madre, pues unos amigos alemanes llegaron con su hijo pequeño; era poco mayor que Marlinchen y se lo pasaron muy bien en cuanto los dejamos jugando a su aire, dándole un poco la lata a la vieja perra, poniendo piedras en el columpio y arrancando flores silvestres del bosquecillo de Gertrude. Dejaron las flores desperdigadas por el suelo de la cocina y cuando Gertrude las vio se llevó un buen disgusto, porque habían metido majuelo en la casa.

—Trae muy mala suerte meter majuelo en una casa —decía una y otra vez—. No se lo digáis a Bernard.

Intenté tranquilizarla explicándole que, en algunos países, el majuelo en casa era señal de buena suerte, pero ella me miró con sus ojos enormes cargados de incredulidad y dijo:

—No estamos en otros países, estamos en Inglaterra.

Aún parecía inquieta cuando llegó la hora de que Bernard nos llevase a casa. Al despedirnos, le susurré al oído:

—Yo creo que no era majuelo. A mí me pareció endrino, y estoy segura de que vi una espina.

Valió la pena mentir para ver el alivio en su cara al murmurar, con aire pensativo:

—Es tarde para el endrino, pero en el bosquecillo hay mucha sombra... Sí, podría ser endrino perfectamente.

Fue como si un eco de nuestra conversación le hubiese llegado a mi madre, pues me llamó al día siguiente por la tarde, cuando las llamadas son más baratas, y me dijo que se había topado con Stephen, encuentro que debía de estar preparadísimo, habida cuenta de que él vivía en Chelsea y ella casi nunca salía de Kilburn.

—Le pregunté a Stephen por tu chiquilla y me dijo que era una niña encantadora, pero que él no era el padre. ¿Es eso verdad? ¿No es el padre?

Le respondí que era verdad: Stephen no era el padre de Marline y yo nunca había dicho que lo fuese. De hecho, su padre era «un caballero extranjero» que había regresado a su país.

—¿Un caballero extranjero? —chilló.

—No te pongas así, mamá —dije—. Estás escupiendo.

—¡¿Escupiendo?! ¿Qué sabrás tú si estoy escupiendo o no, so idiota? Y ¿qué se sabe del extranjero ese, a ver? ¿Te está pasando una pensión por tu hija, eh?

Le expliqué que él no sabía nada de su hija, que había nacido varios meses después de que se marchara del país. En cuanto al dinero, nos iba muy bien y no lo necesitaba. Incluso estaba ahorrando.

Hubo un momento de silencio en que casi pude oír a mi madre haciendo un esfuerzo; luego dijo:

—Tengo que ir a ver a mi nieta. Ya te avisaré de cuándo. Ah, y ¿qué clase de extranjero es el padre de la chiquilla? ¿De dónde es?

Titubeé antes de responder:

—Brasileño. —Sabía que en Brasil había mucha gente muy negra.

Odiaba las mentiras, pero me había visto obligada a mentir dos días seguidos. Cuando miento, noto que los ojos se me mueven de un lado a otro, como a una gallina. Por teléfono no pasa nada, pero es una costumbre tediosa cuando estás cara a cara con alguien que sería mucho más feliz sin saber la verdad. El movimiento de ojos levanta inmediatamente sospechas. Puedo mentir mirando a la gente a la cara, pero los ojos frenéticos me delatan.

Los primeros días de junio fueron muy calurosos y los pétalos blancos de los castaños del parque Green caían sobre la hierba como nieve derretida. A la hora del almuerzo, los jóvenes se tumbaban en el verde y se quitaban la camisa como si estuviesen en la playa, y las madres, que llevaban a sus hijos en cochecitos descubiertos, descansaban debajo de los árboles mientras los ancianos se sentaban, rígidos, en los bancos. Los abnegados amantes de los perros paseaban por allí todo el día, unidos a sus compañeros por una correa. A veces los soltaban y les lanzaban una pelota para que se divirtieran. En un

extremo del parque había un club de críquet con vestuarios, muy frecuentado, y en el otro unos baños públicos, mucho menos concurridos —pero buenos, según decían—, para hombres, mujeres e inválidos.

Yo lo veía todo por el escaparate. Daba al sur, y el sol resplandeciente bañaba la tienda, despojando a las antigüedades de su misterio. Bajo esa luz severa todas las imperfecciones se acentuaban, la vida se desvanecía de los cuadros, las tallas doradas se antojaban chabacanas y los muebles antiguos revelaban sus numerosas grietas y marcas, y parecían artículos de segunda mano, más que antigüedades. Unos días antes había limpiado las campanas de cristal con un producto especial para que estuviesen relucientes, pero ahora veía que todas tenían marcas grasientas, como el escaparate. Me pasaba la mayor parte del día limpiando. Por suerte, había pocos clientes y podía trabajar en paz; hasta que un MG azul radiante aparcó al otro lado de la calle, y de él bajaron Stephen y una joven de largas piernas, rubia y muy guapa. Los vi cruzar como flechas entre el denso tráfico. A veces lo regulaba un hombre con una señal en forma de piruleta, pero no ese día. Entraron en la tienda con su cara bonita y una sonrisa de oreja a oreja, y se produjeron las presentaciones. La señorita Patilarga era una actriz estadounidense que se llamaba Brit Bonner y que tenía un papel secundario en un nuevo musical, según contó Stephen. Se habían conocido en una fiesta de promoción apenas una semana antes y se habían visto todos los días desde entonces, con lo que ya eran como viejos amigos, por así decirlo. Parloteaban como pájaros excitados, riendo y contradiciéndose continuamente el uno al otro. Nunca había visto a Stephen tan contento; parecía un chaval, más que un hombre de treinta años tirando a tacaño.

Cerré la tienda y tomamos el té en el jardín; un té tempranero, porque Brit tenía que ir al teatro. Me dijo que era la primera vez que había actuado en el West End y en un teatro grande.

—Enséñale a Bella tus recortes, cielo —dijo Stephen, y la mujer sacó de su enorme bolso varias reseñas arrugadas, de obras en las que había participado en pequeños teatros estadounidenses, que hablaban bien de ella: «La señorita Bonner es un bombazo», «Brit Bonner es una debutante interesante» o, la más sugestiva, «La bella Brit Bonner aprieta las tuercas».

Mostré todo el interés que la situación requería, pero, cuando volvió a meter los recortes en el bolso, la mujer dijo en tono melancólico:

—No hay cosa que más quiera que ser una actriz seria, pero tengo que aceptar los papeles que me ofrecen. Empecé haciendo de criada o, aún peor, de ayudante del director de escena.

Luego pidió ver la casa y Stephen le hizo una visita rápida, como si fuese suya, y ella decía: «Precioso, precioso» cada dos por tres. Dejaba un aroma tenue pero persistente allá por donde pasaba. Mientras estábamos en el jardín confié en que fuesen mis flores, pero en cuanto entré en la casa detrás de Brit supe que era su carísima fragancia. Que ahí seguía cuando se marcharon.

CAPÍTULO X



Una mañana, mientras volvía de llevar a Tommy a la guardería, oí el teléfono desde el otro lado de la calle, así que me colé entre el torrente de coches, para gran irritación del hombre de la piruleta, que me hacía gestos impetuosos con su señal. Cuando abrí la puerta de la tienda y llegué al aparato, el último tono se estaba desvaneciendo, pero descolgué a tiempo para que la voz de Gertrude se oyese suavemente al otro lado de la línea. Quería contarme un sueño curioso que había tenido; parecía obsesionarla muchísimo. En el sueño se despertaba en un suelo de mármol, entre pilares altísimos. A veces andaba bajo techo y otras bajo el intenso cielo azul, pero los pilares siempre estaban ahí, y a lo lejos se distinguían edificios blancos. Calzaba unas sandalias sencillas, de tosca manufactura, pero vestía una especie de túnica de un tejido delicadísimo, muy agradable al tacto. Aún recordaba la sensación al pasar los dedos. Decía que estaba buscando a alguien. Quizá fuese Bernard, pero en ese momento le había parecido improbable, pues el sueño estaba ocurriendo hace dos mil años. Le pregunté cómo lo sabía. ¿Tenía un calendario?

—No, no tenía nada por el estilo —dijo en tono ambiguo—. Sabía que era hace dos mil años, sin más. No había carteles de los años ochenta por ningún sitio. Me senté en un banco de mármol, calentado por el sol, y observé una pequeña silueta lejana que andaba hacia mí y se hacía cada vez más grande, y luego vi que llevaba un gran pergamino debajo del brazo, que podía ser perfectamente una pintura enrollada, y me dije que la persona a la que estaba buscando debía de ser, en efecto, Bernard. Entonces grité: «¡Bernard!» a voz en cuello y él respondió: «Gertrude, calla», y vi que estábamos en nuestra cama, en casa.

—Sí, ha sido un sueño raro, pero muy bonito —dije.

—Bonito en cierto modo, pero también extraordinario. Porque, ¿sabes qué?, Bernard estaba soñando casi lo mismo al mismo tiempo. Él era, efectivamente, la silueta lejana con el pergamino, que pesaba mucho, y era

incapaz de acercarse, aunque podía verme a lo lejos, sentada entre los pilares. Le pregunté si llevaba toga o un traje normal y corriente. «Toga, claro», me respondió. De hecho, estaba convencido de que era Julio César hasta que me vio sentada en el banco de mármol. Entonces su único objetivo fue acercarse a mí, pero, por más que caminase, siempre estábamos separados. Como si el suelo que pisaba se deslizase, como en una pesadilla. ¿Para ti qué significa? ¿Conoces a alguien que haya compartido un sueño?

—Pues creo que no —dije, pensativa—, pero Bernard y tú estáis muy unidos, mucho más unidos que la mayoría de los matrimonios. Quizá estuvisteis juntos en otra vida hace dos mil años.

Guardó silencio casi un minuto, antes de decir:

—Sí, puede que lleves razón. Puede que Bernard y yo viviésemos juntos hace dos mil años, y quizá también en otras épocas. Es rarísimo, sin duda. Ha sido un sueño bonito, a su manera, y nunca lo olvidaré, pero no me gustaría compartir sueños todas las noches. ¿Y a ti?

—Tampoco —respondí—, pero a mí no podría pasarme: yo no tengo a nadie con quien compartir sueños.

Colgué el teléfono porque alguien estaba entrando en la tienda. Vi que era la señorita Murray, con un vestido de seda pura muy veraniego y una capa a juego para disimular su joroba. Llevaba una cesta con piezas de porcelana ligeramente dañadas que quizá me interesase comprar a bajo precio.

—Puedo tolerar que falte algún remache, pero las grietas no las soporto; y las piezas desconchadas me asquean directamente. Mira qué desconchado más feo tiene el cojín azul de este caniche de Rockingham, o esta jarra de Minton con la boca desportillada. Por no hablar de las grietas: mira, mira. — Y me pasó un plato de Crown Derby: tenía una grieta minúscula en el borde y el dorado estaba un poco descolorido, por culpa de los detergentes fuertes, con toda probabilidad—. Te los dejo por nada. Es que no puedo ni verlos.

Vació la cesta y me preguntó si había visto a los Forbes últimamente. Llevaban ya un tiempo sin pasar por su tienda y se había hecho con unos marcos dorados enormes que podrían interesarles. Le conté lo del sueño compartido, pero se mostró escéptica y lo atribuyó a las fantasías de las embarazadas.

—Las mujeres se ponen muy raras en esos meses, ya lo sabes tú. Tienen cosas de lo más extravagantes.

Le dije que suponía que llevaba razón, aunque no lo compartía: estaba convencida de que el sueño de Gertrude y Bernard era algo muy especial, que solo podía ocurrirles a personas tan unidas como ellos. Fui incapaz de

quitarme su sueño de la cabeza en todo el día; era como si yo también lo hubiese compartido.

Corría ya el mes de julio y al sentarme en mi jardín amurallado oía los partidos de críquet en el parque Green —el chasquido de la pelota bateada, los aplausos comedidos ocasionales— y, cuando el torrente de coches amainaba, también el arrullo de las palomas. Casi siempre me quedaba sola después de acostar a Tommy. Stephen ya casi nunca pasaba a vernos, ahora que tenía a Brit; y, cuando venía, solo hablaba de ella y de lo asustado que estaba ante la posible cancelación del musical: las butacas vacías ya arrojaban sombras sobre su felicidad. Me pedía consejo sobre qué hacer si Brit regresaba a Estados Unidos. Ya le había pedido matrimonio, pero ella no acababa de decidirse. Lo quería, eso por supuesto, pero por ahora pensaba que debía dar prioridad a su carrera; luego, cuando estuviese más asentada, las cosas cambiarían y tal y cual. Yo le decía más o menos lo que quería oír: le confirmaba que era preciosa y que tenía un talento tremendo; que se notaba a la legua lo mucho que lo quería y que era probable que le ofreciesen buenos papeles en los teatros del West End, aunque apenas conocía el mundo del teatro y solo había visto a Brit una vez. Al menos sabía que era guapa y que parecía enamorada de Stephen, así que podía hablar con convicción. Lo que vi de la chica me gustó de verdad, pero era un aburrimiento pasar la tarde noche en el jardín hablando de ella sin parar. Las plantas de tabaco también tenían un aroma delicioso. Aunque ya no sintiese nada por Stephen, éramos amigos y me habría gustado que se interesara un poco por mí y por mi vida, como hacía antes de que apareciera Brit. Nuestros encuentros no eran tan aburridos cuando traía vino.

Los sábados eran cada vez más problemáticos, porque Tommy no se conformaba con jugar con algún chisme de la tienda. Se moría de ganas de salir al jardín y quería sacar todos sus juguetes de la caja. Una tarde noté un olor ácido terrible, como a quemado, que venía de la cocina, y me acordé de que había dejado un pastel en el horno. Le pedí a un cliente de confianza que se quedase a cargo de la tienda y fui corriendo a la cocina para salvar mi pastel, pero lo que encontré en el horno no era un pastel quemado, sino un piano de juguete y diez soldaditos de plástico asados por Tommy. Los saqué y los puse debajo del grifo, pero el piano no volvería a sonar y los soldaditos parecían víctimas de una bomba atómica, con la cara desfigurada y las extremidades retorcidas.

Creo que fue ese mismo sábado en que Tommy hizo piano al horno cuando mi madre por fin se presentó para pasar revista a su nieta. Recuerdo

que en cuanto entró en la tienda gritó, levantando la voz sobre el tintineo de la puerta:

—¡Qué olor más raro! Es desagradable a más no poder.

Allí los tenía, a mi madre, con sus ojos fulminantes, y al señor Crimony, con una sonrisilla nerviosa, a su espalda.

En ese momento estaba atendiendo a una clienta muy importante, pero dijo que volvería a pasar más tarde y se desvaneció como un copo de nieve, dejándome con las manos llenas de pomos victorianos con flores pintadas a mano. Sin saber muy bien qué hacer, se los enseñé a mi madre y dije:

—Son bonitos, ¿eh?

Pero ella tenía los ojos clavados en Tommy y ni siquiera se dignó mirar los pomos.

—Así que esta es la hija del caballero extranjero —dijo en tono resentido—. Señor Crimony, mire a esta chiquilla. ¿Acaso se me parece en algo?

Tommy, que estaba viendo a los niños y a los perros jugar en el parque Green, se apartó del escaparate y se acercó corriendo al señor Crimony, y sin dejar de reírse le arrebató su repelente sombrero de la mano, se lo puso en la cabeza y empezó a bailar por toda la tienda, canturreando.

Él la observó un momento y dijo, con voz tierna:

—No, no puede decirse que se parezca en nada a ti, pero es una chiquilla preciosa y me imagino que se parecerá a su padre.

Acabado el baile del sombrero, Tommy se lo devolvió al señor Crimony y se quedó a su lado, mirándolo a la cara con ojos esperanzados. Él se hurgó en los bolsillos, pero lo único que encontró fue un caramelo para la tos.

—Mira cómo te hace la pelota, la muy pícara. Lo que está claro es que esa no pone un pie en mi casa.

—No te preocupes, mamá —dijo con voz fría—. No se me había pasado por la cabeza llevarla a tu casa infeliz. Allí no hay amor, solo rencor.

Dejé los pomos en el escaparate y, después de colgar el cartel de «Cerrado», le pregunté a mi madre, con voz muy tranquila, si iba a quedarse a tomar el té.

—Supongo que, si me niego, se me acusará de rencorosa —respondió con brusquedad, sin quitarle los ojos de encima a Tommy e intentando disimularlo. Luego llamó a la chiquilla con voz afectada y ella se le acercó lentamente, buscando un gesto de confianza—. Así que tú eres Tommy-Marline —le soltó mi madre; y acto seguido, al no saber qué hacer, cogió su mano derecha y se la estrechó, con lo que Tommy soltó una risita.

—En mi casa de allí soy Marlinchen —dijo ella, señalando a un punto indeterminado.

—Bueno, Tommy, Marline o como te llames, te he traído un regalito. Dos, mejor dicho. —Mi madre hurgó en su bolso y sacó una pequeña muñeca con sombrero, muy bonita, y un payaso mecánico que se puso a dar volteretas por la moqueta. Tommy estaba encantada con sus regalos, y mi madre añadió, en tono jovial—: Son mejores que un penoso caramelo para la tos, ¿a que sí?

El señor Crimony, con expresión tristona, protestó:

—Es que no me habías dicho que íbamos a traer regalos. Si lo llego a saber, le traigo algo a la chiquilla. ¿Qué quieres que te traiga la próxima vez que venga, Tommy?

Y sin dudarle un segundo respondió: «Un violín», cosa que me extrañó, pues no me constaba que hubiese visto uno en su vida.

Nos sentamos en la cocina a tomar el té en familia: el señor Crimony daba buena cuenta de una tarta helada de limón que había hecho para Gertrude mientras mi madre me preguntaba si había visto a Stephen últimamente y cosas por el estilo, hablándome a mí, pero mirando a su nieta.

—Me habría encantado tener una nieta si hubiese sido normal; pero que sea ilegítima, y de color, para más inri, me supera. Es antinatural.

—Tampoco exageres, mamá —respondí—. Lo siento, pero tengo que empezar a quitar la mesa. Vamos a pasar el fin de semana fuera.

Mi madre se puso en pie *ipso facto* y soltó:

—Pues venga, que no queremos entretenerte.

Justo entonces, Tommy, que tenía el oído muy fino, gritó: «Ha llegado Bernard», y fue como una flecha a la puerta de la tienda, para volver un minuto después en sus brazos.

Yo no estaba de humor para presentaciones, así que él mismo se presentó y le confesó a mi madre que tenía muchísimas ganas de conocerla. Luego se volvió hacia el señor Crimony y, en un tono muy afable, le dijo:

—Trabaja usted en el carbón, ¿verdad? Bella me contó que, en su día, estuvo en su oficina. Fue su primer trabajo, ¿verdad?

—Sí —respondió mi madre, entrometiéndose—, y muy bien que estaba. Pero se empeñó en dejarlo y pasarse a las antigüedades. Le habría ido de maravilla si se hubiese quedado, ¿a que sí, señor Crimony?

Él pareció titubear.

—No sé yo hasta qué punto, porque no le gustaba el trabajo. Y que conste que lo intentó, pero no parecía interesarle el carbón. No, está mejor como está.

Bernard coincidió con él y se ofreció a llevarlos a Kilburn en coche.

—Ya sé dónde viven —aclaró.

—Hemos venido en coche —respondió mi madre con voz pomposa, declinando su propuesta—. No se nos ocurriría hacer un viaje tan complicado en transporte público.

A los pocos minutos se habían marchado. El señor Crimony se despidió de Tommy con un beso, pero mi madre se limitó a darle una palmadita en la cabeza, exclamando:

—¡Qué gracioso, tiene el pelo tan duro como parece!

Mientras los veíamos alejarse en su coche por el escaparate, Bernard me rodeó con el brazo un momento y dijo:

—Mujer, tampoco ha sido para tanto, ¿no? Tu madre es un pelín difícil, pero el viejo Crimony no es tan malo, y yo no he olido a polvo de carbón, como decías.

Me reí, algo nerviosa.

—Bueno, a lo mejor ya no huele a polvo de carbón; pero, de todos modos, no quiero que sea mi padrastro. Aunque quizá ya no pase, después de tantos años. Tienen una relación singular.

CAPÍTULO XI



El plan era cerrar la tienda las dos primeras semanas de agosto, que Tommy y yo pasaríamos en Richmond con los Forbes. Gertrude salía de cuentas a finales de septiembre, pero a Bernard no le hacía gracia que se quedase casi todo el día sola en casa. Yo tenía la sensación de que estaba demasiado inquieto; parecía invocar el desastre con todos esos miedos. ¿Por qué Gertrude, que había subido y bajado mil veces las escaleras, iba a empezar a caerse ahora? Ya no le estaba permitido sacar a pasear a su vieja y dócil galgo; tenía prohibido conducir, y también ir de compras sin acompañante. La jardinería tampoco estaba vista con buenos ojos, con lo que el jardinero tenía que echar muchas más horas que de costumbre.

—Es un aburrimiento tener siempre por aquí a ese hombrecillo —se lamentaba—. Al menos nunca pisa mi bosquecillo. En realidad es un espía, ¿sabes? Si me agacho para arrancar unas cuantas flores muertas, se lo cuenta a Bernard. Aunque ahora que estás tú a lo mejor me deja en paz.

Todas esas preocupaciones de Bernard por nimiedades también se me habían contagiado a mí, sobre todo cuando Gertrude insistía en bañar a Marline, y la metía y la sacaba de la tina como si estuviese levantando un gatito.

Al margen de la atmósfera de aprensión que impregnaba la casa, fueron quince días felices. Hizo buen tiempo y pasamos muchas horas en el exuberante jardín, y hacíamos pícnic en el bosquecillo de Gertrude, bajo el enebro. El claro se había ampliado y colocaron una mesa para comer, y jardineras de piedra con capuchinas rojas y amarillas que ya eran casi silvestres y trepaban libremente por arbustos y árboles, como llamas. Yo decía que íbamos al restaurante Arbusto Ardiente. Allí comíamos auténticas delicias: ensaladas y quesos franceses, salmón ahumado y frambuesas con nata; todos mis platos predilectos. A veces bebíamos vino blanco y otras café helado. Lo dicho: un restaurante excelente. Gertrude parecía la viva imagen

de la salud, sentada con su piel radiante sobre un fondo de flores y vegetación intensa, como un personaje de un cuadro de Rousseau, sobre todo cuando las urracas aparecían entre las hojas. Un día dijo, con su voz soñadora:

—Le he pedido a Bernard que esparza aquí mis cenizas cuando muera. Se lo recordarás, ¿verdad?

Sonreí y le dije que intentaría acordarme, aunque quizá para entonces estuviese muerta.

—Y Bernard ¿qué? —le pregunté, burlona—. ¿Dónde vas a esparcir sus cenizas?

Pareció sorprenderse:

—¡Está claro que Bernard no va a morir antes que yo! No podría vivir sin él; sería incapaz de manejarme. No lo digas ni en broma.

Me hizo sentir un pelín culpable y, para cambiar de tema, le dije que mirase a Marline, que había escalado un poco por el tronco de un cerezo, intentando alcanzar los frutos marchitos. Nos quedamos mirándola hasta que Gertrude dijo:

—Has sido muy buena madre en unas circunstancias difícilísimas. Bernard y yo lo hemos hablado más de una vez. Si me pasa algo, cuidarás de mi hijo, ¿verdad? Eres la persona en la que más confiaría. Sé que es un poco macabro por mi parte, pero dime que sí y no volveremos a hablar de esto.

Se lo prometí, aunque me asustaba tamaña responsabilidad. ¿Qué significa exactamente «cuidar»? Y en caso de que yo muriera, ¿quién cuidaría de Tommy-Marline? Esperaba que no fuese mi madre.

No volvimos a tener conversaciones macabras, y siempre recordaré aquellas dos semanas de vacaciones como unos días muy especiales. Ya no había salidas al teatro, para no dejar a Gertrude sola, pero casi todas las noches Bernard me daba una clase de ajedrez, y yo me entretenía, aunque me parecía un juego muy difícil: mi cabeza, demasiado indisciplinada, era más apta para las damas. Algunas noches nos quedábamos escuchando discos de música clásica, con los ventanales que daban al jardín oscuro abiertos, y la música empezó a decirme algo. Era como si hasta entonces hubiese sido sorda. Cuando volví a casa me llevé prestados una pila de vinilos para ponerlos en mi tocadiscos, de peor calidad, y así se acabaron las veladas solitarias, pues los músicos se convirtieron en mis amigos íntimos. Esperaba que, algún día, Bernard me llevase a un concierto. No sé por qué, pero me lo imaginaba como algo muy formal, con todo el mundo en traje de gala, mucho más majestuoso que el teatro.

La tienda estuvo muy tranquila la segunda quincena de agosto y apenas vendí nada. Una tarde, Stephen llegó fuera de sí porque el musical estaba a punto de cerrar y Brit se planteaba volver a Estados Unidos después de haber recibido varias ofertas interesantes, entre ellas un papel dramático que parecía ser justo lo que tanto ansiaba. Estaba resuelta a ser una actriz seria, no solo guapa, y no podía permitirse perder sus oportunidades. Aconsejé a Stephen que la dejara marchar y que, cuando ella se hubiera asentado, fuese él también. Podía compaginar su estancia en Estados Unidos con el trabajo de publicista, y era muy probable que su empresa pagara la mayoría de sus gastos. Por lo demás, si la situación se volvía desesperada, siempre podría quedarse a vivir allí con carácter más o menos permanente.

Intenté tranquilizarlo con mis consejos trillados, pero me respondió casi gritando, con voz enojadísima:

—¡O sea, que quieres deshacerte de mí! En realidad te da absolutamente igual que me case con Brit, o no volver a verme en la vida. Solo te importan ese pomposo de Bernard y su condenado Volvo 245.

Tardé un poco en recordar qué era un Volvo: nunca me habían interesado los coches. ¡Qué mérito tenía Stephen por recordar el número del coche!

—Pues claro que me importan Bernard y Gertrude; son unos amigos muy especiales, como tú, y no tengo muchos, que digamos. A decir verdad, te he echado mucho de menos últimamente, porque has estado ocupadísimo con Brit. No me ha molestado, pero te he echado de menos. Aunque ahora que tengo una montaña de discos lo llevo mejor. Los pongo casi todas las noches.

—¡Discos! —dijo con desdén—. Pareces una cría. Supongo que Bernard estará ensanchando tu mente diminuta con la música.

Solté una carcajada y le puse una mano en la suya.

—Pues yo creo que a lo mejor has tenido una discusión con Brit y la estás pagando conmigo. Anda, vamos por Tommy a la guardería y nos tomamos un helado por el río. Es muy pronto para una copa.

Recogimos a Tommy y fuimos en coche a Teddington Lock. Aparcamos en la puerta de The Anglers y, después de cruzar la pasarela peatonal azul y blanca, enfilamos el camino de sirga al otro lado del río, rumbo a Ham House. No tardamos en oír el son de las campanas tubulares tocando algunos compases de la banda sonora de *El tercer hombre*, y Tommy se adelantó a la carrera para pillar al camión de los helados, que estaba a punto de cambiar el margen del río por el barrio residencial, más rentable. Nos sentamos a orillas del río para tomarnos tranquilamente nuestro cucurucho, y Stephen preguntó:

—¿Crees que Bernard suele tomar helado rosa en un paseo público?

Yo respondí que, si las campanas tubulares tocaran Scarlatti, quizá; y aun así lo veía difícil. Volvimos a paso sosegado a The Anglers y montamos en el coche. Pasaron tres semanas hasta que vimos a Stephen de nuevo. A la mañana siguiente estaba lloviendo y a Tommy se la habían comido los mosquitos.

Pero en la vida había más cosas aparte de la lluvia y las picaduras de mosquito. Compré unas sillas georgianas preciosas en una residencia particular que estaban desmantelando a toda prisa. Eran cuatro y me las llevé a casa en taxi porque sabía que me las birlarían en un abrir y cerrar de ojos si las dejaba allí. Entregué al propietario un cheque por valor de las ochenta libras que pedía; él quedó encantado y yo casi no me creía mi suerte. Por lo que vi, los demás objetos de la casa carecían de valor, pero aquellas sillas formaban parte de un juego que se había repartido la familia a la muerte de la abuela.

—Son de auténtica caoba. Ya casi no se ven sillas como estas, pero no podemos llevárnoslas. Es que nos vamos a Australia.

En cuanto llegué a casa llamé a Mary Meadows, que vino en menos que canta un gallo, y nos pasamos la tarde limpiándolas y encerándolas. Mary las vendió en su puesto al día siguiente y repartimos los beneficios: sesenta libras por cabeza. Era lo mejor que me había pasado desde que trabajaba con antigüedades; mi primer gran éxito. Desde entonces Mary confió en mí para las compras de la tienda, y a veces, en los días flojos, iba a las subastas o adquiría piezas de residencias particulares. Fue un cambio agradable, porque a veces me pesaba un poco estar tantas horas encerrada, sobre todo en verano, cuando veía a las chicas pasar por el escaparate con sus bonitos vestidos estivales y el pelo radiante bajo la luz del sol. En septiembre mis visitas semanales a casa de los Forbes se interrumpirían temporalmente, porque Charlotte iba a quedarse a vivir en la casa al menos un mes y también esperaban a una enfermera. Gertrude se había empeñado en dar a luz allí, aunque el médico no daba su visto bueno. Ella tenía la sensación de que un hospital era un sitio demasiado impersonal para un bebé tan anhelado y especial.

—Esta casa es perfecta para una de esas placas azules. Sé que este niño será famoso por algo cuando crezca, aunque quizá todas las madres piensen lo mismo. El caso es que, sea famoso o no, me niego a tenerlo en un hospital.

En nuestro último pícnic bajo el enebro, Gertrude no hizo ni caso de la comida que yo había puesto sobre la mesa, pero se zampó, rayando la voracidad, hasta la última baya que había en el lado umbrío del árbol: unas

bayas azulísimas que parecían venenosas, y que también olían raro. No era la primera vez que la veía hacerlo, pero en esta ocasión las arrancaba con sus manos blancas y alargadas y se las llevaba a la boca a puñados, y se manchó los labios y se puso el vestido perdido de hojas en forma de aguja. Yo me decía que ojalá Bernard estuviese allí para controlarla. Al final conseguí que comiese un poquito de mayonesa de salmón, pero tenía los labios y el vestido tan manchados del jugo de las bayas que parecía una salvaje. Cuando Bernard llegó a casa le conté lo que había pasado en el bosquecillo. Aunque habían limpiado las manchas, creí que debía saberlo por si Gertrude se sentía indispuesta en plena noche.

El jardinero recibió discretamente orden de destruir todas las bayas que apareciesen en el árbol, pero no tuvimos que preocuparnos, porque Gertrude dejó de ir al bosquecillo y se acabaron los pícnicos allí. A veces, mientras paseaba por su jardín entre las grandes dalias, con sus flores carnosas y brillantes, se decía que ojalá no hubiera plantado tantas. «¿Quién me iba a decir a mí que crecerían tanto?», repetía, y se dirigía hacia las rosas. El último mes de embarazo apenas salió de casa, y acostumbraba a sentarse al lado de los ventanales para leer poesía del siglo XVII. Tenía especial predilección por Marvell y Donne. A pesar del cuerpo abultado, estaba extraordinariamente guapa ahí sentada, con la galgo a sus pies. La perra era tan tranquila que a menudo se me olvidaba que existía. Nunca la había oído ladrar, aunque a veces, mientras la paseábamos, echaba a correr de repente, en círculos cada vez más grandes, y volvía con cara de felicidad y orgullo, como si recordase triunfos pasados.

Cuando llegó Charlotte, se hizo cargo de la mayoría de las comidas, con lo que la cocina dejó de ser tan imaginativa; de hecho, sus recetas recordaban un poco a los comedores escolares: empanadas de carne y riñones que no eran empanadas porque la masa se había cocido por separado, guisos nutritivos, pero insípidos, pescado hervido, pudines de pan y mantequilla y tartaletas de mermelada los domingos. Bernard comía fuera siempre que podía. Charlotte y él se habían comprometido a no discutir, con lo que Bernard no podía mencionar la comida. A veces se quedaban con los labios sellados: el impulso de discrepar era tan fuerte que no osaban despegarlos.

CAPÍTULO XII



Al mirar por la ventana de mi habitación, vi que las hojas de los castaños caían como enormes guantes amarillos. Era un domingo de finales de septiembre y varios miembros del Ejército de Salvación que iban de punta en blanco, con sus fundas y sus instrumentos resplandecientes de plata y latón, cruzaron a toda prisa el parque Green en dirección a su ciudadela, que no quedaba muy lejos. El tenue aroma a pollo guisado subió por las escaleras y me recordó que Brit y Stephen venían a comer, ella para despedirse. «Aunque también tenemos una buena noticia», había dicho, quitándole el teléfono a Stephen antes de que colgase. Oí las risas de ambos y me pregunté si se habrían prometido; parecían muy contentos, a pesar de la marcha de Brit.

Mientras preparaba la comida empezó a llover a cántaros y, cuando llegaron, me besaron con la cara mojada. Olfatearon las ollas humeantes como si estuviesen famélicos, y Brit incluso levantó la tapa de un par de cacerolas. Fue entonces cuando reparé en el anillo de su mano izquierda, un zafiro y dos diamantes con un diseño un tanto anticuado. Yo había llevado ese mismo anillo casi un mes, así que lo conocía de sobra. Antes había pertenecido a la madre de Stephen. Brit me acercó la mano a la cara como hacen los chiquillos cuando quieren enseñarte algo.

—Sí, nos prometimos hace tres días —dijo muy contenta—. Esa es la buena noticia. ¿Qué te parece mi anillo? Era de la madre de Stephen y para él es muy importante.

Noté una leve decepción en su voz, y supuse que habría preferido un anillo nuevo, que hubiesen escogido juntos. Lo admiré y dije:

—Me consta que ese anillo es muy importante para él, sí, y que siempre ha querido regalárselo a la mujer con la que fuera a casarse. A lo mejor se lo ha enseñado a otras chicas, pero nunca les habrá dejado probárselo. Estoy segura de que eres la primera con la que quiere casarse de verdad, y no me sorprende. —Y le di un abrazo afectuoso.

Stephen estaba sentado a la mesa del comedor, construyendo una pequeña granja de madera con Tommy, pero noté que nos escuchaba con suma atención, gozando de mis mentirijillas piadosas. Por suerte, los ojos no se me movieron de forma frenética, como a veces ocurre cuando no digo la verdad; esta había sido una mentirijilla de nada. Luego, mientras Brit y Tommy estaban arriba jugando a un juego en el que había que reírse muchísimo, le dije a Stephen que tendría que haberle comprado a Brit otro anillo de pedida. ¿Le había preguntado al menos si le gustaban los zafiros? Quizá le encantasen los rubíes, como a mí, o las esmeraldas resplandecientes. El caso era que habría tenido que ayudarlo a escoger el anillo.

Al principio Stephen se mostró enfadado y dijo que estaba celosa y era una «criticon». Luego se puso triste y reconoció que a él tampoco le hacía mucha gracia lo del anillo; que no le pegaba a Brit, por así decirlo. Sin embargo, entre todos los gastos de irse a vivir con ella a Nueva York en Navidad y los de la boda, no se atrevía a desembolsar mucho dinero en un anillo.

—Se lo ha enseñado a todos sus compañeros de reparto y me he dado cuenta de que no les ha entusiasmado, que digamos. Aunque quizá solo sea que tengo cargo de conciencia. Dios mío, ¿tú qué me aconsejas? ¿Le compro otro?

Lo pensé un momento y llegué a la conclusión de que dos anillos de pedida eran un disparate, así que le sugerí un broche o una pulsera, o alguna antigüedad, exentas de impuestos.

—Probad en Burlington Arcade o algo así, pero id juntos. Ya verás cómo te diviertes; menos cuando toque pagar, claro —dije, entre risas.

—Supongo que soy un cabronazo tacaño —añadió Stephen, con expresión pensativa—, pero me niego a ser tacaño con Brit. La quiero demasiado.

Brit se marchó el miércoles siguiente, y cerré la tienda para acompañar a Stephen a Heathrow a despedirla. Cuando llegamos al aeropuerto la vimos con un grupo de bailarinas, chicas monas, pero menos guapas que Brit, que estaba espectacular. Hice amago de dejarla a solas con Stephen, pero me pidieron que me quedase. Cuando ya se habían despedido y Brit se llevó su delicada mano al pelo para retocárselo, vi que lucía una pulsera muy bonita, decorada con granates, y le sonreí a Stephen con aprobación.

Brit volvió con sus amigas bailarinas y se perdieron en la sala de embarque, y Stephen fue como una exhalación al bar más cercano y pidió un *whisky* solo. Se quedó con los ojos cerrados unos minutos; luego me agarró del brazo, dijo: «Vámonos», y salimos a toda prisa al mundo real. Para mí, los

aeropuertos son una especie de limbo, y las pocas veces que he montado en avión he tenido claustrofobia. Me alegraba estar otra vez en mi tiendecita, a salvo, y girar el cartel de la puerta a «Abierto». Vendí dos elefantes de latón, una cuña para puerta de hierro y un rodillo de cristal de Bristol, todo muy seguido, a pesar de tener a Stephen deambulando por la tienda como alma en pena, con una cara de depresión absoluta, dando profundos suspiros de vez en cuando. Se fue a la deriva a última hora de la tarde y, aunque lo sentía por él, me alegré de que se marchase. Pobre Stephen, casi se diría que estaba representando su pena.

Tommy echaba de menos los fines de semana en casa de los Forbes. «¿Cuándo vamos a ir a casa? —decía—. Quiero estar con Gertrude, quiero mi columpio, mi jardín, la perrita. ¿Cuándo viene Bernard?». A veces se pasaba un ratito a última hora de la tarde, y Tommy se enroscaba en su rodilla y le preguntaba: «¿Nos vamos a casa, Bernard?».

Yo procuraba llevarla a «casa», aunque fuese poco tiempo, al menos una vez por semana, y Tommy paseaba por el jardín, inspeccionando sus sitios predilectos: la cabañita de juncos que le había hecho el jardinero, una cuesta herbosa por la que le gustaba tirarse rodando y, por supuesto, el columpio. Luego sacábamos a la perra por el parque; dábamos un paseo breve, porque Tommy aún no tenía las piernas largas y el pobre animal, con artritis en las caderas, se cansaba pronto. A veces Tommy le pedía a Gertrude que la bañase, pero ya no era capaz. A mí me parecía muy cansada.

Ella decía que era el cansancio de la espera, y de tener todo el día en casa a su hermana, amable pero mandona.

—Se reincorpora al colegio la semana que viene. Al menos pasará la mañana dando clase y solo vendrá por la tarde. Aunque luego tendré a la enfermera australiana, Marie, se llama: en cuanto Charlotte se vaya, llegará Marie. El médico se ha empeñado, aunque no salgo de cuentas hasta dentro de dos semanas. Dios mío, esto no se lo reconocería a nadie más que a ti, Bella, pero a veces pienso que ha sido una insensatez por mi parte querer dar a luz aquí. Pobre Bernard, le he llenado la casa de mujeres. Y ¡pobre de mí, dicho sea de paso! Podría haber ido al hospital, como tú, y volver en menos de una semana, pero parecía más romántico tener el primer hijo en casa; y también está la cuestión de la placa azul y blanca, que me tiene obsesionada. A veces me detengo al lado de mi querido león de piedra, mirando a la casa, y me la imagino ahí, con su: «John Bernard Forbes nació aquí en 1980».

Nos había convencido a todos de que sería un niño porque lo anhelaba con toda su alma. Normalmente era John Bernard, aunque a veces lo llamaba

Francis Bernard, y durante un breve período de tiempo fue Otto, por su padre. A mí Otto no me gustaba lo más mínimo, y me lo imaginaba como un niño enclenque, con diente-cillos de ratón y gafas de alambre.

Mi madre llamó para invitarme a comer. Aunque su voz sonaba algo hosca, como siempre que hablaba por teléfono, al principio estuvo muy amable y se interesó por nuestra salud y demás; sin embargo, cuando mencionó la comida, la tensión ya se palpaba en el ambiente.

—No vendrás el fin de semana, ¿no? A mí me vendría bien algún día entre semana, el miércoles, por ejemplo.

Yo le expliqué que eso implicaba cerrar la tienda y trastocar la rutina de Tommy en la guardería.

—¿Rutina? No hace falta que trastoces su rutina. Llévala a la guardería como siempre y luego vienes en transporte público. No sería la primera vez.

—Entonces ¿no quieres que me lleve a Tommy?

La voz de mi madre se volvió aún más hosca.

—Si te soy sincera, no. Los vecinos de la derecha, los Pickard, son unos chismosos de cuidado, y el rumor de una chiquilla negra se extendería por toda la calle como la pólvora. Tú piensa que llevo viviendo aquí veintisiete años.

—Por mí puedes quedarte otros veintisiete, pero ya te adelanto que no pienso ir a comer, ni harta de vino. —Y colgué con violencia, confiando en que el ruido le reventase los tímpanos. Estaba tan cabreada que sentía palpar mi cicatriz, y me imaginé que se habría puesto incandescente. Me miré en un espejo dorado y falto de azogue que parecía no ir a venderse nunca y vi que la cicatriz estaba como siempre, con un color blanco plateado y algo torcida.

Al oír el tintineo de la puerta, aparté la mirada del espejo y vi que era Mary, que venía abrazada a un busto de zinc. Me alegró muchísimo ver su cara animada bajo esa pelambrera negra. Examinamos el busto, una pieza muy atractiva. Era la reproducción de un personaje clásico, aunque ninguna de las dos recordábamos cuál; quizá Minerva. Mary se quitó el chubasquero blanco y manchado, que me recordaba a una vela sucia, y pasamos a la trastienda a tomar el té. Le conté mis problemas, lloré un poco y vendimos un par de dibujos victorianos decorados con purpurina. Luego nos sentamos a repasar las cuentas relajadamente. A pesar de la tranquilidad del verano, la tienda había dado unos beneficios razonables.

CAPÍTULO XIII



Corría finales de septiembre y ya llevaba al frente de la tienda ocho meses, los más felices de mi vida. El trabajo me venía como anillo al dedo, vivía con mi hijita querida, a la que no le faltaba de nada, y tenía unos cuantos amigos, además de los Forbes. Que ya eran algo más que amigos. Influían hasta tal punto en mi vida y me habían enseñado tanto que era como si hubiese vuelto a nacer, sin buena parte de mi amargura y falta de confianza. Me habían ayudado a convivir con mi cicatriz. Casi me gustaba, como quien dice, pues había logrado dominarla. Sin embargo, aún no dominaba los sentimientos que me inspiraba mi madre. Aunque a veces la relación entre nosotras fluía un poco más, no duraba mucho. Bernard la había conocido y sabía lo difícil que era, pero Gertrude era tan amable y buena que no podía entender nuestro antagonismo: el rechazo rencoroso de mi madre y mi rabia al sentirme rechazada. Felizmente, aquella época de mi vida era tan frenética que apenas tenía tiempo para rumiar sobre nuestra relación.

No obstante, en septiembre sí que tuve una pequeña preocupación: los chiquillos, sobre todo los fines de semana. Tiraban piedras, trozos grandes de madera e incluso ladrillos a los castaños de Indias, intentando derribar las castañas verdes. Una mañana, una piedra de tamaño considerable atravesó como una flecha uno de los escaparates, con gran estrépito de cristales. No pillé a los culpables, y tuve que pasarme dos días atrapada en casa hasta que vinieron a arreglar el escaparate. El parque Green empezaba a parecer un campo de batalla, repleto de ramas rotas, ramitas y hojas. Luego, cuando las castañas empezaron a caer de los árboles, resplandecientes y perfectas, los chiquillos no les hacían ningún caso, pero me percaté de que a muchos adultos les resultaban irresistibles, y se marchaban del parque con bolsas de la compra y bolsillos a rebosar. Yo entre ellos.

Entre el escaparate y que tuve mucho trajín en la tienda pasé más de una semana sin ver a Gertrude, y cuando por fin nos vimos percibí un cambio

notable. Se había vuelto aún más fantasiosa, vivía en las nubes, y había perdido su interés por el jardín, pero había retomado las acuarelas y estaba ilustrando un libro de poemas románticos alemanes. Me contó que de joven pintaba mucho y que había sentido el impulso de retomarlo. Mientras enjuagaba sus pinceles, me dijo:

—Bernard está contentísimo y me ha comprado un montón de pinturas. Cree que lo más seguro es que me quede aquí sentadita, pintando estas ilustraciones preciosas. Lo que no sabe es que chupo los pinceles. Siempre lo hacía, y me parece que es bastante peligroso, o eso me decían de pequeña.

Las ilustraciones eran ciertamente bonitas y estaban pintadas con gran pericia, y me dije que, si yo pintara así, me pasaría el día pincel en mano y no lo habría dejado tantos años. Gertrude lo hacía todo con una perfección natural, sin esfuerzo. Incluso en los últimos meses de embarazo sus movimientos seguían siendo elegantes y su andar liviano, como siempre. La cara de cansancio había desaparecido y en su lugar tenía una expresión de complacencia remota.

Estábamos en el comedor, con la mesa alargada toda cubierta de material de pintura, cuando la joven enfermera entró con una bandeja con el juego de café. Me había olvidado de la enfermera, y me preguntaba quién era hasta que Gertrude nos presentó. Se llamaba Marie. Al principio me sorprendió su acento, y cierto aire de confianza en sí misma que me resultaba familiar. Luego me acordé de las chicas australianas con que había trabado amistad en mi época de vivir en estudios; varias de ellas eran enfermeras. Gertrude se esperaba a una mujer autoritaria y quedó encantada con Marie, aunque a Bernard le parecía demasiado joven para un cometido tan importante. «Él preferiría a una enfermera sargenta mayor, con una ristra de medallas en la pechera», dijo Gertrude, soltando una risita y dando un sorbo al café. Luego dejó la taza en el plato y, después de quitarse un anillo turquesa del meñique, me lo dio.

—Es para Marlinchen —dijo, como disculpándose—. Mi abuela me lo regaló cuando era poco mayor que ella y es una tontería que siga llevando un anillo de niña. Llevo un tiempo queriendo dárselo; desde que supe que iba a ser madre, la verdad.

Me pasó el anillito dorado, una preciosidad; era un círculo de turquesas alrededor de un pequeño diamante, que parecía eduardiano. No me hacía gracia la idea de aceptarlo, pero Gertrude insistió, y no le gustaba que le llevaran la contraria, sobre todo en aquellos meses. Así pues, metí el anillo en

su estuche de terciopelo oscuro y lo guardé en el bolso para dárselo a Marlinchen por su quinto cumpleaños.

Antes de que me marchase, Marie se sentó un rato con nosotras. Me causó muy buena impresión, sobre todo cuando supe que se encargaba de la mayoría de las comidas, amén de cuidar de Gertrude. Tenía entendido que, generalmente, las enfermeras esperaban que se las atendiese, pero Marie estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para ayudar; incluso ir a comprar y sacar a la perra. La habían contratado para un mes, y luego volvería a Australia; quizá para casarse, aunque no acababa de decidirse, pues habían pasado dos años desde la última vez que vio a su novio y no tenía claro lo que sentía por él. Se escribían con frecuencia, «pero las cartas no son lo mismo que estar juntos —añadió, pensativa—. He cambiado mucho desde que estoy en Inglaterra, supongo que he madurado, y puede que él siga igual. Ya no soy virgen, por ejemplo». Y salió a toda prisa del comedor, un tanto avergonzada, con las tazas y los platillos tintinando en la bandeja.

Volví a casa para recoger a Tommy de la guardería y la encontré bailoteando de aquí para allá, impaciente, porque llegaba con retraso y la mayoría de sus compañeros ya se habían ido. A sus tres años estaba un poco mayor para la guardería. Aunque seguían yendo niños de su edad, casi todos eran de los tranquilos, a los que les gustaba quedarse sentaditos en grupos pequeños, incluso abrazados a alguno de los juguetes de la guardería. Casi nunca se los quitaban unos a otros, aunque había algún rifirrafe ocasional entre los chicos. Las fiestas de cumpleaños estaban a la orden del día.

Desde que cumplió tres años en agosto, Tommy comenzó a desarrollarse rápidamente, casi a tirones. Empezaba a contar, reconocía las letras y sabía hacer puzles sencillos solita. Su vocabulario aumentó de repente y casi podíamos tener conversaciones inteligentes. Algunas noches, cuando me veía un poco alicaída, me acariciaba la cara y decía: «¿Estás cansada, mami?», en tono amable y adulto. También se volvió más creativa, y se empeñaba en esfuerzos sencillos, como girar las llaves en cerraduras resistentes, desenroscar las tapas de los tarros, sobre todo de miel, subirse a sillas para llegar a cosas que yo no quería que tocara o abrir el frigorífico para coger lo que le apeteciera. Una vez la pillé rallando al pobre osito de peluche con un rallador de queso y me puse muy triste, pues era de esas cosas que mi madre podría haber hecho de niña. Aún recuerdo con espanto que convirtió mi queridísima muñeca en una monstruosa Frankenstein, con un brazo chamuscado y un horrendo cuerpo cuadrado. ¿Habría rallado la suave piel de su osito de peluche cuando era niña?

CAPÍTULO XIV



Gertrude ya había salido de cuentas y se hablaba de inducirle el parto, pero se negaba de plano, porque le parecía antinatural, y Bernard se veía inclinado a coincidir con ella. Se tranquilizaban el uno al otro diciendo: «Solo lleva cinco días, seis días, siete días de retraso». Hasta que, la madrugada del 9 de octubre, Gertrude me llamó para decirme que se había puesto de parto, que se sentía estupendamente y que, aunque era noche cerrada, estaba andando de aquí para allá, poniendo sus discos favoritos, Mozart y Vivaldi.

—Su concierto en do mayor para dos trompetas me ayuda muchísimo. ¿Lo oyes? —me preguntó, emocionada. Prometió volver a llamarme cuando la criatura hubiese nacido sana y salva—. Sobre las doce, en cuanto haya dormido un poquito. El dolor de las contracciones no es tan temible como esperaba, pero es muy profundo y primitivo; no se parece en nada a ningún otro. Quizá algunas mujeres se hagan adictas y por eso tienen tantos hijos. Adiós, Bella querida. El médico acaba de llegar, pero te llamo dentro de muy poco.

Su voz contundente y plena se imponía sobre la música, y cuando volví a la cama me parecía que esa voz preciosa y segura seguía resonando en mi cabeza sobre las trompetas de Vivaldi. Aquella fue la última vez que oí la voz de Gertrude, porque murió a primera hora de la mañana, cuando amanecía. Ella, Bernard y su hijo pasaron menos de veinte minutos en familia.

Al no saber qué había pasado, esperé todo el día a que me llamase Gertrude y, al caer la tarde, estaba convencida de que la criatura habría nacido muerta. Tuve el teléfono en la mano varias veces, pero fui incapaz de armarme de valor para marcar el número de los Forbes. No podía enfrentarme a la mala noticia que me aguardaba. Quizá aquel niño tan ansiado hubiese nacido deforme, o muy enfermo, o quizá las contracciones fuesen una falsa alarma. Jamás se me pasó por la cabeza que Gertrude hubiese podido morir.

A la mañana siguiente, cuando me disponía a abrir la tienda, vi a Bernard al lado de su coche. Cruzó la calle sin reparar en el tráfico amenazante ni en los cláxones que le pitaban ni en el hombre de la piruleta, que daba saltitos de frustración. No se percató: sus ojos parecían agujeros negros y tenía la cara lúgubre y sin afeitar. Me dijo que no abriese la tienda, que lo acompañara a Richmond, así que cerré la puerta al salir y me fui con él tal como iba. Nos quedamos en el coche unos minutos larguísimos, hasta que dijo:

—Supongo que sabes que Gertrude ha muerto. Murió de repente ayer por la mañana, de una hemorragia, entre otras cosas. Tenía al bebé en brazos, toda orgullosa, y la felicidad de su cara... Es como si hubiera muerto de felicidad.

No dijo nada más y arrancamos. Era tan terrible que no había nada que decir; parecíamos conductores somnolientos.

Al llegar a la casa, Bernard me acompañó inmediatamente al piso de arriba y, cuando llegamos a la puerta del dormitorio, dijo:

—Quieres verla, ¿verdad? Que no te dé miedo, está preciosa, como siempre.

Entramos y me puso la mano en el hombro, para reconfortarme, y miramos a Gertrude, tumbada como una estatua, con un aspecto muy parecido al que tenía la primera vez que la vi en su jardín nevado. No tenía una criatura en brazos, así que quizá estuviese vivo.

—¿Y el bebé? —pregunté—. ¿Qué le ha pasado al bebé?

—Ah, el bebé —dijo con voz distraída—. Supongo que está con Marie.

Mientras hablábamos, oí el llanto de un recién nacido en la habitación de al lado, el cuarto que Gertrude tenía preparado para el bebé desde hacía meses. Bernard seguía mirando a su mujer, así que lo agarré de la mano fría y lo acompañé a la puerta. Me volví para ver por última vez el perfil pálido de Gertrude, y entramos en la otra habitación.

La enfermera, Marie, estaba dándole a la criatura un pequeño biberón, y al ver sus ojos hinchados supe que había llorado. Me dijo que era un niño y que había pesado casi cuatro kilos, y en efecto se le veía muy sano, con la piel extraordinariamente blanca y las mejillas rojas como rosas; no parecía tener solo dos días. Cuando se acabó el biberón, me lo puso en brazos. Sentí una extraña aversión. Porque era la causa de la muerte de Gertrude, pero no solo por eso; también por su color. El contraste entre la piel nívea y las mejillas rojas como rosas era hartamente inusitado en los recién nacidos. Intenté pasárselo a Bernard, pero retrocedió, diciendo: «No, no, aún no». Le pasó la mano por el pelo rubio y lacio varias veces y salió rápidamente de la habitación.

Me estaba esperando en el rellano.

—Se llama John, ¿sabes? —dijo, con voz entrecortada.

—John Bernard, ¿no? —lo corregí yo.

—Sí, John Bernard. Pobrecillo. Ahora mismo no puedo sentir nada por él. No me parece real, por así decirlo, y espero que se desvanezca. No soporto oírlo llorar. Charlotte te llevará a casa, ya lo hemos hablado.

Y se alejó tambaleándose, con la cara sin afeitar bañada de lágrimas. La muerte nunca me había tocado de cerca y era mucho peor de lo que imaginaba; sobre todo la muerte repentina.

Gertrude fue incinerada, como habría querido, aunque Charlotte y Bernard habrían preferido una tumba donde pudiesen plantar sus flores favoritas. Fui al funeral, pero me escabullí antes de que terminara porque no quería estar presente cuando la quemasen y quedara reducida a cenizas y saliese humo por una chimenea estrecha, según me habían contado. Volví a casa y abrí la tienda como si no hubiera pasado nada, y como me daba igual ocho que ochenta vendí un sofá victoriano que llevaba varios meses ocupando la tienda. Aquella tarde, Mary vino a verme y fuimos al *pub* más cercano, dejando a Tommy sola en casa, cosa que no había hecho en mi vida. Me habría emborrachado si hubiese servido de algo, pero después de dos Guinness me sentía peor que antes. Al ser tan negra, la Guinness es la bebida idónea para los funerales, pero no podía imaginarme a Bernard sirviéndola.

Pasaron más de tres semanas hasta que volví a ver a Bernard, y ya empezaba a sospechar que se habría olvidado de mí. Al fin y al cabo, yo era amiga de Gertrude, y a él solo le interesaba ensanchar mi mente y que tuviese entretenida a su mujer. Entonces, un sábado por la tarde, mientras retocaba el escaparate de la tienda, Tommy gritó de repente: «Viene Bernard». Siempre predecía su llegada antes de que apareciese. Estábamos las dos juntas, mirando esperanzadas por el escaparate, cuando su coche se detuvo en la acera del parque Green. Al ver nuestra cara de entusiasmo, nos sonrió con normalidad. Me lo había imaginado como la última vez que lo vi, destrozado y sin afeitar, mordiéndose el labio superior cada dos por tres.

Pasamos a la trastienda y se sentó en su sillón de siempre, que yo nunca había querido vender porque lo llamábamos «el sillón de Bernard»; Tommy se enroscó en su rodilla como un gatito feliz y, a la penumbra del crepúsculo, bebimos jerez de poca calidad y hablamos en voz baja. Me contó que Charlotte había dejado las clases por ahora, para cuidar del bebé y llevar la casa cuando Marie se marchase. Era muy loable por su parte, porque le encantaban su trabajo y la independencia y los había cambiado por la vida restringida de una madre y ama de casa.

—Gracias a Dios que la anciana señora Hicks aún viene a limpiar, aunque no sabemos hasta cuándo. Adoraba a Gertrude, y trabajar para Charlotte no le resulta tan sencillo; las dos hermanas tienen un carácter muy distinto. Tenían, mejor dicho. Pobre Charlotte, se esfuerza lo que no está escrito para no discutir conmigo. Hasta echo de menos nuestras peleas.

No se entretuvo mucho tiempo con nosotras, pero quedamos en que Tommy y yo pasaríamos el siguiente fin de semana en Richmond.

—Tendrás que afrontarlo tarde o temprano, querida. Sé que la casa solo es una sombra de lo que era con ella, pero quieres ver a Johnny, ¿no? Ahora lo llamamos Johnny, pero no sé si a Gertrude le habría gustado. Supongo que es mejor que Otto, aunque a mí me habría parecido perfecto cualquier nombre que hubiese escogido ella.

Apenas había visto a Stephen desde que Brit volvió a Estados Unidos. Me llamó por teléfono varias veces y se pasó por la tienda en un par de ocasiones: una cuando no estaba y otra en la que sí me pilló en casa, aunque se le veía inquieto y no se quedó mucho rato. No sé cómo, pero no a través de mí, se había enterado de la muerte de Gertrude y vino a verme inmediatamente. No la había conocido, pero sabía lo importante que era para mí nuestra amistad y, aunque me chinchaba con lo del «pomposo de Bernard», nunca había hecho ninguna broma sobre Gertrude. Creo que se habrían llevado muy bien, porque la gente siempre daba lo mejor de sí con ella, y el mejor Stephen era encantador. Aquel día dio lo mejor de sí e hizo lo que estaba en su mano para consolarme. No nombró a Brit ni una sola vez y me compró flores y comida china, que nos comimos lentamente sentados en el suelo, al lado de la estufa de gas. Aquella noche nos acostamos, más como amigos que como amantes. Era algo que a veces hacíamos en momentos de estrés, una forma de ofrecernos consuelo sin comprometernos lo más mínimo.

Bernard vino por nosotras el sábado siguiente, como habíamos quedado, y Tommy no dejaba de dar saltitos a nuestro alrededor, hablando de Gertrude y de que estaba deseando meterse en la bañera, del columpio y de los juguetes que la esperaban en su habitación, de la perra y del oso esculpido que protegía la casa desde el jardín. La pobre llevaba semanas sin ir a casa de los Forbes y la había echado muchísimo de menos, pero yo estaba tan nerviosa que me daban ganas de pegarle un guantazo. Pero lo que hice fue taparme la cicatriz con la mano, cosa que llevaba meses sin hacer. Bernard me apartó con un gesto suave la mano y la metió en mi bolsillo, diciendo, en tono amabilísimo:

—Tranquila, tonta. No va a ir tan mal como te imaginas. Para empezar, está Johnny, y teníamos muchas ganas de que vinieseis.

Sonreí al imaginarme a Charlotte deseando que fuese a visitarlos. Normalmente apenas me prestaba atención, y no recordaba que hubiésemos tenido una sola conversación que fuera más allá de: «*Hallo*», «*Adiós*», «*Hace mucho calor*», «*Hace mucho frío*» y, para mi asombro, «*Qué hijita más guapa que tienes. ¿Es adoptada?*». Pero nos esperaba en el umbral de la puerta, con una sonrisa de bienvenida en su rostro delicado, dos besos en la mejilla para mí y un abrazo para Tommy-Marline, que entró como una flecha en la casa buscando a Gertrude, aunque ya le hubiese explicado que se había ido. «*¿Ha ido de compras?*», preguntó, y lo único que se me ocurrió decirle fue que se había ido muy lejos, a un sitio donde no había tiendas, y que se había llevado a Petra, la perra. Petra había muerto mientras dormía, unos días después que Gertrude. La señora Hicks la encontró debajo de la mesa de la cocina, pero, como acostumbraba tumbarse ahí, no se dio cuenta de que estaba muerta hasta que la perra no reaccionó cuando le puso un cuenco con su comida favorita. Entonces, como mujer sosegada que era, a la que no le gustaban los numeritos, llamó a la puerta de Bernard y dijo: «*Disculpe, señor, parece que la perra ha muerto. No se mueve*».

Marie se disponía a acostar a Johnny cuando entramos en grupo a verlo. Y ahí lo vimos, sentadito en su rodilla y mirándonos con los ojos preciosos de Gertrude. Era un bebé grandote y guapo, como ella habría querido, pero cuando Marie me lo pasó para que lo cogiese volví a sentir esa ligera aversión, aunque su piel blanquísima y sus mejillas rojas como rosas ya parecían más naturales. Su tía Charlotte tenía casi el mismo color que él. Era evidente que Bernard adoraba a la criatura y no le quitaba los ojos de encima, pero no lo cogió, quizá por vergüenza, en presencia de tres mujeres entusiasmadas y una chiquilla embelesada. En cuanto Marline vio al niño precioso lo quiso como si fuera su hermano —y, de hecho, eso creía—, y jamás mostró el más mínimo indicio de celos.

En apariencia pasamos el fin de semana sin demasiado sufrimiento; pero hubo varios momentos dolorosos. Mientras Bernard y yo paseábamos por el jardín, nos encontramos con las urracas medio domesticadas de Gertrude, cotorreando en una de las ramas bajas del enebro, y nos miraron con ojos perspicaces, como si supiesen que había muerto. Ambos nos percatamos de la situación, rayana en lo siniestro, y yo, que generalmente temo tocar a la gente, agarré a Bernard del brazo y hundí la cara en su hombro para evitar la mirada astuta de las aves. Los dos estábamos temblando.

El domingo por la tarde fuimos incapaces de poner los discos de Gertrude —ni ningún otro, de hecho—, así que jugamos al Scrabble. Me preguntaba de

dónde habría salido; quizá lo habría traído Charlotte. Los Forbes no eran muy aficionados a los juegos de mesa, solo jugaban al ajedrez. Yo estaba pasándomelo bien hasta que Bernard, que iba ganando, se levantó de golpe, desperdigando las letras, y, diciendo entre dientes algo como: «Vaya mierda de juego», se marchó de la sala.

El lunes, mientras volvíamos a Twickenham, paró el coche cerca de Marble Hill y se disculpó por el incidente del Scrabble.

—Lo que me deprime es ver a Charlotte esforzándose por ser un rayo de sol, aunque sé que lo hace por nuestro bien. El otro día me sugirió alegremente que fuese a dar un paseo con la perra por el parque, que estaba precioso; se le había olvidado que llevaba más de tres semanas muerta. La pobre no tenía motivos para vivir, como yo. A veces pienso que pasaré el resto de mi vida anclado al remordimiento, la tristeza y la soledad. Soy incapaz de imaginarme cómo puede mejorar. Está Johnny, claro, pero aún quedan años para que pueda hablar con él de verdad. Aunque lo miro y veo que cambia continuamente. Tiene los ojos de Gertrude, ¿te has dado cuenta? Y Marie dice que está muy grande para su edad. Pobre Gertrude, cuánto lo habría querido.

Tommy se impacientaba en su sillita del asiento de atrás, así que reanudamos la marcha y, justo cuando estábamos a mitad de Heath Road, parados en un atasco, me acordé de pronto de aquel bonito día de agosto en que Gertrude y yo charlábamos en el bosquecillo florido y me hizo prometerle que, si le pasaba algo, cuidaría de su niño. Se me había olvidado por completo, pero en aquel momento, en esa calle horrenda abarrotada de coches, lo recordé con nitidez, y fue como si aún estuviésemos en el restaurante Arbusto Ardiente, bajo el enebro, mientras las urracas se movían entre las ramas, y yo le estuviese haciendo esa promesa sincera.

Me volví hacia Bernard, que tenía el ceño fruncido y clavado en el tráfico, casi inmóvil, y grité:

—Ay, Bernard, me acabo de acordar de que prometí a Gertrude que cuidaría de su hijo si le pasaba algo. ¿Cómo se me habrá podido olvidar?

La expresión adusta de Bernard se relajó al mirarme:

—Sé de sobra que harías todo lo humanamente posible por el hijo de Gertrude, lo prometieras o no. Tienes toda mi confianza, querida.

Luego el tráfico se despejó y reanudamos la marcha. Ahora me sentía comprometida por partida doble con el pequeño John Bernard.

CAPÍTULO XV



Llevaba varios meses sin ver a la señorita Murray. Un buen día se presentó en la tienda como un hada madrina, con su clásica cesta llena de porcelana dañada. Se había enterado de la muerte de Gertrude y pensaba que echar un vistazo a la porcelana me animaría. Conocía bastante a los Forbes, y dijo que Gertrude era una mujer testaruda por haberse empeñado en dar a luz en casa.

—Ahora estaría paseando a su hijo en el cochecito, como todas las madres, si hubiese ido al hospital. Dar a luz en casa a su edad fue muy imprudente, ¿no te parece? —Y añadió, ablandándose—: Aunque yo quizá hubiera hecho lo mismo.

—Es un niño muy sano —dije, desganada, mientras escogía entre sus sobras. Luego, con más interés, apunté—: Me gustan estas tazas italianas con cupidos. A mí me parecen perfectas.

Ella las examinó un momento.

—Hombre, pesan un pelín más de la cuenta, ¿no te parece? Y solo hay tres. Nadie quiere tres tazas; buscan seis, quizá cuatro, o incluso dos. Ya lo tengo: véndelas en pareja y te quedas con la que sobre.

Sonreí y le dije que me quedaría con una para tomarme el té matutino, y bebí de ella muchas mañanas.

Es curioso cómo aquella taza italiana me reconfortó y me ayudó a regresar a la buena senda. Me he dado cuenta de que, después de una crisis vital o una enfermedad grave, una pequeñez puede ser el punto de inflexión hacia la recuperación. Recuerdo que de niña tuve neumonía. Debió de ocurrir cuando mi padre aún no se había marchado, porque lo recuerdo sentado a mi lado día y noche, intentando convencerme para que me comiera una especie de gelatina de carne, Brand's Essence, se llamaba; pero yo apartaba la cara y pedía apio. Como tenía antojo, el médico acabó por dejarme masticar —que no tragarme— preciosos y crujientes tallos de apio, y desde ese momento me recuperé rápidamente. La taza italiana surtió el mismo efecto y me devolvió el

interés por la tienda. Me compré un abrigo de invierno nuevo y pedí cita en una peluquería cara para cambiar de peinado. Hasta fui a una fiesta organizada por un amigo de Stephen un domingo por la mañana y me divertí bastante.

De lo que no disfrutaba tanto era de mi visita quincenal a casa de los Forbes. Tommy y yo íbamos cada dos fines de semana, y ella se divertía jugando con el chiquillo en su cuarto y «ayudando» a Marie a empujar el cochecito, e iba cogiéndole cariño a Charlotte. Intentaba reemplazar a Gertrude, pero carecía de su encanto. Charlotte se mostraba muy amable conmigo e incluso me pedía consejo sobre recién nacidos, quehaceres domésticos y, de vez en cuando, sobre Bernard. Me decía:

—Te tiene muchísimo cariño; haría cualquier cosa por ti. Te ve como una hija. ¿Qué he dicho para que se haya molestado tanto en la comida? ¿Por qué se ha dejado casi todas las ciruelas pasas, no le gustan? Y el disco de Vivaldi, ¿por qué lo ha quitado del tocadiscos y lo ha pisoteado? Era una música preciosa, de las favoritas de Gertrude.

Nunca hablaba conmigo de ningún tema intelectual, aunque se jactaba, y con razón, de tener buena cabeza. Al parecer, consideraba que la mía era exclusivamente doméstica, y si yo hacía algún comentario sobre pintura surrealista, por ejemplo, ella decía: «Pero, bueno, ¡mira quién habla!». Estoy segura de que no pretendía ser antipática, pero era incapaz de entender a la gente y sus sentimientos.

Bernard lo pasaba peor que yo, porque tenía que convivir con ella todos los días y no sabía cuándo acabaría aquello.

—Es muy insensible, ese es el problema, y a veces se parece mucho a Gertrude, y es peor todavía. Dios mío, pero ¿qué estoy diciendo? Ha dejado un trabajo que adora, hace lo que está en su mano por ayudar y lo único que hago es criticarla. Tengo que recuperar la costumbre de ir con ella a conciertos: le encantan, y nos llevamos mucho mejor cuando podemos hablar de algún tema serio. —Y, acercándome a él, añadió—: En cuanto a ti, pequeña, tenemos que seguir con tu educación. Hay una obra nueva que me gustaría particularmente que vieses, y aún no te he llevado a ningún concierto. Podríamos iniciarte con Schubert.

Cuando Bernard empezó a sacarnos de nuevo la vida se volvió menos lúgubre, y todos nos llevábamos mucho mejor. Charlotte, muy generosa, cuidaba de Marline las noches en que Bernard me llevaba a ensanchar la mente, y a cambio yo la ayudaba a veces en la cocina, sobre todo si los socios de Bernard venían a cenar.

Marie se había quedado casi dos meses más de lo estipulado y se moría de ganas de volver a Australia, por lo que tenían que encontrar a otra enfermera. Bernard optaba por una anticuada niñera, pero Charlotte pensaba que habría que darle de comer, lo que supondría llevarle la comida en bandeja y cosas por el estilo, así que acabaron eligiendo a una chica bastante joven que se llamaba Nell y que resultó ser alegre y amable, aunque Bernard se quejaba de su indumentaria. Se presentó a la entrevista muy bien vestida, pero debía de haber alquilado o cogido prestadas esas prendas oscuras y limpias, porque después del primer día no volvieron a verlas. Siempre llevaba vaqueros y camisetas arrugadas, por lo general con mensajes estampados en el pecho, pero lo que más molestaba a Bernard era que cada vez que se agachaba —y uno se agacha continuamente cuando trabaja cuidando niños— se le veía un buen trozo de piel entre la camiseta y los vaqueros. Era una espalda preciosa, pero ni a Bernard ni a Charlotte les gustaba un pelo.

De pronto la Navidad, mi primera en la tienda del parque Green, era inminente. Los clientes empezaron a preguntar por objetos pequeños, como pisapapeles de cristal, porcelana de Staffordshire y platos que pudiesen colgarse en la pared. También me pedían mucho platos grandes para servir el pavo. Pasaba mis lunes libres buscando pequeños tesoros y descubrí, con inmensa alegría, una familia de muñecas eduardianas con su ropita original; por lo demás, también me hacía con bonitas jarras, bandejas para magdalenas y joyas de plata, todo muy vendible en aquellas semanas.

Con la llegada de la Navidad empecé a sentirme culpable por mi madre. ¿Debía mandarle una tarjeta o un regalo, o incluso ir a verla? Sabía que Gertrude me instaría a hacerlo si estuviese viva, pero no dejaba de aplazarlo. Luego el dilema se resolvió, pues mi madre llamó por teléfono una noche y, con la brusquedad que la caracterizaba, me anunció que se pasaría a la tarde siguiente. «Espero ver a mi nieta brasileña, claro», dijo con retintín, y colgó con un golpe, sin mencionar al señor Crimony. Conociendo su mala opinión sobre el transporte público londinense, era hartamente improbable que viniera sin su dócil chófer. Aunque ya era muy tarde, fui a toda prisa a la cocina y preparé un bizcocho de seis huevos, que subió que daba gusto verlo, y así se quedó. Algunos de mis bizcochos salían perfectos del horno, pero en cuanto les daba la espalda se hundían por el centro.

Fui a recoger a Tommy a la guardería temprano. Atravesamos a toda prisa el parque Green y llegamos a la tienda justo cuando un Rover rojo estaba aparcando enfrente. Mi madre bajó del vehículo, pero no había ni rastro del señor Crimony. La vimos sacar varios paquetes del maletero y cerciorarse de

que el coche quedaba bien cerrado antes de cruzar la calle. Volvió a mirarlo con tamaña expresión de orgullo, en su cara adusta por lo general, que aún no se le había borrado cuando nos vio.

En líneas generales, la visita fue mejor de lo que esperaba. Hablamos del coche, de las clases de autoescuela y del examen, que le salió a las mil maravillas:

—Y pensar que habría podido conducir todos estos años. El señor Crimony dice que soy una conductora nata, menos cuando pierdo los nervios con los demás conductores, claro.

—¿Él dónde está, el señor Chimney^[2]? —preguntó Tommy.

—Señor Crimony, querrás decir —respondió mi madre, riéndose—. Pues hoy no ha podido venir, pero te manda un regalito. —Y, volviéndose hacia mí, añadió—: Se está haciendo la pedicura. Pobre hombre, tiene los pies fatal: en verano le sudan mucho y tiene que llevar carbón en los calcetines, y en invierno que si la artritis y las uñas encarnadas. Pero, bueno, ¿abrimos los regalos?

Me conmovió verlos, todos bien envueltos en papel con motivos navideños. Un jersey tejido a mano para Tommy, y encima de su talla, con lo que mi madre habría tenido que pensar en ella mientras lo tejía en Kilburn. Para mí unos guantes de gamuza que parecían muy caros, y el violín prometido para Tommy, además de una muñeca grande de pelo rubio, ambos del señor Crimony. Mi madre dijo que la había escogido él mismo. La muñeca venía con un juego de peluquería y era vulgar como ella sola, pero por suerte a Tommy le parecía guapa. Justo antes de marcharse, mi madre puso otro regalo en las manos ansiosas de Tommy. Cuando lo abrió, vio que era un muñeco negro de trapo.

Unos días antes de Navidad, Stephen se marchó a Estados Unidos para casarse con Brit. Por alguna razón, yo no esperaba que fuese a ocurrir de verdad, sobre todo porque Stephen había pasado semanas sin apenas nombrarla, quizá para no hacerme daño. Su marcha a un lugar tan lejano parecía definitiva. Lo acompañé a Heathrow para despedirlo y casi me alegré cuando me dijo que no le quedaba dinero inglés y me pidió que le pagase el exceso de equipaje. Eran solo nueve libras, y me había parecido ver que tenía un buen fajo de billetes ingleses cuando pagó el taxi, unos minutos antes. Casi se me había olvidado su tacañería. Ahora me acordaba de lo mucho que me irritaba cuando vivíamos juntos.

Al despedirnos, le dije: «Adiós, Tacañín». Luego nos dimos un beso y le repetí: «Adiós, querido Tacañín», y él me dijo: «Adiós, querida Cara

Cortada», y se dirigió a toda prisa a la puerta de embarque. No volvimos a vernos. Nos escribimos, pero, como decía Marie, las cartas no son lo mismo.

CAPÍTULO XVI



Las cenizas de Gertrude me pesaban sobre la conciencia; eran livianas, pero pesaban. ¿Las habría esparcido ya Bernard por el bosquecillo o seguirían en su urna de plata, a la espera de la ocasión propicia, quizá Navidad? ¿Sería un gesto solitario o una reunión de familiares y amigos? Al final le pregunté a Charlotte y descubrí que estaba igual de perpleja que yo.

—Lo único que sé es que siguen en su urna de plata, en el estudio de Bernard. De hecho, a veces le doy brillo, y, si estuviese vacía, lo habría notado, pero nunca lo hemos hablado. A lo mejor no puede soportar deshacerse de ellas. —Se apartó el pelo de la frente suave y robusta y añadió —: Lo que sí tengo claro es que se armaría un follón de mil demonios si dijera algo, ¿no te parece?

Coincidí con ella, y no volvimos a hablar del tema, ni siquiera entre nosotras.

Bernard parecía dar por sentado que íbamos a pasar la Navidad en Richmond, aunque para los adultos no sería una ocasión demasiado alegre. Yo confiaba en poder pasarlas tranquilamente en casa con Tommy, sin complicaciones, pero al final tuvimos tres días de celebraciones tristes. Incluso Nell, que no había conocido a Gertrude, estaba abatida. Nos intercambiamos regalos tontos, envueltos en papel chillón, y Charlotte y yo preparamos un gran banquete; aunque podríamos haber servido chuletas de cordero sin más, pues nadie tenía hambre. Al menos no hubo *crackers* navideños. Marline se llevó una desilusión, pero luego siguió abriendo y jugando con sus regalos, tan contenta; y también estaba Johnny en su moisés, al lado de la chimenea.

Ya levantaba la cabeza e intentaba mirar a su alrededor, y tenía una sonrisa adorable. A Bernard le encantaba contemplarlo, y a veces estiraba un dedo para que lo atrapase la suave mano del bebé; pero casi nunca lo cogía. Mientras que yo, que sentía por el chiquillo un amor con reservas,

acostumbraba ponérmelo en el regazo o apoyarlo en mi hombro, con su carita pegada a la mía. Era un niño muy tranquilo y casi nunca lloraba. Nell cuidaba muy bien de él, a pesar de llevar la curcusilla al aire, y ahora que había llegado el frío se le veía menos.

Fue un alivio que los doce días de Navidad acabasen y no tener que seguir cerrando la tienda por vacaciones no deseadas. Las subastas volvieron a empezar y, en una de ellas, pujé por una mesa de centro que parecía de caoba. Estaba muy camuflada con una capa de pintura beis sucia y, como nadie vio lo que había debajo, la compré por una miseria. Cuando llegó a casa y pude examinarla a mi antojo, comprobé que llevaba razón. Mary y yo nos enfundamos los guantes de látex e intentamos quitar esa pintura ofensiva, pero no hubo manera, así que tuvimos que llevarla a un taller cercano para que se ocupasen unos profesionales. El servicio salió caro, pero aun así le sacamos mucho beneficio a la mesa, lo que sentó bien a mi ego y a mi cuenta corriente. Era consciente de la suerte que tenía de poder ganarme la vida haciendo algo que me gustaba tanto, y me encantaba la tiendecita. Quizá a veces me sintiese un poco atada a ella, pero siempre podía cerrar unas horas. No era como un trabajo normal, y Mary se fiaba completamente de mí y nunca se entrometía.

En realidad, el único inconveniente de naturaleza práctica que tenía en aquella época era la educación de Tommy. Ya estaba muy mayor para la guardería y se aburría como una ostra, y, aunque había tres colegios públicos a los que se podía ir andando, eran para niños de más edad. Al final encontré una guardería privada donde encajaba a la perfección: se lo pasaba muy bien en las clases sencillas y en compañía de otros niños algo mayores, así que el dinero extra merecía la pena. Sin embargo, echábamos de menos atravesar el parque Green a la carrera y dar de comer a los pájaros por las mañanas. Ahora teníamos que esperar un buen rato el autobús y hacer un trayecto relativamente corto. Cuando Bernard se enteró, me compró una flamante bicicleta con una sillita encajada en la parte de atrás para Tommy, y se resolvió otro problema.

Aunque echaba muchísimo de menos a Gertrude y un poco a Stephen, aquella fue una época gratificante y tranquila de mi vida. Tenía a Tommy bien colocada, la relación con mi madre había mejorado un poco, la tienda iba boyante, disfrutaba de las salidas con Bernard y ya no temía mis visitas a Richmond. Bernard y Charlotte parecían llevarse cada vez mejor y las nubes de tristeza en la casa empezaban a disiparse. Charlotte podía oír vinilos sin miedo a que los quitase violentamente del tocadiscos y los pisoteara. Pero

Bernard trabajaba mucho y pasaba casi todos los fines de semana encerrado en su estudio o con Peter, su ayudante, que también tenía un estudio y un taller en la casa, aunque casi nunca me cruzaba con él. De lunes a viernes Bernard se quedaba hasta tarde en su galería de Dover Street y Charlotte se quejaba:

—Es como si, ahora que Gertrude no está, ya no quisiera volver a casa. Estoy convencida de que la vendería y se iría a vivir a un piso si no fuera por Johnny. A veces dice que la odia porque Gertrude ya no está, y otras afirma que la casa es sagrada porque ella vivió aquí. Su ropa sigue en los armarios, ¿sabes?, y la señora Hicks las pasó canutas por tirar un tarro de crema medio vacío que estaba cogiendo polvo en el tocador. Ser tan macabro no es propio de él.

Algunos lunes, cuando cerraba la tienda, Bernard me llevaba a exposiciones de arte y luego comíamos juntos y hablábamos de los cuadros que habíamos visto. Solíamos ir a restaurantes caros, pero a veces —según donde fuese la exposición y lo que nos pidiera el cuerpo— optábamos por bares con menú del día, que olían a patatas fritas chisporroteantes. El caso es que, dondequiera que fuésemos, me encantaba. A veces Bernard me llevaba a una casa de subastas y me pedía que pujara por algún cuadro con mi estilo *amateur*; eran cuadros que le interesaban, pero no quería que lo supieran los demás marchantes. Eso me hacía sentirme como el ratón de la fábula, que ayuda al león. Solo una vez pujé por el cuadro que no era: creía que Bernard me había dicho que no ofreciese más de cien libras por un paisaje marino sombrío y, para mi asombro, me lo llevé solo por tres. El paisaje marino que él quería era otro muy distinto, pero al menos el marco dorado valía mucho más de tres libras, así que no fue un error tan grave y tuvimos algo de lo que reírnos.

Cuando las cosas parecían ir relativamente bien en la casa de Richmond, hubo un problema con Nell. Esta vez fue algo peor que unos centímetros de piel desnuda. Un fin de semana que pasé con ellos, Bernard, Charlotte y yo volvimos a casa antes de tiempo después de una cena particularmente aburrida, organizada por una buena gente que creía que nos vendría bien «animarnos». En cuanto entramos en la casa, oímos el llanto lastimoso de Johnny, que parecía llevar un buen rato con el berrinche. Subimos las escaleras corriendo y lo encontramos llorando en su cuna, con las mejillas empapadas y el pañal sucio. En la habitación contigua, donde dormía Nell, se oyó ajetreo, y luego voces tenues. Charlotte abrió de golpe la puerta y encendió la luz implacable, que dejó ver a un joven desnudo, forcejeando con

una camiseta con un «Se lo diré al mundo» estampado en el pecho, y a una Nell sobresaltada, intentando taparse con la sábana.

Apartó rápidamente a Charlotte murmurando, entre bostezos:

—Lo siento. Me he quedado frita. —Luego se inclinó sobre el niño y dijo —: ¡Dios mío, te has puesto perdido!

Bernard quiso salir de la habitación, pero se topó con el joven arrodillado en el rellano, que intentaba ponerse los calcetines y los zapatos.

—Vete ahora mismo de mi casa o bajas las escaleras a patadas —gruñó Bernard—. Charlotte, llama a la policía.

La palabra «policía» pareció aterrar al joven, porque bajó como un rayo y salió de la casa sin cerrar siquiera la puerta principal, que se quedó meciéndose con el viento de invierno. Bernard tiró los zapatos y los calcetines de aspecto hediondo a la calle y allí se quedaron hasta que el camión de limpieza los engulló por la mañana. Luego supimos que era un camarero sudamericano cuyo permiso de residencia había caducado hacía casi dos años, con lo que tenía particularmente poco interés en acercarse a la policía.

El lunes por la mañana, mientras Bernard nos llevaba a casa, dijo, como de pasada:

—Supongo que no querrás dejar la tienda para cuidar de Johnny, ¿verdad? Te lo pagaría con creces, claro.

Sintiéndome un monstruo egoísta, decliné su oferta a pesar de toda la amabilidad y la amistad recibida. No podía dejar una vida que me iba tan bien. Bernard aceptó mi negativa con mucha calma y dijo que solo era una idea, que se le acababa de pasar por la cabeza; ni siquiera lo había hablado con Charlotte. Aun así, me sentí culpable.

Contrataron a una niñera de mediana edad para que cuidase de Johnny. Decían que era una mujer de total confianza, y muy buena, pero Johnny no la quería tanto como a Nell. Había crecido muy bien a su cuidado, un tanto chapucero, y la veía como una madre, y ahora se enfrentaba a ese cambio repentino. Charlotte hacía lo que podía, pero los bebés no eran lo suyo; a ella le interesaban los niños mayores. Johnny lloró mucho las primeras dos semanas con la niñera, pero luego se tranquilizó y se volvió un niño algo reservado, que casi nunca sonreía, salvo cuando estaba con mi hija cada dos fines de semana. Sin embargo, incluso esos días se veían menos que de costumbre, y tuve la sensación de que la niñera hacía por evitar que se juntasen. Marline no participaba en los majestuosos paseos, cuando la niñera sacaba a Johnny en el enorme cochecito que insistía en usar, a pesar de las cuestas pronunciadas y las calles generalmente abarrotadas de Richmond.

Más de una vez la vi cruzar la calle con firmeza, y me dio la impresión de que arrollaría a cualquier transeúnte que se interpusiera en su camino.

Tardé un tiempo en caer en la cuenta de que a la niñera no le gustaba mi pobre Tommy-Marline y no quería que la viesan con ella por la calle. También habría preferido no tenerla rondando por el cuarto del niño, aunque era bastante difícil impedir que entrase. Cuando yo estaba con ella, hacía comentarios tal que: «La verdad es que me contrataron para cuidar de un niño, no de dos», refunfuñando, o «Será mejor que Marline deje tranquilo al chiquillo; siempre me lo revoluciona». A veces Nell y yo bañábamos juntos a los niños, rodeados de juguetes flotantes, pero, cuando se lo sugerí, la niñera pareció horrorizada.

—Por supuesto que no —dijo—. No vaya a haber un desagradable incidente.

Sin embargo, lo que en realidad quería decir era que la piel oscura de mi hija podría contaminar el agua.

Intenté ocultarles a Bernard y a Charlotte la aversión de la niñera a Marline, pues lo único que conseguiría sería crear mal ambiente y podría suponer el despido de la mujer y otro cambio para Johnny. Pero me dolió que Bernard dijese:

—¿Por qué cuando sacan a Johnny de paseo Marlinchen ya no va con él? Parece que ya no le interesa, y casi nunca está en el cuarto del niño.

—Creo que es un poco vergonzosa con la niñera, nunca había conocido a una auténtica niñera británica —dije—. Se lo pasa muy bien con Johnny cuando están abajo juntos.

Y también cuando la niñera no estaba en el cuarto del niño. Aun así, me pareció que quizá había hablado de más, que Bernard podría empezar a ser consciente de la antipatía de la niñera.

Hasta que un domingo por la tarde, mientras la mujer arropaba a Johnny en su enorme cochecito, Marline salió corriendo de la casa, poniéndose su trenca a trompicones:

—Espérame, niñera, ¿puedo ir yo también?

Bernard y yo estábamos al lado de la verja y oímos la respuesta airada de la mujer.

—Por supuesto que no. Solo puedo ocuparme de un niño con estas cuestas, y no quiero que estés todo el rato cotorreando.

Marline acabó de forcejear con la trenca.

—Te prometo que no voy a hablar, voy a ayudar. Voy a empujar con todas mis fuerzas.

La niñera respondió con frialdad:

—Creo que serías más un estorbo que una ayuda. Cierra la verja cuando salga, haz el favor. —Y salió con su cochecito, muy digna, sin prestar siquiera atención a Bernard.

Marline volvió su carita trémula y se encaminó alicaída hacia la casa; los leotardos rojos, retorcidos en sus piernas delgadas, le daban un aspecto aún más lastimoso. Bernard fue rápidamente por la niña, la cogió y dijo que ellos iban a dar un paseo por el parque; pregunté si podía ir yo también, y a ella le pareció muy divertido. Así que fuimos juntos al parque y nos congelamos con el viento de principios de marzo. Ninguno de los dos nos habíamos demorado en ir por los abrigos, pero mereció la pena pasar frío para ver a Marline feliz otra vez: ahora incluso los leotardos retorcidos transmitían alegría.

Una o dos semanas después, Charlotte estaba guardando la ropa de cama en el gran baúl del rellano cuando oyó a la niñera echar a Marline del cuarto del niño. La puerta estaba abierta y Charlotte explicó que la mujer puso una mano enorme en el hombro de Marline y le dijo, en tono amenazante: «¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que entres a molestar al niño? No voy a permitir que se contamine. Baja a la cocina, que ese es tu sitio. Y acuérdate de que no quiero volver a verte aquí». Le dio un empujón para echarla y cerró de un portazo. Charlotte cogió de la mano a Marline y bajó con ella en el acto para contarle a Bernard lo que había pasado y pedirle consejo. Yo estaba en la ciudad, de compras de fin de semana, y al volver me enteré de que la niñera estaba despedida y enfurruñada en su habitación. Vi a Charlotte llorando, con Johnny en brazos, y a Bernard con una expresión tristísima y un vaso de *brandy* en la mano, a pesar de que bebía muy poco, y nunca por la tarde. Incluso la chimenea se había apagado, y la sala olía a humo amargo. Sin embargo, Marline estaba como unas pascuas, sentada en una montaña de cojines y mordisqueando con gran estruendo unas galletas de chocolate, del todo ajena al clima de desesperación que la rodeaba.

CAPÍTULO XVII



Cuando Johnny Forbes cumplió siete meses ya había tenido cuatro niñeras distintas. La última y la mejor era una chica española que se llamaba Catalina y que se había adaptado a la casa con mucha más facilidad de lo que esperábamos, aunque su inglés era flojuchito y Charlotte y Bernard no sabían ni una palabra de español. Su principal ventaja era que los dos niños la adoraban desde el mismo día en que llegó con sus maletas rojas de cuero de imitación. Era una joven atractiva, con unos bonitos ojos oscuros y brillantes y la cara anchota. Tenía las manos suaves y con hoyuelos, muy femeninas. En algunos aspectos se me daba un aire: ella también tenía un pelo negro y abundante que le quedaba muy bien, y la piel suave y blanca, pero sin cicatriz, claro está. Ambas teníamos una complexión parecida, un pelín pasadas de peso. Mis piernas eran más largas que las suyas, pero lo compensaba poniéndose unos tacones muy altos en esos pies bonitos y pequeños. Lo que nos gustaba a todos de ella, también a Johnny, eran su calidez y su alegría: era como un pequeño hogar que calentaba nuestros corazones tristes.

Ahora Johnny no dejaba de sonreír en todo el día, y ya intentaba gatear. Cuando estaba al cuidado de la anterior niñera recordaba a un pequeño zombi; un zombi que funcionaba como un reloj, para más inri. Ahora el tiempo era irrelevante en su vida. Si se despertaba temprano, Catalina se lo llevaba a su cama y jugaba con él. No tenía horarios fijos para descansar a lo largo del día; se dormía cuando estaba cansado, sin más, y por las noches la hora de acostarse oscilaba entre las siete y las diez. Aunque Charlotte sí que insistió en que comiese a horarios fijos que coincidieran con los nuestros, y Catalina no tardó en ver que era lo más inteligente. Le gustaba vestir a los niños antes de sacarlos a la calle y a veces los empapaba en colonia, y a Marline le recogía el pelo en un moñito adornado con cuentas, un poco raro, pero adorable.

Catalina libraba los lunes, y Charlotte decía que se pasaba horas en su baño antes de salir de casa. Quedaba con sus amigos españoles de Londres e iban de tienda en tienda hasta que cerraban. Luego iban todos en tropel al estudio de algún amigo, tomaban una cena fría y ponían música en el tocadiscos, mientras el grupo iba haciéndose más y más grande. A veces no salía con sus amigos y yo la llevaba a lugares turísticos, como el Museo de Londres, Hampton Court o los palacios de Buckingham y Westminster. Por desgracia, no le interesaban las galerías de arte ni la mayoría de los museos, y normalmente acabábamos mirando escaparates o pasando una hora o más en Harrods, su tienda predilecta. Charlotte le daba clases de inglés al menos dos veces por semana y las dos se divertían mucho, sobre todo Charlotte, a quien le chiflaba enseñar. Bernard, para no quedarse atrás, intentaba despertar su interés por los cuadros, y ella decía que todos eran «muy bonitos» y sonreía con dulzura. Luego Bernard probó con los discos de música clásica, sin demasiada fortuna: los escuchaba con la cabeza un poquito ladeada y una expresión de interés fingido en su cara encantadora, pero al cabo de un rato decía que había oído a Johnny llorar y salía escopetada. Bernard, que había leído algo de literatura española traducida, intentó hablar de libros con ella, pero el único libro que le interesaba era *Don Quijote*, en cuya veracidad insistía. «He visto la ventana por la que se asomaba Dulcinea, señor Bernard, he visitado La Mancha con mis primas. Claro que es verdad». Y se reía de la ignorancia de Bernard. Que no tardó en dejar su educación en manos de Charlotte, para mi satisfacción, pues estaba empezando a ponerme algo celosa. Yo me veía como la alumna especial de Bernard y no quería compartir a mi maestro.

Como quien no quiere la cosa, Marline y yo acabamos pasando casi todos los fines de semana en Richmond. Al parecer les venía bien mi ayuda en la casa y nos sentíamos muy bienvenidas. Marline se lo pasaba mejor allí que en la tienda, y ahora mostraba cierto desdén por el pequeño parque donde dábamos de comer a los patos los domingos soleados. Cuando hacía mal tiempo pasábamos casi todo el día encerradas en la trastienda, donde cocinaba, comíamos, hacíamos vida y, de vez en cuando, veíamos la televisión en blanco y negro. Aunque preferíamos subir la escalera de caracol y asomarnos por las ventanas de arriba para ver los coches y a la gente chapoteando por el parque Green mientras sacaban a sus perros, las palomas rechonchas y las gaviotas que volaban a ras de hierba, como si tuviesen ruedas. Los días especiales veíamos una ardilla correteando por el árbol que

había enfrente de la casa. Me encantaba nuestra casita, aunque se quedaba muy pequeña en comparación con la majestuosa residencia de Bernard.

Él, no obstante, le había cogido mucho cariño a nuestro sencillo hogar, y yo esperaba que también a nosotras. Pasaba a vernos con bastante frecuencia por las tardes, antes de volver a casa. Casi nunca se quedaba más de una hora y, si mi hija ya estaba acostada, él se sentaba en su sillón favorito y yo muy cerca, en algún sillón que quizá se hubiese vendido y tuvieran que pasar a recoger. Nos quedábamos ahí, a veces sin apenas mediar palabra, y de vez en cuando me pasaba la mano por el pelo con aire abstraído, como si yo fuera un gato. Otras veces hablaba de sus negocios y de cuadros que confiaba en comprar o vender, o de socios de los que yo no sabía nada. Yo entendía tan poco que era como si me hablase en un idioma extranjero, y me daba la impresión de que en realidad estaba hablándole a Gertrude. Decía cosas tal que: «¿Te acuerdas de que teníamos la leve esperanza de que aquel cuadro fuese un Gustave Moreau? Pues al final nada. Tengo que contarte lo que el bueno de Harrison ha dicho de él; te vas a desternillar, cariño. Ya sabes que no se corta un pelo al hablar». Y me preguntaba si creía que había que redecorar la casa o renovar el alquiler de su galería. No parecía percatarse de que yo me quedaba en silencio, al margen de algún «Sí» o «No» ocasional. De hecho, se habría quedado atónito si le hubiese dado el más mínimo consejo. Pero, aunque no entendía todo lo que Bernard me decía, me alegraba muchísimo que me contara esas cosas. La verdad es que sentía admiración por él; no había otra palabra para describirlo.

Una mañana de primavera, mientras Charlotte y yo tomábamos café en la sala de estar, y el sol y el canto de los pájaros entraban por las ventanas abiertas, Bernard apareció con Johnny en brazos y, pasándoselo a Charlotte, dijo que quería que saliésemos todos al jardín. Luego entró en su estudio; yo pensé que iría por una cámara para hacernos fotos, pero volvió con la urna de plata que guardaba las cenizas de Gertrude. Como si fuera un sueño, fui al columpio por Marline y seguimos a Charlotte, que llevaba al niño, y a Bernard hasta el límite del bosquecillo, donde los cerezos y los manzanos estaban en flor. Bernard esparció suavemente unas pocas cenizas ahí, y el resto sobre el enebro y a su alrededor, el lugar predilecto de Gertrude, como ella deseaba. Y mientras las cenizas se asentaban, las dos urracas se posaron en el pequeño árbol y nos observaron en silencio un momento. Luego la hembra volvió a su nido, pero la urraca macho se quedó mirándonos con ojos brillantes y perspicaces.

Bernard dijo:

—Estaba esperando un día como este, de esos que tanto le gustaban. También le habría encantado lo de las aves. —Hablaba en voz baja, como consigo mismo, pero no con gran dolor.

El esparcimiento de las cenizas era un símbolo, una promesa cumplida; pero no alivió su tristeza, que lo acompañaba en todo momento. Charlotte estaba llorando sin disimular y, al ver que a Marline le quedaba un pelo para seguir su ejemplo, la cogí de la mano y nos alejamos rápidamente antes de que empezara a preguntarme dónde estaba Gertrude, como hacía cada cierto tiempo. Al principio yo le decía que se había ido a Alemania para estar con su madre, pero a Bernard no le parecía bien esa mentira endeble y le explicó claramente que Gertrude se había ido para siempre. Para mí era un alivio que las cenizas se hubiesen esparcido donde Gertrude quería, y que al final hubiera sido una ceremonia tan sencilla, con cierto encanto. Por aquel entonces ignoraba que algunas de las cenizas de Gertrude ya se habían esparcido en un jardín alemán que había pertenecido a sus padres. Lo único que sabía era que las manos de Bernard me parecían preciosas, una sosteniendo la urna de plata, otra esparciendo.

CAPÍTULO XVIII



Charlotte empezó a flaquear y dijo que iba siendo hora de que se tomase unas vacaciones. Estaba deseando viajar por Alemania y Bélgica para visitar a familiares que llevaba varios años sin ver, y me confesó que quería librarse de las responsabilidades. Todo había ocurrido de repente: de un día para otro había pasado de ser una profesora feliz de treinta y pocos años que vivía en su pisito a estar a cargo de una casa grande, con criadas a las que dar instrucciones y un recién nacido al que ayudar a cuidar.

—Nunca me ha gustado la vida doméstica. Quiero con locura al pequeño Johnny, claro; es adorable, y le tengo mucho cariño a Bernard. Pero estoy agotada, mental y físicamente. ¿Te has dado cuenta de que ya ni siquiera tengo fuerzas para reñir con él? Bueno, es verdad que discutimos un poco por los cuadros de Kitaj: Bernard se empeñaba en que llegó aquí de soldado, cuando la guerra, y a mí me parece muy poco probable. Pero eso fue hace más de una semana. Tengo que despejarme sin más remedio.

Y, al mirarla, vi que llevaba razón. Parecía que se le había ido el color de la piel y estaba casi tan pálida como Gertrude, pero sin su belleza clásica.

Al final acordamos que se marcharía tres semanas en julio y que yo viviría allí en su ausencia. Bernard nos recogería a Tommy y a mí de la tienda por las tardes y nos volvería a llevar por las mañanas, de camino a su galería. La señora Hicks, a pesar de tener al marido inválido, accedió a hacer horas extra, y Catalina se comprometió a hacer la compra y echar una mano, además de cuidar de Johnny. Yo sería la responsable de llevar la casa, planear las comidas y preparar la cena. Por suerte, sabía qué comidas le gustaban a Bernard y había ayudado a Gertrude más de una vez a cocinar.

Johnny era más problemático. Había días en que Catalina no paraba por la casa. A mí no me molestaba echar una mano cuando ella lo cuidaba, pero se me caía el alma a los pies ante la mera idea de tener toda la responsabilidad. Muchas noches Catalina tenía que quedarse con el chiquillo en las rodillas,

jugando al caballito, hasta las diez. ¿Y si se atragantaba con una horquilla del pelo —a mí se me caían cada dos por tres— o cogía uno de esos temibles berrinches suyos? Además, sus pañales no se parecían en nada a las toallitas que había llevado Marline. A Johnny le ponían unos pañales acolchados enormes, como compresas hinchadas. No me apetecía lo más mínimo sustituir a Charlotte en la casa y llevar la tienda al mismo tiempo.

Y, huelga decirlo, cuando Charlotte se marchó empecé a descuidar la tienda y algunos días directamente no abrí. Mary Meadows ayudaba cuando podía, y la señorita Murray aportó una cesta con piezas de porcelana victoriana bonitas, pero desportilladas. Bernard también me dio muchos marcos que no estaban a su altura y que, aunque no mejoraron la estética del local, no costó demasiado vender. Al depender de Bernard y su coche, a menudo llegaba tarde y me marchaba temprano. Algunos días no tenía tiempo para decorar el escaparate como me habría gustado, y mucho menos para buscar nuevos artículos. Aun así, eran solo tres semanas, y le había prometido a Gertrude que cuidaría de su hijo.

Tuve que recordarme muchas veces esa promesa, pues tenía la costumbre de perderse en lo más hondo de mi cerebro. Pobre Johnny: en cierto modo lo quería, y cuidar de él no era tan difícil como esperaba; no se tragó ninguna horquilla ni nada por el estilo. Sin embargo, hubo un día fatídico en que me quedé sola con él y lloró casi sin parar. No solo echaba de menos a Catalina; parecía encontrarse mal de verdad, aunque no tenía fiebre. Se negó a comer, no dejaba de tirarse de una oreja y tenía la cara más roja y blanca que de costumbre. Lo peor fue la llantera ininterrumpida, que irritó a Bernard cuando volvió del trabajo. Me había resultado imposible preparar una cena decente porque había estado con el niño en brazos casi todo el tiempo. Más que el jamón blandengue y la ensalada anodina y sin aderezar, lo que lo puso de los nervios fue el llanto del niño.

Tuvimos una pequeña discusión porque no había llamado al médico, pero no era la primera vez que cogía uno de esos berrinches. Al final me llevé al niño berreón a mi cuarto después de que Bernard me reprendiese con un: «Y eso que los dos creíamos que se te daban genial los niños». Me quedé arriba hasta que Catalina volvió a casa, aunque el niño no dejó de llorar a trompicones hasta medianoche, cuando se durmió rendido, y yo también. A eso de las seis de la mañana, Catalina se presentó en mi habitación con un Johnny sonriente en brazos para enseñarme que le había salido su tercer diente. Me dije que ojalá no le saliese ninguno más mientras yo estuviese allí.

Además de cansada, estaba un poco enfadada con Bernard de camino a Twickenham, pero Marline no dejó de cotorrear en todo el viaje y creo que él no se percató de mi humor. Sin embargo, cuando vino a recogernos por la tarde, estaba muy arrepentido y me cubrió de regalos: un disco de James Galway tocando a Bach y una caja de *marrons glacés*, uno de mis dulces favoritos, además de una entrada para una obra en el teatro Richmond que tenía muchas ganas de ver, pero estaba cosechando un éxito enorme y no había tenido tiempo de hacer cola para sacar la entrada. Llevaba otra en la mano, y dijo:

—Sé que no me lo merezco, pero ¿puedo ir contigo?

Solté una carcajada, accedí, cómo no, y se lo perdoné todo.

Bernard me abrazó un momento, y de repente me sentí envuelta por una ola de amor y cercanía, que él también debió de percibir vagamente, pues pareció sorprendido, me abrazó con más fuerza y al instante me apartó diciendo que teníamos que darnos prisa si queríamos llegar al teatro. Subí volando la escalera estrecha, no recuerdo haber pisado los peldaños, y me hundí en un sillón de terciopelo oscuro, una adquisición reciente. Era como si estuviese cantando por dentro, y parecía haber una extraña luz blanca en la habitación. Me quedé quieta hasta que Tommy-Marline asomó su carita redonda por la puerta:

—¿Todavía no te has cambiado? Bernard te está esperando —dijo sorprendida, pues nunca lo hacíamos esperar.

Me cambié rápidamente, casi sin prestar atención a lo que me puse: sabía que estaría guapa con cualquier cosa que llevara esa noche, resplandeciente por la belleza del amor. Bernard se percató al instante y me preguntó qué me había hecho:

—¡Guau, Bella! Estás preciosa con ese vestido. Es la primera vez que lo veo. —Sonreí, porque lo había llevado todo el verano anterior.

Ocupamos nuestras butacas del teatro, Bernard cautivado por la actuación de Peter Bark y yo cautivada por Bernard. Me encantaba estar sentada tan cerca de él, en esas butacas estrechas, y a pesar de la relativa oscuridad pude admirar su perfil altivo, que recordaba al de un cálaos.

Cuando volvimos a casa de Bernard, tomamos una copa al calor de la chimenea. Bernard quería hablar de la obra, pero yo no podía decir gran cosa. Desconcertado, me preguntó si seguía enfadada con él, así que le dije la verdad, que estaba en silencio porque estaba felicísima, y él respondió:

—Es extraordinario, la gente casi nunca reconoce que está feliz. Gertrude lo hacía, y mira lo que le ocurrió. Ten cuidado, querida. La felicidad es algo

muy frágil, pero tú te la mereces más que nadie.

Charlotte pasó una semana de vacaciones extra y, a su regreso, nos contó que se había prometido con un médico alemán. Volvía a ser la de siempre, había recuperado el color y el aplomo y discutió con Bernard en cuanto entró en la casa, como quien dice. Luego le dio un buen disgusto a la señora Hicks al regalarle una enorme salchicha condimentada con ajo y sugerirle que tenían que hacer una limpieza a fondo de la casa juntas; asustó a Johnny dándole un beso sin quitarse el sombrero de fieltro de ala ancha y enojó a Catalina haciendo llorar al chiquillo. Pero, si hizo algo que hubiera podido molestarme, no me percaté, porque mi felicidad me protegía. Bien es cierto que me regaló un libro de cocina alemana ilegible, pero le di las gracias y le dije que era lo que siempre había querido, y durante unos minutos estuve a punto de creérmelo.

A pesar de mi amor por Bernard, me alegró volver a la libertad de la tienda y de ser la reina de mi casa: cenar cereales o alubias con tomate, desayunar en bata y quedarme en la cama leyendo libros que no ensanchaban la mente. En la tienda había una caja grande llena de libros de segunda mano, y de vez en cuando cogía alguno (como mis clientes, que a menudo se olvidaban de pagar los veinte peniques). Tommy decía: «No me gusta vivir en dos casas, mami. No da tiempo a jugar», y llevaba razón, porque apenas habíamos podido salir al precioso jardín de los Forbes en el último mes. Además, cuando estaba en mi casa Bernard se mostraba mucho más cariñoso y natural conmigo que en la suya, quizá porque el recuerdo de Gertrude era tan intenso que parecía seguir con nosotros. El caso es que era innegable: casi nunca me tocaba cuando estábamos allí.

La primera tarde noche en casa la pasé a solas con Tommy y, cuando se acostó, me dediqué a llamar a los pocos amigos que tenía y, por supuesto, a Mary Meadows. A Mary le preocupaba considerablemente que no volviera a la tienda y que la familia Forbes me absorbiese. Le dije que eso era muy poco probable, que estaba contentísima de volver a casa y que me gustaría no cerrar en agosto, pero que, si las ventas flojeaban mucho, pasaría el mes buscando mercancía. Mary respondió que en esa época del año encontrar piezas era casi tan difícil como venderlas. Tenía pensado recorrer el noreste de Inglaterra en coche para ver si encontraba algo interesante, y me sugirió que la acompañase. Aunque titubeé un momento, acabé declinando la propuesta, porque no serían unas vacaciones propiamente dichas para Tommy y podrían salir caras, pero sobre todo porque no quería alejarme de Bernard.

Al día siguiente llegó temprano, a media tarde, mientras Tommy y yo regábamos el jardín y el césped cortísimo estaba resplandeciente. Tommy siguió regando y nosotros nos sentamos a charlar y beber cerveza de lata en vaso: a ninguno de los dos nos gustaba beber a morro; además, a la cara de Bernard no le pegaba. Había una mesita entre las sillas de jardín pintadas de blanco, por lo que no estábamos demasiado juntos, aunque de vez en cuando acercaba la mía un poquito. Hablamos de la inminente boda de Charlotte: iba a celebrarse relativamente pronto, y ella no veía la hora de volver a Alemania, aunque se había comprometido a regañadientes a quedarse hasta encontrar a una buena sustituta.

—Gracias a Dios que tenemos a Catalina para cuidar de Johnny. No queremos otra niñera arpía —dijo Bernard, afligido—. ¿No podrías reemplazarla tú, Bella? Ya eres como de la familia, y detesto la idea de que un puñado de desconocidas venga a la casa, y quizá hasta tener que comer con ellas. —Agarró mi brazo desnudo con una de sus manos preciosas y cuidadas (ya me había acercado muchísimo a él) y me imploró que dejase la tienda y me mudara a Richmond—: Sé que es egoísta por mi parte, pero piensa en lo bien que le vendría a Marlinchen. Ya no tendría que ir a la guardería o al parvulario, se criaría con Johnny como si fuese su hermana. A Gertrude le habría encantado. Por favor, Bella, cambia de opinión. Sería muy bueno para todos, también para ti, querida.

Puse tímidamente mi mano sobre la suya y le supliqué:

—Por favor, no me obligues a irme, Bernard. Soy más feliz que nunca en mi vida, sobre todo los días en que te veo. Todo me viene como anillo al dedo, no quiero cambiar nada. Haré lo que esté en mi mano para ayudaros a Johnny y a ti, pero déjame quedarme.

Bernard me miró desconcertado y exclamó:

—¡Soy un auténtico bruto por intentar cambiar tu forma de vida en mi beneficio! Tienes que quedarte aquí, por supuesto, y ser todo lo feliz que puedas. Pero seguirás viniendo los fines de semana, ¿no? Cuando estás se nota, y mucho.

Se marchó cuando empezaba a oscurecer, pero esa tarde no volvimos a sentarnos cerca. Se limitó a darme una palmadita en la cabeza, como a un perro que se porta bien, cuando nos dimos las buenas noches.

CAPÍTULO XIX



Cuando mi madre se enteró de que había vivido en casa de Bernard más de un mes y no la había invitado se llevó un disgusto, pero le expliqué que pasaba todo el día trabajando en la tienda y estaba demasiado ajetreada para recibir visitas en una casa ajena.

—Y los fines de semana y las noches, ¿qué? —me soltó por teléfono—. Acabas de decirme que preparabas la cena para la familia todas las noches; está claro que podrías habernos invitado algún día. Supongo que crees que el tal Bernard va a casarse contigo. Pues ya te adelanto yo que no. ¿Te imaginas a un hombre así acogiendo a una hijastra negra? Y no digo que la pobrecilla no tenga su encanto. Reconozco que me sorprendió mucho ver el cariño que parecía tenerle, pero recibirla en su familia es harina de otro costal.

—Mamá —respondí—, te pediría que dejaras de decir sandeces. Bernard no tiene ninguna intención de casarse conmigo ni con nadie. Aún adora a Gertrude, siempre lo hará, y se habría casado con ella aunque hubiese tenido diez hijos negros. A Bernard el color le es totalmente indiferente, y Gertrude era igual.

Mi madre resopló.

—Eso que te lo crees tú. Voy a colgar, tengo que prepararle la cena al señor Crimony: hígado y beicon con puré de patatas, aunque supongo que esos platos te parecerán poco.

Casi podía oler el aroma del hígado y el beicon a través de la línea, hasta que colgó el teléfono con su brusquedad habitual y se cortó la comunicación. ¿A santo de qué pensaba que tenía que invitarla a casa de Bernard? No tenía ni la más remota idea de que le interesasen tanto él y su casa. Tuvo que causarle muy buena impresión la única vez que se vieron, hacía casi un año. De todos modos, me parecía recordar que mi madre le había hablado en un tono muy mordaz.

Charlotte había puesto un anuncio en *The Times* para buscar a una cocinera y ama de casa y, para su asombro, recibió veintisiete respuestas, así que pasamos el fin de semana revisándolas. La mayoría de las candidatas eran viudas o divorciadas, con o sin hijos. Bernard dijo:

—Creo que no queremos más niños, ya tenemos dos. ¿Qué os parece una de las jóvenes señoritas españolas? Le haría compañía a Catalina.

Sin embargo, a Charlotte le parecía que lo de las señoritas sonaba un tanto frívolo, por no hablar de la barrera del idioma. Ella eligió a una solterona de cincuenta y cinco años, con buenas referencias y un perrito, mientras que mi preferida era la señorita de mayor edad, una joven de veinticuatro. Parecía comprensiva y responsable y, a juzgar por su carta, sabía bastante inglés. También me resultó interesante una divorciada sin hijos de treinta y un años, librera en paro, que escribió una carta excelente y no se compadecía de sí misma como la mayoría de las candidatas, con sus maridos fallecidos y sus matrimonios rotos. Cuando llegó el lunes aún no habíamos tomado la decisión, y los dejé a los dos para que escogieran.

El martes por la tarde Bernard se pasó por la tienda, como hacía a menudo, de camino a casa. Iba con más retraso que de costumbre y parecía deprimido por la candidata escogida por Charlotte.

—Es testaruda como ella sola; es imposible hacerla cambiar de opinión. Se ha empeñado en la solterona con el perrito y buenas referencias. Ahora mismo está en Devonshire cuidando de la casa de una anciana que acaba de fallecer. Charlotte ya ha hablado con ella por teléfono. Cuando he salido esta mañana estaban cotorreando, dice que se queda libre dentro de una semana más o menos. Bella, me aterra que sea ella, de verdad. Cincuenta y cinco años son muchos años. Tendrá sus manías, querrá echarse la siesta y se le dará fatal cuidar de Johnny. Prefiero un millón de veces a una de las chicas españolas; la más mayor, la que elegiste tú, sería perfecta.

Parecía preocupado de verdad, así que sugerí que tuviesen a la mujer un mes de prueba; así sería mucho más fácil despedirla, llegado el caso. Se levantó de un brinco del sillón.

—Es una idea maravillosa. ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí? Me voy ahora mismo a decirle a Charlotte que cualquier ama de casa tendrá que estar un mes de prueba. Puedo soportar lo que sea un mes, o eso creo.

Se fue como un rayo después de quedarse poco más de diez minutos. Ojalá me hubiera guardado la sugerencia para más entrada la tarde.

Charlotte se salió con la suya y contrató al ama de casa que había elegido —Joan Webb, se llamaba—, pero al menos estaría un mes de prueba, con lo

que Bernard no se comprometió demasiado. En su primer fin de semana no fui de visita, pues me parecía muy injusto cargarla con más trabajo en cuanto llegase, pero al siguiente sí, porque Charlotte se pasó por la tienda —era la primera vez, de hecho— para rogarme que recurriese a mi influencia con Bernard y le hiciera ver lo buena mujer que era Joan Webb.

—Reconozco que aparenta más años de los que dijo, cincuenta y cinco, ¿verdad? Por lo demás, es una mujercita muy trabajadora, alegre y voluntariosa. Por desgracia, no tiene mucha fuerza, no sabe conducir y le cuesta cargar con la compra calle arriba, pero Catalina está echándole una mano, así que tampoco es un problemón. Bernard dice que tiene una sonrisilla pícara que le horroriza y que no soporta comer con ella. Me temo que es un pelín nerviosa, y el perro también: siempre está subiéndose y bajándose de todos sitios. Se llama Burbuja, y a Bernard tampoco le gusta el nombre.

—Perdona que te interrumpa —dije—, pero ¿sabe cocinar? Es una de las cosas más importantes, ¿no?

Charlotte pareció sorprendida.

—Supongo que sí. Bernard no se ha quejado demasiado, aunque reconozco que las raciones son muy escasas. Le gusta cocinar platos con huevo: tortillas esponjosas, huevos revueltos y huevos escalfados. Y carnes: prepara unas croquetas frías diminutas y a veces hace picadillo de carne con una salsa bastante buena, y también picadillo de pollo. Reconozco que flojea con las verduras, y se le olvida comprar queso; quizá piense que es indigesto. Le gusta hacer tartaletas, pero siempre son de lo mismo: uva espina. Al parecer, a la anciana que murió le chiflaban, pero a Bernard no. No sé si se las apañaría para preparar una cena para muchos invitados. Pero ¿quién necesita organizar cenas? Bernard podría recibir a sus visitas en su club, muchos hombres lo hacen. El caso es que el problema principal no parece ser la cocina, sino que no se calla ni debajo del agua. ¡La pobre solo quiere ser simpática! Y una noche se echó perfume y él le dijo que lo evitara porque le daba alergia. ¡Qué tontería! La pobrecilla se quedó chafada. Estoy convencida de que vale su peso en oro; podría decirse que es un auténtico tesoro. Ojalá Bernard lo viese. Vas a hacer lo que esté en tu mano para persuadirlo, ¿verdad, cariño?

Y se marchó sin echar siquiera un vistazo a la tienda, repleta de pequeños tesoros y del sol que entraba por el escaparate y bañaba la cristalería de Bristol.

Bernard vino a recogernos el sábado por la tarde y dijo que le costaba horrores volver a casa sabiendo que esa mujer estaba allí.

—Tiene un perrillo que se llama Burbuja y que siempre está alterado y saltando de aquí para allá. Cuesta diferenciarlos, los dos tienen el pelo rizado y gris azulado. Espero que hayáis comido bien hoy, porque en mi casa ya os podéis ir olvidando. Daos con un canto en los dientes si os sirven sopa de lata aguada, seguida de un huevo escalfado roto y una taza de té flojo, o incluso chocolate caliente.

No arrancamos inmediatamente, sino que nos quedamos en el coche viendo el críquet hasta que Tommy dijo, con vocecilla aburrida:

—¿Cuándo vamos a ver al perro saltarín?

—Dios mío, Burbuja le va a encantar —se lamentó Bernard. Pero cuando arrancamos estaba sonriendo.

En cuanto Tommy llegó a casa de los Forbes y se convirtió en Marline, hizo caso omiso de su amigo el oso esculpido y entró corriendo a la casa en busca del perro saltarín, al que encontró en la cocina, donde la señorita Webb estaba preparando la cena. Por una vez estaba tumbado debajo de la mesa, como le gustaba a Petra, pero en cuanto oyó nuestras voces salió de su escondite con una pelota pinchada en la boca y echó a correr por toda la cocina, perseguido por Marline. Bernard me presentó a Joan Webb, que dijo:

—Lláname Joan, por favor, o Gay, como mis amigos; dicen que no tengo cara de Joan en absoluto. ¿Tú qué crees?

Yo le dije que me gustaban los dos nombres, y acto seguido subí a ver a Johnny, que me dio una bienvenida adorable. Estaba en su trona mientras Catalina le daba de comer, abriendo la boca cada vez que metía la cuchara en la de Johnny. Catalina le pasó la cuchara a Bernard y lo intentó él, sin demasiado éxito, así que se la devolvió a la joven y se quedó mirando a su hijo, con una expresión de enorme amor y orgullo en esa cara preciosa, una expresión con la que lo había visto muchas veces mirar a Gertrude.

Nos sentamos en la sala de estar, esperando la cena, y Charlotte miraba de vez en cuando su anillo de pedida y aprovechaba la menor ocasión para hablar de su prometido. Era evidente que no veía la hora de volver a Alemania para vivir con su Hermann. Estaba preguntándome si debía ofrecerme a ayudar en la cocina cuando Joan Webb entró, trastabillándose, para anunciar que la cena estaba lista; Burbuja apareció como una flecha detrás de ella, con la pelota roja pinchada saliéndosele de la boca como una lengua hipertrofiada. Entramos en grupo al comedor y se nos sirvió sémola con salsa de queso lechosa, y de postre bizcocho de frutas bañado en crema de natillas y decorado con virutas de colores. Nos tomamos nuestro menú infantil en un silencio que Joan intentaba romper buscando conversación.

—¡Ay, señor Forbes! Hoy me he enterado de que tiene usted inclinación por los filetes. Y yo que pensaba que era más o menos vegetariano. Mañana tendrá su filete. ¡Ay, Dios! Mañana es domingo y como las tiendas cierran había pensado hacer picadillo de pollo. No he dicho nada. El lunes tocará filete, y para Burbuja también habrá un trocito.

Y Burbuja, que se había tranquilizado, empezó a brincar y corretear alrededor de la mesa, con una mirada temible y alerta.

El domingo por la mañana, cuando Bernard se encerró en su estudio con *The Sunday Times*, Charlotte estaba en el césped leyendo *The Observer* y Catalina había llevado a los niños al parque, fui a la cocina para ayudar a la señorita Webb en lo que pudiese. Aunque no tenía tablas, la pobre mujer me daba pena. Al parecer, Charlotte la había dejado a su suerte, sin ofrecerle ninguna ayuda o consejo. Conseguí granjearme su confianza mientras fregábamos las cosas del desayuno y resultó evidente que no estaba contenta, ni muchísimo menos. Repasé con ella los armarios de la despensa y la cocina y no encontré ningún alimento propio de los Forbes. Había un pollo de aspecto anémico, ya cocinado y listo para ser picado, una lechuga sin cogollo, una col de Saboya, un *blancmange* blandengue de color rosa, muchos cartones de sopa, verduras deshidratadas, puré de patatas y, cómo no, latas y latas de uva espina. El *blancmange* rosa era sin duda la joya de la corona, pero tuve que ser cruel y descartarlo diciendo que «a lo mejor los niños se lo comían». En vez de ese postre le sugerí una macedonia con nata montada.

Su cara era un poema.

—¡No les gusta el *blancmange*! Es increíble. A mi madre le encantó hasta el día en que se murió (pobrecilla, tenía noventa años), y todas las señoras para las que he trabajado eran devotas. Me temo que el problema es que solo he cocinado para ancianas, nunca para un hombre.

La dejé cortando cebollas, con las lágrimas resbalando por sus mejillas empolvadas. Esperaba que fuese por las cebollas.

Fui a toda prisa al indio abierto más cercano y compré pimientos, rojos y verdes, una berenjena oscura y resplandeciente, varios melocotones, naranjas y plátanos y un paquete grande de nata. Al volver, puse el pollo, los pimientos y la berenjena en una cacerola y, para horror de Joan Webb, le añadí varios de los champiñones y ajos secos que colgaban del techo, además de un vasito de jerez (el favorito de Bernard). Preparamos la macedonia juntas, montamos la nata y, cuando su manita se disponía a coger un paquete de puré de patatas instantáneo, la detuve y le sugerí cocer arroz. Luego nos tomamos un café de media mañana y me abrió su corazón. Me contó que había rechazado dos

propuestas de matrimonio y se había quedado en casa cuidando de su madre, que cobraba una pensión y una cómoda renta anual, con lo que el dinero nunca había sido una preocupación. De hecho, «mami» insistía en que su única hija se pusiera siempre guapa. Le gustaba verla con prendas bonitas, azules, a ser posible, a juego con sus ojos. Y hasta los últimos años la había animado a salir con sus amigos, aunque eso cambió, claro, cuando «mami» se volvió completamente dependiente, o casi.

—Cuando murió, la cuestión del dinero se convirtió en un trauma. Todo se acabó: la pensión, la renta, todo. Teníamos unas setecientas libras en el banco, pero el funeral costó mucho más de lo que esperaba. Vendí los muebles, pero no saqué gran cosa, aunque mami tenía un gusto exquisito. Además, había que cuidar de Burbuja, su perrito del alma. No pude sacrificarlo. Fue un amigo íntimo, nuestro abogado, quien me sugirió que empezara a trabajar de cocinera y ama de casa para una anciana. Y es que después de tantos años había cogido muchísima experiencia con mami; era lo único que sabía hacer. Me fue muy bien, era muy feliz con mis viejecitas. Una de ellas era un poco bárbara, incluso intentaba morderme la mano cuando le daba de comer, y al final hubo que meterla en una residencia, pero las demás eran un cielo; con tendencia a morir, eso sí. Perdí a tres en cuatro años. Por eso respondí al anuncio del señor Forbes: un viudo con un hijo recién nacido era muy esperanzador. Claro que no tenía la menor idea de lo grande que era la casa, y encima en lo alto de una cuesta empinada. Tampoco tengo a nadie que me aconseje sobre el trabajo. La señorita Charlotte solo piensa en volver a Alemania y en su inminente boda, y el señor Forbes evita hablarme siempre que puede, aunque yo intento sacar algún tema de conversación entretenido. —Dejó su taza de café y añadió, bajando la voz—: Y otra cosa que me preocupa es el dinero.

—¿No le pagan bastante? —exclamé, sorprendida.

Ella negó con la cabeza, con expresión pensativa.

—No lo sé. El caso es que la señorita Charlotte me dio doscientas libras, para pagar la comida, me dijo; pero no me especificó hasta cuándo tenían que durarme, y ya me he gastado treinta libras en dos semanas. La leche está muy cara y la niñera española tiene un apetito de aúpa; siempre está comiendo *baguettes* con salchicha, tomate y cebolla. Yo no sería capaz, pero es una jovencita trabajadora y dice que lo necesita. He intentado hablarlo con el señor Forbes, pero es un hombre de pocas palabras, ¿verdad?

Le dije que lo hablaría yo con él y que no se preocupara, porque seguro que no había gastado demasiado dinero; de hecho, había gastado muy poco.

Oímos que Bernard me llamaba, así que la advertí: «Asegúrese de que no se pasa el arroz; los granos tienen que quedar sueltos», antes de irme volando a su encuentro. Quería enseñarme unas amapolas amarillas que había descubierto en el bosquecillo de Gertrude, debajo de un manzano, entre una maraña de hierba alta. Ninguno de los dos las habíamos visto hasta entonces, aunque parecían bien arraigadas, como si fueran un mensaje de esperanza de Gertrude. Eso fue lo que ambos sentimos.

Bernard apuntó:

—No me sorprendería que mañana no estuviesen; no parecen reales, por así decirlo.

Eran flores frágiles, pero reales, y pensé que lo más probable era que siguiesen allí al día siguiente. Buscamos con atención por todo el bosquecillo, pero no encontramos más amapolas amarillas.

Después de comer, mientras nos tomábamos el café en la sala de estar, Charlotte dijo:

—Joan nos ha preparado una comida muy buena. Ya sabía yo que resultaría ser un tesoro; solo tiene que hacerse a la casa.

Bernard parecía meditabundo, y me preguntó dónde había pasado casi toda la mañana. ¿Por casualidad había estado escondida en la cocina? Me pareció un momento oportuno para contarles con todo detalle lo que había pasado en la cocina, para hablarles de los penosos apuros económicos y la falta de orientación e instrucciones, de la triste historia de Joan; no trágica, pero muy triste. De sus viejecitas, que morían una detrás de otra, tres en cuatro años, y de su cocina basada en las necesidades de ancianas empobrecidas.

—¿Cómo iba a saber yo todo eso? —soltó Charlotte, airada—. Dijo que era una cocinera experta y la dejé a su aire. Al fin y al cabo, no voy a quedarme mucho más, y no es bueno que dependa de mí. Es verdad que comenté algo del dinero, pero le dije que le preguntara a Bernard. Se suponía que las doscientas libras eran para cubrir su sueldo de un mes y las compras, quizá no lo dejé claro. Ahora que lo pienso, no sé cuánto cobra al mes. ¿Y tú, Bernard?

—Yo tampoco —respondió, irritado—. Tú lo organizaste todo. Has sido una auténtica irresponsable. —Y dejó bruscamente la taza de café y se marchó.

Charlotte se volvió hacia mí y dijo:

—Mira lo que has hecho: te pedí que ayudaras, no que te entrometieses.

CAPÍTULO XX



Joan Webb, o Gay, como quería que la llamásemos, se quedó casi tres semanas más, hasta que se marchó a cuidar de una anciana que tenía un piso en Ham, no muy lejos de allí. Sus dotes culinarias mejoraron un poco con la ayuda de Charlotte, pero la casa era demasiado grande para ella, la cuesta demasiado empinada, Johnny pesaba demasiado y Bernard la desconcertaba. La casa de los Forbes, en fin, le había parecido un lugar aterrador. En su nuevo trabajo iba a cobrar mucho menos, pero dijo que le daba igual. Lo que quería era una casa, pues dentro de unos meses empezaría a cobrar la pensión. Nos confesó que no veía la hora de que le llegase la pensión, olvidando por completo que en teoría tenía cincuenta y cinco años, no cincuenta y nueve.

Poco a poco, Bernard fue mostrándose menos hostil con ella, sobre todo desde que supo que se marcharía, pero nunca le cogió cariño al pobre Burbuja, que seguía subiéndose al respaldo de los sofás y a veces aterrizaba en su cabeza. Brincaba y temblaba, ladraba y gemía, y jamás se le borraba esa temible expresión de ansia pura. Tenía un curioso reflejo verde azulado en uno de los ojos, y al mirarlo parecía que llevaba monóculo.

Bernard llevó al perro y a su dueña a su nuevo hogar. Burbuja iba sentado sobre el equipaje, en el maletero del Volvo, y no dejó de ladrar en todo el camino.

—Me alegro de que se hayan ido —dijo Bernard, sentándose en su sillón de la trastienda—. La pobre mujer mejoró un poco, pero siempre la notaba inquieta en mi presencia, hasta el último día; supongo que eran los nervios. Le encantaba hacer esos comentarios optimistas suyos, como quien saca una tarjeta de visita un poco manchada. Tenía uno para cada ocasión. ¿Sabes que Charlotte ha cedido con las señoritas y la semana que viene nos mandan una de una agencia? Se acabó ese sinsentido de comer juntos: las dos chicas comerán en la cocina cuando mejor les venga y por mí pueden vivir a base de comida española. A mí también me gusta, pero no todos los días. —Se

levantó del sillón y se quedó a mi lado; yo esperaba que me tocara, pero no lo hizo inmediatamente, sino que siguió hablando de asuntos domésticos—. Charlotte va a darle una semana a la chica nueva, y luego se va. Parece que la boda la tiene alterada, hace cosas que no son propias de ella. Ya tengo ganas de quedarme con Johnny y las dos señoritas y de que las cosas se asienten y sean más o menos normales; todo lo normales que puedan llegar a ser. — Luego me abrazó y dijo—: Pero ya sabes que tú eres mi favorita. No sé qué haría sin ti.

Nos quedamos así, muy juntos, un buen rato, y pensé que ojalá durase para siempre. Cuando se estaba yendo, le pregunté:

—¿Siguen ahí las amapolas amarillas?

—¡Dios mío! —exclamó, sorprendido—. No he mirado. Se me habían olvidado.

Luego se marchó. No lo acompañé a la puerta, como de costumbre, sino que me quedé ahí quieta, pensativa. ¿Se estaría Bernard olvidando poco a poco de Gertrude?

Cuando llegó agosto cerré la tienda dos semanas, como el año anterior. Pasé la primera semana en Richmond, tanto por el bien de mi hija como para ayudar a Charlotte, que se iba a Alemania en cuestión de días y estaba hasta arriba entre compras y maletas. Volvíamos a ser amigas, aunque la verdad era que no le tenía mucho cariño: se pasaba de mandona y egocéntrica, y no poco. La cocinera y ama de casa española ya se había instalado, y en la casa había más jaleo que antes: las chicas se gritaban por las escaleras, y de la cocina salían voces roncas y carcajadas. La señorita nueva se llamaba Isabel, era varios años mayor que Catalina y tenía un novio español, camarero. Las dos trabajaban bien juntas e Isabel siempre estaba dispuesta a echar una mano con Johnny, amén de quedarse cuidando de él cuando Catalina libraba. Charlotte y yo elaboramos una lista de comidas para Bernard, que colgamos en la cocina, y al parecer la cosa fue bastante bien, aunque alguna que otra vez se quejaba del exceso de fritanga.

Fue muy diferente a mi estancia del año anterior, cuando Gertrude y yo nos sentábamos bajo el enebro, contentísimas, y hacíamos pícnicos deliciosos en nuestro restaurante Arbusto Ardiente, mientras las urracas nos vigilaban desde las ramas con sus ojos astutos, y a veces el macho bajaba a picar algo de lo más inesperado: salmón, jamón ahumado o, si se presentaba la oportunidad, pollo, para nuestra consternación, pues aquello nos parecía canibalismo. Ahora yo me sentaba allí sola, simplemente para estar tranquila, la verdad. Aún había algunas amapolas amarillas a los pies del manzano; las

identifiqué gracias a uno de los libros de botánica de Gertrude y supe que se llamaban *Meconopsis cambrica* y eran nativas de las montañas de Europa occidental, aunque a veces también crecían en los valles.

La segunda semana de vacaciones la pasé en casa con Tommy. Redecoré la tienda con ayuda de Mary Meadows y disfruté mucho de su compañía. Llevamos a Tommy al zoo de Chessington y se enamoró de un orangután con una personalidad cautivadora y una expresión de profunda sabiduría. «Me recuerda a Bernard», dijo Mary, y me molestó un poco porque sabía a lo que se refería. A veces, si el tiempo acompañaba, daba paseos en bicicleta con Tommy montada en su sillita. Hicimos pícnicos en varios parques de la zona y en uno de nuestros sitios predilectos: Teddington Lock.

Antes esperaba con interés las cartas de Stephen desde Nueva York, pero ahora las dejaba en la repisa de la chimenea y pasaba días sin acordarme de ellas. Estaba todo el tiempo pensando en Bernard. Lo quería muchísimo, pero me conformaba con verlo dos o tres veces por semana y con que alguna vez nos tocásemos o nos sentáramos muy juntos. Él, claro está, no sentía lo mismo por mí, pero me tenía cariño y mi presencia parecía consolarlo en cierta medida. Además, sentía que yo era parcialmente su creación, que me había moldeado. Y era verdad: tanto él como Gertrude, ella sin proponérselo, me moldearon. En un poemario de D. H. Lawrence que me habían regalado encontré estos versos:

*Y que no soy más que una llama que surge de ti.
Dondequiera que te toque, nazco ardiente. Pero ¿soy yo o tú?*

Eso sentía por Bernard, era como si fuese una llama. Sin embargo, yo no era una llama para él.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto a mi madre, y solo nos comunicábamos mediante nuestras ocasionales y broncas conversaciones telefónicas. Hasta que un sábado por la tarde, a finales de verano, se presentó con su Rover rojo. Iba acompañada de su sombra, el señor Crimony, cargado con paquetes que podrían ser regalos. Tommy corrió al escaparate gritando: «¡El señor Chimney viene con un montón de regalos, abre la puerta, rápido!». Yo estaba envolviendo unos platos de Crown Derby que una cliente acababa de comprar, así que le dije a Tommy que abriera ella. Se lanzó a las piernas del señor Crimony y les dio un abrazo, haciendo caso omiso de mi madre; eso la irritó, y la visita comenzó con un clima tenso que tardó un rato en disiparse.

Los regalos eran una tarta de nata esponjosa, un perro de peluche gigante para Tommy y una maceta con una fucsia para mí. Tommy estaba encantada con su regalo, un pelín vulgar, y dijo que era clavadito a Burbuja y que iba a llamarse así.

—Un nombre tonto para un perro tonto —soltó mi madre—. No me puedo explicar por qué te gastas el dinero en estas porquerías, Charlie.

Luego, a mitad del té, cuando todos teníamos las manos pegajosas por la tarta de nata, sacó un sobre de su bolso y se lo entregó a Tommy.

Ella lo abrió rompiéndolo y dijo, en tono triste: «Jo, es un librito sin dibujos», y me pasó una pequeña libreta de ahorros azul de Correos. Solo había una entrada, pero era de cien libras, cifra nada desdeñable para que una niña empezase a ahorrar. Le di varias veces las gracias a mi madre, pero Tommy no estaba impresionada y prefería, con mucho, el perro de peluche, para deleite del señor Crimony.

Después del té salimos al jardín, porque la trastienda estaba empezando a quedar en penumbra y parecía que éramos una multitud. Ese año había plantado muchas semillas de boca de dragón, y las rosas también estaban muy bonitas, sobre todo un rosal trepador blanco con una fragancia dulcísima, pero lo único que veía mi madre eran los autobuses que pasaban como flechas (solo la parte superior despuntaba sobre la cancela). Los autobuses pasaban haciendo un ruido que recordaba a las olas del mar, y los camiones rugían como leones, pero yo me había acostumbrado. Mi madre seguía trabajando en la agencia de viajes y se ofreció a buscarme un viaje barato en temporada baja, pero ya había estado de vacaciones y no me apetecía repetir.

El señor Crimony y Tommy sacaron al Burbuja de peluche a dar un paseo por el parque Green, y cada dos por tres paraban en los árboles para que pudiese levantar la pata, como Tommy había visto hacer al Burbuja de carne y hueso. En cuanto nos quedamos solas, mi madre empezó a preguntarme por Bernard. Le conté lo de Joan Webb porque pensé que se reiría, pero le sorprendió bastante enterarse de que ahora estaba viviendo solo con dos señoritas.

—Y dices que son guapas. Supongo que serán católicas, así que al menos no podrá casarse con alguna sin pasar antes por un montón de papeleo. ¿Lo ves bastante? Por más que quisiera a su mujer, no creo que se quede viudo mucho tiempo, siendo un hombre tan guapo, y encima rico. Ah, conque viene esta noche, ¿eh? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Mi madre se demoró todo lo que pudo, con la esperanza de ver cómo era el trato entre nosotros, pero el señor Crimony empezó a preocuparse por su

cena. Tenían unos arenques esperando en el frigo.

—No querrás que me los coma a medianoche. Eso es pedir a gritos una indigestión —dijo en tono quisquilloso. Así que se marcharon en el Rover rojo; y Bernard seguía sin venir.

A eso de las ocho, llamó por teléfono para decir que ya salía. Se había demorado con una crisis doméstica, pero llegaría cuanto antes. Tommy ya se había quedado dormida en un sillón, sin despegarse de su vulgar peluche. Cuando Bernard llegó, parecía desolado y nos metió rápidamente en el coche, dejando a Tommy, que seguía dormida, en el asiento de atrás.

—Isabel se ha ido —dijo en tono airado—, así que la cena no estará preparada a menos que Catalina haya hecho algo. Te cuento cuando lleguemos a casa.

—Parecía que las cosas iban como la seda con las dos chicas —respondí, lamentándolo, y no volvimos a hablar hasta llegar a Richmond. Era como si estuviésemos respirando aire cansado.

Cuando entramos en la casa, subí a toda prisa las escaleras con Marline en brazos y la acosté sin asearla ni ponerle el pijama: dormía tan profundamente, aún aferrada a su perro de peluche, que no quise molestarla. Al bajar, Bernard me estaba esperando en el vestíbulo y pasamos a la sala de estar. Me la encontré toda desordenada, y había un fuerte olor a tabaco mezclado con vino rancio, aunque una de las ventanas estaba abierta. Entonces vi los ceniceros desbordados, una botella medio vacía en la mesa de palisandro con incrustaciones y otra vacía y tumbada sobre un charquito de vino tinto.

—Asqueroso, ¿verdad? —dijo Bernard—. He vuelto a casa temprano y me he encontrado este panorama. Había tres hombres, uno de ellos un camarero al que ya había visto por aquí, e Isabel, sentados a la mesa, jugando a las cartas y bebiéndose mi preciado Château Lafite-Rothschild de 1962. El camarero llevaba la ropa de trabajo, pero los otros dos habían colgado la camisa y la corbata en el respaldo de la silla e iban en camiseta. Estaban en la sala de estar de Gertrude con sus camisetas asquerosas. Les he dicho que se marchasen de inmediato, y reconozco que no han puesto ni una objeción; uno incluso se ha disculpado por entrar en la casa sin permiso. La que ha armado más follón ha sido Isabel: ha empezado a gritarme en español y se ha puesto histérica, mientras los dos hombres se vestían tranquilamente, se despedían con una educada reverencia y salían de la casa. Parecía una película de miedo.

—Pero ¿dónde está Catalina? —lo interrumpí—. No se habrá ido ella también, ¿verdad?

Bernard parecía desconcertado.

—Supongo que sigue en su habitación. La he mandado arriba cuando Isabel estaba intentando convencerla para que se fuese con ella y el pobre Johnny se había puesto rojo de tanto llorar y de los gritos de las mujeres. El novio camarero ha hecho lo que ha podido para tranquilizarlas, y al final ha acompañado a Catalina y al niño arriba, dándoles palmaditas como si fuesen perros. Han tardado casi una hora en sacar a Isabel de la casa, y han tenido que arrastrarla hasta el coche del novio y meterla a la fuerza, como quien dice; pero luego el hombre se ha vuelto hacia mí y, con mucha calma, se ha disculpado por el vino y ha dicho que me compraría otra botella en cuanto pudiese, y nos hemos despedido de muy buenas maneras.

Fui a la cocina a preparar una cena sencilla y me encontré a Catalina, con cara de tragedia y el maquillaje corrido por las lágrimas. Se abalanzó sobre mí como una chiquilla, sollozando en mis brazos; luego fuimos a la sala de estar, abrimos los ventanales de par en par para que entrara la brisa de la noche, pusimos un poco de orden y limpiamos las manchas de vino de la moqueta. Tardamos menos de una hora en estar los tres cenando una tortilla y una apetitosa ensalada en la cocina. También nos acabamos el vino. Bernard dijo que era un exquisito caldo francés que ofrecía a los marchantes de arte más especiales y que no debería beberse en una cocina, mientras miraba a su alrededor con interés. Creo que era la primera vez que comía en su cocina.

CAPÍTULO XXI



El lunes por la mañana, Bernard y yo fuimos a la agencia de empleadas domésticas de la señora Vic, pero a los pocos minutos de espera dijo que tenía muchísimo trabajo en la galería y se esfumó, con lo que me quedé sola para hablar con la señora Vic. Era una anciana de pelo blanco y amontonado y espalda rectísima. Mientras hablaba con ella, me percaté de que estaba irguiendo la mía. Con el tiempo me sentí muy cómoda en la agencia de la señora Vic, pero aquella primera visita fue bastante intimidatoria. No dejaba de insistir en que aceptase a madres jóvenes con uno o más hijos, pero yo sabía que Bernard se oponía de plano: decía que no quería que la casa se volviese una guardería; y animales tampoco.

Aquella tarde pasaron por la casa cuatro mujeres interesadas en el trabajo, y algunas coincidieron. La candidata más interesante vino con un chiquillo de cuatro años vestido de rojo. Era un niño muy animado: no dejó de corretear por el jardín hasta que el pelo castaño se le empapó de sudor, y luego se subió al columpio; se daba tanto impulso que corría peligro de dar la vuelta. Bernard no lo habría soportado ni por asomo, pero me dio pena que se marchasen porque sabía que vivían en un estudio minúsculo.

También vino una atractiva chica española, muy parecida a Isabel, pero me dije que por el momento no queríamos más señoritas. Necesitábamos a una tirando a aburrida.

Las dos últimas eran cocineras y amas de casa con experiencia y referencias para demostrarlo. Ambas rondaban los cuarenta y cinco años, tenían buen cuerpo y la cara anodina, pero había una diferencia: una era una solterona y la otra estaba divorciada. La solterona podía empezar a trabajar inmediatamente, así que la escogí a ella, a pesar de la ligera expresión de rencor en su cara redonda, porque, en conjunto, no era mala elección.

Se llamaba May Jones, pero siempre fue la señorita May para nosotros y «la seño May» para los niños. Me quedé una semana para ayudarla a hacerse

a la casa, aunque no le costó instalarse, y luego la dejé con Bernard. La única pega que le ponía era que no se le daba muy bien Johnny, por lo que tuve que pasar muchos de mis lunes libres con él cuando Catalina quedaba con sus amigos de Londres.

Al poco de la llegada de la señorita May ocurrió algo divertido. El camarero y novio de Isabel pasó una tarde por la casa con dos botellas de Château Lafite-Rothschild de 1962 para Bernard, y casi no nos lo podíamos creer. Pero en realidad era una excusa para volver a ver a Catalina: Isabel era cosa del pasado y no tardaron en hacerse novios formales, y en su tiempo libre Catalina cosía iniciales en sábanas de matrimonio y en toallas de todos los tamaños con estampado de flores.

A principios de octubre empecé a pensar en el cumpleaños de Johnny, el día 9. Tenía que ser un día feliz para el chiquillo, aunque se cumplía el primer aniversario de la muerte de su madre y sería un día tristísimo para su padre. Le compré una locomotora de madera hecha a mano con bonitas decoraciones, con la que podría empezar a jugar al cabo de uno o dos meses. Ya sabía ponerse de pie, pero prefería gatear. Me armé de valor y le enseñé a Bernard la locomotora de juguete, aunque una parte de mí temía que me reprendiese por ser una entrometida; sin embargo, me dio las gracias por hablar del asunto y me dijo que necesitaba mi ayuda. Así pues, el lunes antes del día 9 fuimos juntos a la sección de juguetes de Harrods y nos lo pasamos pipa, aunque tuve que pararle los pies a Bernard para que no comprase regalos de lo más inapropiado para un niño de un año: triciclos, bicicletas y juegos de construcción para niños de al menos diez años. Tuve que orientarlo hacia los peluches, las cajas de música y las pelotas de colorines. Bernard compró un osito de peluche gigante (bastante más grande que Johnny, demasiado para que pudiese jugar con él, pero fui incapaz de decírselo), un caballito de juguete muy decorativo, una peonza, pelotas de todos los tamaños y, justo antes de salir, una gran rana saltarina.

De Harrods fuimos a la galería de Bernard, un local que impresionaba un poco y en el que la gente hablaba en voz baja. Desde la calle solo se veía un cuadro oscuro en el escaparate, que retrataba a personajes antiguos, sombríos y afligidos, pero dentro, en la galería principal, había varios cuadros españoles muy llamativos de Antonio Clavé, dos Mirós pequeños y, para mi deleite, una obra de Tàpies, artista que Bernard me había enseñado a amar y entender. Mientras Bernard se ocupaba de sus negocios, su atractivo ayudante, que llevaba un traje muy bonito, se quedó hablando conmigo. Habíamos coincidido varias veces en la galería y una en Richmond, y nunca

me había parecido real, por así decirlo, pero me gustaba superficialmente. Bernard estaba de buen humor y, cuando acabó sus asuntos, me invitó a comer. En la mesa, me dijo que había decidido que yo tenía que aprender a hablar francés como es debido. El francés era una de las pocas cosas que había aprendido de mi madre, pero el suyo era mucho mejor que el mío: yo solo sabía chapurrearlo. Acordamos que una mujer francesa iría a la tienda dos tardes por semana y que sería un curso muy exhaustivo, pero que cuando lo acabase, como recompensa, Bernard me llevaría a Bruselas a conocer la galería con la que iba a asociarse. Me dijo que quería que la viese para poder hablar de ella conmigo y que pudiera ubicarla. De hecho, si me interesaba, podría acompañarlo siempre que quisiera: así, con mi cháchara, no se dormiría al volante.

El cumpleaños de Johnny salió a pedir de boca y Bernard estuvo presente cuando cortamos la tarta y le dimos los regalos. La señorita May había hecho la tarta y, claro, tomó el té con nosotros. Me alegraba ver lo bien que se había integrado: trataba a Bernard de forma afable pero distante, justo lo que él quería. Marline abrió los regalos y se los daba a Johnny, al que le encantaba todo, incluso el papel arrugado, aunque no supiese lo que era. Pero el regalo que más le gustó fue el de Marline: un pequeño pájaro mecánico que movía las alas y picoteaba el suelo cuando se le daba cuerda. Como es natural, no entendía muy bien lo de soplar las velas, así que Marline también le ayudó. Cuando acabamos de tomar el té, Bernard dio una vuelta con él por todo su cuarto, enseñándole los regalos y ayudándole a mantenerse en pie. De hecho, creo que dio sus primeros pasos aquel día. Fue difícil verlo porque pasó muy rápido, pero Bernard siempre lo recordaba.

Después de la fiesta de cumpleaños, nos llevó a casa y, cuando acosté a mi hija adormilada, me preguntó si podía quedarse a cenar y ocupó su sillón en la pequeña y variopinta trastienda, mientras yo preparaba una sencilla cena a base de tostadas de champiñones y queso y fruta. Las pocas botellas de vino que tenía en casa me las había regalado él, así que le pedí que escogiese una y la abriese antes de que empezara a hacer las tostadas, para beber y charlar un poco antes de cenar.

Al principio hablamos de Bruselas y de la asociación con la nueva galería. Luego, mientras cenábamos, hablamos de Johnny, de lo maravilloso que era y de lo mucho que lo habría querido Gertrude, y fue como si se hubiese colado en la sala. Bernard habló de su enorme belleza e inteligencia, de lo mucho que la quería todo el mundo, de su elegancia extraordinaria y de la perfección de todos sus movimientos.

—¿Te acuerdas de cómo giraba lentamente la cabeza y te miraba con esos ojos preciosos de grandes párpados? A veces se echaba a reír. Le encantaba reírse, ¿eh?

Para entonces ya estábamos muy cerca, y Bernard me pasaba sus largos dedos por el pelo mientras yo pensaba algo que decir para cambiar el tema de la conversación, si es que podía llamarse conversación. Al final, le pregunté:

—Bernard, ¿lo de la cháchara lo dijiste en serio?

Cambió de humor, soltó una carcajada y dejó de acariciarme el pelo.

—No, pues claro que no. Eres la maestra del *Bel-Gazou*^[3], cariño.

—Y ¿qué significa *Bel-Gazou*? —pregunté.

Me dijo que lo descubriría cuando estudiase francés. Entonces nos pusimos de pie y nos besamos por primera vez, subimos las escaleras y, por primera vez, nos acostamos. Yo estaba abrazada a Bernard, pero él no me abrazaba a mí, y así estuvimos hasta que los brazos se me agarrotaron. La luz tenue de las farolas se colaba en la habitación: podía ver su perfil hermoso y altivo todo el tiempo que quisiera, y estaba en el séptimo cielo tocándolo, pero me habría gustado que Gertrude no estuviese allí. En la vida real nunca había pisado mi habitación.

Alrededor de las seis y media se oyó un gran estrépito con traqueteos y zumbidos, y unas luces parpadeantes inundaron la habitación. Bernard se despertó sobresaltado, preguntando qué pasaba, y yo le dije que no se preocupase, que era Flash Harry, el camión de limpieza que pasaba todas las mañanas.

—En Richmond no tenemos de eso, que yo sepa, aunque también es verdad que dormimos en la parte de atrás —respondió. Luego me besó en la frente y dijo—: Adiós, mi pequeña *Bel-Gazou*.

Y siguió llamándome así en los momentos de ternura.

CAPÍTULO XXII



A finales de octubre, cuando al sol ya no le quedaba calor, me enteré de que la señorita Murray había muerto de una peritonitis fulminante. Mary fue quien me lo dijo, y las dos estábamos conmocionadas, pues fue ella la que nos presentó. Había sido muy amable, a su reservada manera, llevándome porcelana cuando la mercancía escaseaba y ofreciéndome consejos útiles ocasionalmente. Aunque no la veía con frecuencia, había pasado a formar parte de mi vida, y además la conocí el mismo día nevado en que conocí a Gertrude.

A los pocos días de enterarme de su muerte, recibí una carta de sus abogados diciendo que, según el testamento de la difunta Edith Murray, me había legado todos los objetos de su tienda a excepción de tres que eran para su hermano. Al parecer, solo quedaba esperar a la legalización. Al principio no podía creerme que la carta fuese de verdad, y volví a leerla antes de llamar a Mary.

Mary se alegró casi tanto como yo, y nos organizamos para recoger y almacenar todos los objetos de la tienda. Pero, para mi sorpresa, Bernard se oponía a que aceptase la herencia; pensaba que todo debía ir al hermano. Así pues, armándome de valor, llamé a los abogados para explicarles que estaba dispuesta a no reclamar los bienes si al hermano de la señorita Murray le molestaba. Ellos me garantizaron que el señor Murray no tenía el más mínimo interés en la tienda y que ya se había llevado los tres muebles, de un valor considerable, que le correspondían según el testamento, con lo que solo estaba esperando a que el local se quedase vacío para alquilarlo. Cuando se lo conté a Bernard pareció un poco molesto al principio, pero al final se echó a reír y dijo que, si al hombre le traía sin cuidado la tienda de su hermana, tenía todo el derecho del mundo a aceptar la herencia. Luego me reconoció que se había puesto un poco celoso: le habría gustado que toda fortuna que yo recibiese viniera de él. Parecía muy avergonzado por el episodio, y apartó la cara, así

que le dije: «Lo único que quiero es que nos ayudemos el uno al otro en todo lo posible», y nuestras manos se rozaron un momento.

Yo me esforzaba mucho en mis clases. La profesora era una chica muy joven y en absoluto estricta. Hablaba bien inglés, por lo que no le costaba explicarme las cosas, y yo disfrutaba con nuestras conversaciones en francés. Lucie venía dos veces por semana, y después de clase solía quedarse a cenar y charlábamos de nuestra vida, amores y aspiraciones, unas veces en inglés y otras en francés, y yo notaba mi progreso cuando hablábamos con naturalidad, acabada la clase. Bernard vino una tarde para ver cómo avanzaba, pero Lucie y yo nos cohibimos y la clase no salió muy bien. Me preguntaba cuánto tendría que mejorar para que Bernard me llevase a Bruselas. Procuraba no pensar demasiado en ello, pero en mi subconsciente siempre tenía ese viaje mágico con Bernard a un lugar en que Gertrude, que yo supiese, no había estado. Unas veces íbamos en coche y otras volábamos en primera clase y bebíamos champán, pero es que en mis sueños incluso viajábamos en trineo, rodeados de bosques nevados. En contadas ocasiones viajábamos de noche, en un pequeño buque de carga, y paseábamos abrazados por las cubiertas desiertas y, cuando nos besábamos, nuestros labios sabían a sal. Pero, cuando al fin fuimos a Bruselas, hicimos el corto viaje en avión.

En realidad, fuimos antes de lo planeado, por una crisis doméstica inminente: Catalina quería casarse con su camarero, así que teníamos que viajar mientras aún estuviese ella para cuidar de los niños. No podíamos encomendárselos a la señorita May, que había dejado muy claro que ella estaba allí para cocinar y cuidar de la casa, no para cuidar de chiquillos. Es cierto que de vez en cuando daba un paseo corto con Johnny en el cochecito, y sabíamos que le echaba un vistazo si estaba profundamente dormido, pero la verdad era que le daban un poco de miedo los niños.

Fue un domingo por la mañana cuando Catalina soltó la bomba de que iba a casarse. A pesar de todo el ajuar que se había bordado, no esperábamos que lo hiciera hasta dentro de un año como poco, y ahora nos decía que su deseo era celebrar la boda en Navidad. Aunque se ofreció a seguir después de la boda si a Bernard no le importaba que su marido viviera en casa.

—Echaría una mano en las cenas que usted monta, señor Bernard, y es un fiero con los aparatos eléctricos.

Bernard se quedó mudo un momento, y luego dijo:

—Sí, eh..., sí, seguro que nos vendría muy bien; pero no creo que acabara de funcionar, aunque lo tendré presente.

Catalina sonrió.

—Vale, señor Bernard. Usted se lo piense. No padezca. —Y salió escopetada de la sala de estar.

Bernard se desplomó en el sofá y dijo:

—Pero ¿dónde aprenderá a hablar así? No en esta casa, espero. —Tiró de mí para que me sentara a su lado, acarició mi brazo desnudo con la yema de un dedo y fue como si me tocara un arcoíris, aunque para él no significara nada: solo buscaba mi atención y mi consejo—. Bella, no creerás que debo permitir que ese hombre viva en casa por el bien de Johnny, ¿verdad? Estaría por todas partes, aquí, por todos lados. Es muy activo, como un perro mal educado. Si tuviera cola, la estaría moviendo sin cesar. Tú casi no lo has visto, Bella, pero cuando no está trabajando lleva un traje marrón de cuero de imitación, y se ha rizado el pelo de una forma espantosa. —Volvió la cara, y su fina nariz pareció estremecerse, aunque quizá fuera cosa de mi imaginación.

—Bernard, no te tortures —le dije—. Pues claro que no tienes por qué meter a ese hombre en casa. Por Dios, ¡puede que hasta te cogiese los trajes!

—Por suerte no le vendrían —dijo en un tono más tranquilo—. Al fin y al cabo, aún quedan unas seis semanas para que Catalina se vaya. Vamos a ver qué puede ofrecernos la señora Vic.

Uno o dos días después, Bernard pasó por la tienda de camino a casa. Yo estaba subida a un taburete para alcanzar algo colgado en lo alto del escaparate, y se quedó fuera observándome. Cuando acabé, entró y, bajándose del taburete con un abrazo, me plantó un beso en los labios con mucho amor, aunque todas las luces de la tienda estuviesen encendidas. Pasamos a la trastienda; Tommy estaba en la mesa, cenando un pastel de manzana y bebiendo leche —esa noche era de color rosa— en un vaso de tubo retorcido.

Bernard le dio un besito en la coronilla rizada y dijo:

—Si mami se va unos días de vacaciones conmigo, ¿te apetece quedarte en Richmond para ayudar a Catalina a cuidar de Johnny?

Tommy escupió la leche y dijo:

—Claro que sí, me apetece siempre.

Era la primera vez que le volvía a oír hablar del viaje a Bruselas. Al parecer, Bernard tenía que reunirse allí con varias personas importantes la semana siguiente, y acababa de decidir sobre la marcha que nos iríamos inmediatamente.

—En cuanto a tu francés, puede que tengas un acento singular, pero es fluidísimo, me has sorprendido. —Luego insistió en darme un cheque de cien

libras para que me comprase lo que necesitara; un vestido, quizá—. Esta gente de Bruselas es muy formal, no exagero, y esperarán que tú, como protegida mía que eres, vayas bien vestida. Confío en que no te aburran.

Y yo, movida por todo aquel entusiasmo, me emocioné mucho y respondí:
—Querido Bernard, yo nunca me aburro si estoy contigo.

Nos marchamos el martes siguiente y, aunque el viaje no se parecía demasiado al de mis sueños, era muy agradable volar en primera clase, sentada al lado de Bernard mientras él trabajaba, no muy en serio, y planeaba el itinerario de nuestra visita, que solo duraría cinco días. Una parte del tiempo la pasaría en compañía de una secretaria que me llevaría a museos y galerías, mientras Bernard estaba en las reuniones más serias.

Los cinco días pasaron volando; no las noches, sino los días. Me presentaron a la gente como la protegida de Bernard y parecí gustarles. Era de esos días en que estaba guapa y radiante de felicidad, y creo que la gente percibía ese resplandor en mí y se le contagiaba la alegría. Ocurrió lo mismo en las fiestas: parecía que todo el mundo quería hablar conmigo, y ahí estaba yo, como una abeja reina, con Bernard a mi lado. Pero lo perfecto eran las noches; o casi perfecto: Bernard tenía ciertas reservas hasta en la cama, y siempre fue así en nuestra relación. Yo nunca debía ser quien diese el primer paso; podía responder a su pasión, pero nunca tomar la iniciativa. Eso era lo que él quería, y para mí todo lo que él quisiera era perfecto. El mero hecho de estar con él representaba la felicidad pura. Cuando salimos de nuestra habitación de hotel por última vez, le dije:

—Bernard, cuánto me odiaría el Movimiento de Liberación Femenina si supieran lo que siento por ti.

CAPÍTULO XXIII



En Bruselas dejamos a Gertrude atrás de verdad, no sentí la más mínima sombra de ella, pero cuando volvimos a Inglaterra su amable presencia nos estaba esperando, o eso me pareció. Bernard decía: «No creo que a Gertrude le parecieran bien estos monos que lleva Johnny. Parece un mecánico», o, hablando con la señorita May: «Preferiría que no cocinase bacalao hervido, señorita May. A mi mujer no le gusta». A la señora Hicks le pidió que cambiase las cortinas de «la habitación de la señora», e incluso que llevara «la bata de la señora a la tintorería». La suave bata azul estaba colgada detrás de la puerta, pero las demás prendas de Gertrude seguían guardadas en grandes armarios con cajones y percheros, y su joyero estaba cerrado y guardado en algún sitio. La señora Hicks y yo, corriendo un riesgo enorme, osamos despejar el tocador de Gertrude quitando sus cosméticos sencillos, pero caros. Los tuvimos un mes guardados en un cajón de la cocina y, como Bernard no pareció echarlos en falta, la señora Hicks se los llevó a su casa, para su hija pequeña, a la que no le hicieron «ni fu ni na» y que los tiró a la basura.

Una de las primeras cosas que hice a mi regreso fue visitar la agencia de la señora Vic, de donde volví con una lista de cinco candidatas para cuidar de Johnny. Estaba la típica niñera anciana, la chica sin práctica y con hijo, y tres jóvenes con experiencia que parecían muy prometedoras: una de ellas era holandesa, y pensé que eso podría gustarle a Bernard. Pero esa tarde, cuando le enseñé la lista, echó un vistazo y dijo que no le valían. Gertrude no les habría dado el visto bueno. Luego me pidió que hiciera la única cosa que no era capaz de hacer ni siquiera por Bernard: dejar la tienda para cuidar de la familia y la casa de los Forbes. Tuvimos una señora discusión al respecto, que acabó con Bernard reconociendo que era un bruto egoísta y quedándose a dormir conmigo. Fue casi igual que en Bruselas, aunque no del todo, porque yo también me sentía una bruta egoísta y esperaba tener la fuerza de voluntad para seguir siéndolo.

Al final, Bernard eligió a la chica holandesa para cuidar de Johnny. Se llamaba Greta y hablaba un inglés perfecto, de manera que el pobre chiquillo no tuvo que aprender un tercer idioma, habida cuenta de que hablaba más español que otra cosa, aunque su vocabulario aún era muy limitado. Johnny pasó casi quince días al cuidado de las dos jóvenes, cariñosas y permisivas, hasta que Catalina se volvió a España con su novio y se quedó a solas con Greta, cosa que no le gustó en absoluto. Marline y yo éramos las únicas que sabían consolarlo. Podía estar unos minutos con Bernard, pero luego el labio inferior empezaba a temblarle y estiraba los brazos buscándome. Yo pasaba todo el tiempo posible con él, pero no quería desatender excesivamente la tienda, sobre todo porque se acercaba la Navidad, la fecha con más trajín. Johnny fue haciéndose a Greta poco a poco, y su relación con su padre mejoró. Bernard también le dedicaba todo el tiempo posible, y ya casi nunca se acercaba a verme de camino a casa. Marline y yo seguíamos pasando los domingos y buena parte de los lunes en la casa de Richmond, y yo disfrutaba hasta cierto punto del lujo y los largos paseos con Bernard, pero allí nunca teníamos intimidad. Bernard parecía esquivarme en cuanto me acercaba lo más mínimo.

A principios de primavera pasó algo extraño: los gemelos de oro de Bernard desaparecieron del tocador. Llevaban ahí varios días, porque estaba poniéndose otros gemelos victorianos que le había regalado por Navidad, y de repente los de oro se esfumaron. No faltaba nada más. Al principio pensamos que la señora Hicks o la señorita May los habrían tirado sin querer con el plumero que tanto les gustaba usar, así que movimos los muebles y buscamos por el suelo, y también dentro del limpiamoquetas y en la asquerosa bolsa del polvo, pero solo encontramos alfileres y clips. Como ya no se produjeron más desapariciones misteriosas, casi nos habíamos olvidado de los gemelos cuando encontré uno en el enebro, en el jardín silvestre de Gertrude. Ahora que hacía más calor, a veces iba a pasar un rato en el banco. Había estado allí el día anterior y no había visto ningún destello dorado bajo el sol de primavera; sin embargo, ahora lo veía reflejarse en un objeto dorado que colgaba de una ramita, como un ornamento del árbol de Navidad: el gemelo de Bernard. Lo cogí y lo examiné de cerca: no tenía ni un rasguño; luego busqué su pareja, pero no vi más destellos dorados, solo a las urracas cotorreando en lo alto del cerezo, al lado de su nido abovedado. Cuando le enseñé mi hallazgo a Bernard, se empeñó en coger una escalera y subir a buscar el otro gemelo en el nido de las urracas. Sin embargo, por una vez cambiaron las tornas, y fui yo quien dije: «A Gertrude no le gustaría que

molestasen a sus urracas en esta época del año; puede que hasta se marchen. Espera hasta otoño», y él aceptó a regañadientes.

Con el tiempo, Bernard fue queriendo más a Johnny, y Johnny a él, pero también a Marline. Los niños solo pasaban juntos el fin de semana y lo aprovechaban al máximo, por lo que a veces Bernard se sentía un poco abandonado. Aunque, por otro lado, yo también me sentía abandonada por él.

Llegó el segundo cumpleaños de Johnny, lo cubrimos de regalos caros y apagó las dos velas de su tarta de un soplido, y todos coincidimos en que era un buen presagio para el futuro. Tres días después, le dio un mordisco a Greta en el brazo mientras forcejeaban por algo y ella respondió con una bofetada. Yo no estaba cuando pasó, pero Bernard, en la habitación de al lado, entró a toda prisa; se encontró un follón enorme, por lo que me dijo, y Greta le presentó su dimisión. Bernard llegó muy tarde esa noche para contármelo. Decía que no quería dejar a Johnny hasta asegurarse de que se había quedado profundamente dormido.

—¿Crees que habrá estado pegándole todo este tiempo a mis espaldas? —preguntó, abatido—. Siempre me ha parecido que se llevaban bastante bien.

—Por una torta puntual no se acaba el mundo —dije—, y cuando cogen la mala costumbre de morder hay que hacer algo. Greta es un poquito fría, pero no es mala cuidadora. Creo que es una auténtica pena que se vaya.

Bernard se levantó de repente, parecía que iba a abalanzarse sobre mí, y dijo, casi gritando:

—No se me da nada bien esto de ser padre soltero y ya no lo aguanto más. No es justo para Johnny, no digamos ya para mí. Bella, vas a tener que casarte conmigo.

No habló de amor, solo dijo: «Bella, vas a tener que casarte conmigo». Yo me negué.

Mary pasó por la tienda unos días después; nos sentamos en unas sillas estilo Regencia un tanto precarias y bebimos café instantáneo mientras hablábamos de lo descabellado que sería que me casara con Bernard. «Lo perderías absolutamente todo: tu libertad, la tienda y tu personalidad», dijo Mary con mucho énfasis, y yo coincidía con ella. Tommy y yo éramos libres como el viento, pero, si viviésemos con Bernard, tendríamos que amoldarnos a sus normas. No podría quedarme remoloneando en la cama los domingos por la mañana leyendo mi horóscopo en *The Sunday Express*, con Tommy acurrucada a mi lado. Perdería algunas amistades, como los alegres anticuarios con los que a veces me iba de copas y los simpáticos clientes que me traían flores de su jardín; gente poco importante, pero amable. Le conté a

Mary lo estricto que era Bernard conmigo en su casa. ¿Sería siempre así si me iba a vivir allí con él? ¿Tendría que ser la niñera permanente del mimado Johnny, y quizá también cocinera y ama de casa? Éramos incapaces de encontrar un buen motivo para que me casara con Bernard, salvo el lujo de poder darme un baño todos los días. Incluso mi amor profundo por él era una desventaja, pues él no sentía lo mismo por mí. Mary había venido para repasar las cuentas de la tienda conmigo, pero esa mañana no trabajamos muy en serio. Yo estaba medio riendo, medio llorando, y las cifras no me decían mucho. No me acordaba de por qué había tanto dinero suelto en septiembre ni de cuánto había costado cambiar la pata de un sofá. Le dije:

—Ay, Mary, a veces me llama *Bel-Gazou*.

CAPÍTULO XXIV



Nos despertamos sobresaltados. Los traqueteos y los zumbidos y las luces coloridas y parpadeantes de Flash Harry inundaron la habitación.

—Vamos a echarlo de menos cuando te vayas —dijo Bernard—. Ya le he cogido cariño a Flash Harry.

Luego salió de la cama calentita y se puso rápidamente su traje perfecto, que incluso sacudió en la oscuridad. Siempre volvía a Richmond temprano porque en mi casita no había un baño con todas las comodidades.

Me incorporé en la cama y dije:

—¿A qué te refieres, Bernard? No voy a irme de aquí.

Él respondió con voz tierna:

—Sigue durmiendo, cariño. Lo hablamos mañana.

Volví a dormirme y, al despertar y verme sola, no recordaba muy bien lo que me había dicho. Estiré el brazo buscando a Bernard, pero solo encontré su pañuelo debajo de su almohada; un pañuelo precioso, hecho a mano, muy elegante.

Vino a recogernos el sábado por la tarde y, por una vez, estábamos listas. Casi siempre había un cliente de última hora o una llamada de teléfono que se alargaba, o el jardín pendiente de regar: esa primavera era muy seca (fría, pero seca) y en el parque Green había zonas con solo tierra. Cuando llegamos a casa de los Forbes, Johnny nos esperaba a lomos del oso, igualito que solía hacer Marline. La cuidadora holandesa estaba con él, sonriente y absorta, y no vi ni un indicio del enorme follón que se había armado unos días antes. Confiaba en que pudiésemos convencerla para que se quedara: no tenía cuerpo de volver a enfrentarme a la señora Vic.

Empezó como un fin de semana habitual, pero después de la cena pasamos a la sala de estar y nos quedamos hablando, en vez de poner música. Lo que al principio parecía una conversación inocua sobre el jardín, lo que debía plantar el jardinero y cosas por el estilo, no tardó en pasar al

matrimonio. Allí estábamos, en nuestros elegantes sillones, hablando del matrimonio. El único obstáculo que veía Bernard era que tendría que dejar la tienda.

—Pero te lo compensaré con creces, cariño mío. Te daré acciones de la galería, y puedo nombrarte para algún cargo de dirección, si quieres; a media jornada, claro está. Así tendrías una ocupación y me echarías una mano. Curiosamente, Gertrude, que siempre me ayudaba muchísimo, se negaba a aceptar un cargo de dirección. Decía que quería tener libertad a la hora de ayudar, no estar atada. En eso se parecía mucho a ti.

—No es solo por la tienda, Bernard —respondí—. Es por el amor o, mejor dicho, la ausencia de amor. Estoy enamoradísima de ti, pero tú no me quieres, y eso me colocaría en tremenda desventaja, ¿no te parece?

—Claro que te quiero —exclamó Bernard, un tanto indignado—. A lo mejor no estoy «enamorado», pero te quiero y lo sabes. —Se levantó del sillón, se acercó y, abrazándome, me besó con mucha ternura. Era la primera muestra de cariño que me daba en esa casa, y noté claramente que me estaba ganando.

Cuando volví a Twickenham el lunes por la mañana, nos habíamos prometido para casarnos al cabo de unos dos meses. Bernard estaba muy tranquilo y hablaba de ir de luna de miel a Madrid, pero yo me sentía rara y toda temblorosa por dentro. Casarse con Bernard no tenía por qué ser una decisión difícil de tomar: era una oportunidad fabulosa para una chica como yo. Quizá me estuviese quedando estancada con mi tiendecita y mi vida tranquila, y tampoco era un gran futuro para Tommy. Me la imaginé viviendo en esa casa preciosa, con Bernard de padrastro, pudiendo beneficiarse de una educación cara, de la música —a Tommy le encantaba la música—; quizá incluso montando a caballo. No podía ofrecerle gran cosa por mí misma, solo intentar hacerla todo lo feliz que estuviera en mi mano. Miré a mi alrededor. El sol entraba por el escaparate precioso, pero ¿no había demasiado polvo? Además, casi la mitad de los artículos de la tienda no se pasaban de bonitos: el orinal eduardiano, por ejemplo; la aparatosa mesa de comedor con hojas inestables, o la colección de mangos de paraguas no demasiado antiguos, ¿acaso le servirían a alguien? En la tienda también había piezas exquisitas, por supuesto, pero ¿merecía la pena acabar siendo una vieja solterona por ellas? Tenía casi veintisiete años, una cicatriz en la cara y una hija ilegítima. Si no me aclaraba las ideas y me casaba pronto, no me casaría nunca.

No le conté a Mary que había cambiado de opinión sobre la boda con Bernard porque sabía que podría hacer que me retractase en menos que canta

un gallo. Así pues, esperé unos días hasta que la decisión estuviese más consolidada y me hubiera hecho a la idea. Pero sí llamé a mi madre: al menos ella se alegraría.

—No te habrás metido en un lío, ¿verdad? —me soltó en cuanto oyó mi voz.

—No es un lío exactamente —respondí yo—. Voy a casarme y he pensado que te gustaría saberlo.

Hubo una larga pausa.

—No será con el padre de la chiquilla, el brasileño ese o quien sea, ¿verdad?

Solté una carcajada.

—No, mamá, es con alguien que conoces.

Otra pausa.

—No puede ser Stephen: se ha casado con esa bailarina con la que le animaste a casarse. ¡Dios santo! ¿No será Bernard, Bernard Forbes?

—Sí, mamá, con Bernard Forbes —respondí—. Vamos a casarnos dentro de unos dos meses y estamos pensando en ir a Madrid de luna de miel. —Estaba disfrutando del momento.

—¿Y Tommy qué? ¿Va a acogerla a ella también?

—Pues claro —le respondí—, la quiere mucho. Los dos niños se criarán como hermanos. Ah, mamá, y Bernard me ha ofrecido un cargo de dirección en su galería.

La oí gritar: «¡Charlie, Charlie, ven!», y colgó. Imaginé que se pasarían al cabo de uno o dos días.

Fui a casa de Bernard un día a la hora del almuerzo para hablar tranquilamente con el servicio. Para mi sorpresa, cuando le dije que Bernard y yo íbamos a casarnos, la señorita May presentó su dimisión prácticamente en el acto. «Supongo que el señor Forbes no me necesitará si se viene a vivir aquí, no solo los fines de semana». Le garanticé que, aun así, queríamos contar con ella, pero pareció un poco titubeante y dijo entre dientes no sé qué de dos señoras en la casa. En cambio, la buena de la señora Hicks se alegró muchísimo, como Greta, que accedió a quedarse otros seis meses después de que me pasara un ratito convenciéndola. «Luego Johnny tendrá edad para ir al parvulario por las mañanas, y podrás ocuparte de los dos chiquillos sin ayuda», sugirió amablemente. Le dije que no sabía muy bien lo que estaba haciendo, salvo dejar la tienda. Me alegró muchísimo que recapacitara sobre su marcha; de lo contrario, quizá habríamos tenido que olvidarnos de nuestra luna de miel española. Iba a ser un viaje corto, con una mezcla de miel y

negocios, pero si se parecía lo más mínimo a nuestra visita a Bruselas serían los días más felices de mi vida.

A medida que pasaron los días me fui acostumbrando a la idea de casarme con Bernard. No hablábamos mucho del tema, de la boda, pero cuando salía los dos coincidíamos en organizar una ceremonia discreta en el registro civil. Había una oficina muy cuca en Richmond, con flores y todo, casi igual de bonita que una iglesia. También tenían un jardín donde se habían fotografiado cientos de novios e invitados. Pensé que el ambiente debía de estar impregnado por las sonrisas de las novias, mientras veía dos bodas distintas preparándose concienzudamente para las fotos. Había ido a inspeccionar el sitio sola, sin decírselo a Bernard.

Cuando le conté a Mary que al final iba a casarme con Bernard, sonrió y dijo que ya lo suponía. Aunque no le parecía bien, Mary creía que era algo por lo que debía pasar, aunque me aplastase, pero añadió:

—Ya sabes que esa puta galería no será lo mismo que nuestra tiendecita.

Esa palabra era impropia de ella. Decidimos que lo mejor sería que Mary alquilase la tienda, pues no tenía tiempo para llevarla. Luego me hizo una sugerencia muy interesante: ¿por qué no guardaba mis piezas favoritas en el sótano de Bernard? En realidad era un semisótano y no tenía nada de humedad. Más adelante quizá pudiera organizar las cosas y disponer de mi propio estudio allí abajo, algo muy privado. Tenía un gran baúl de roble, de la tienda de la señorita Murray, en el que podría meter mis piezas de porcelana favoritas y otros tesoros, y también una consola dorada que me encantaba, y un espejo de estilo Trafalgar colgado encima: una de las bolas de cañón del marco se había perdido, y el cristal estaba un poco descolorido, pero aun así era precioso. Además, en mi habitación tenía, a buen recaudo, doce platos antiguos de porcelana de Meissen. Eran demasiado valiosos para venderlos en nuestra tiendecita —también venían de la colección de la señorita Murray—, y los había guardado a modo de inversión. Echamos un vistazo a la tienda. Y el sofá estilo Regencia, ¿qué? Era un poco pequeño, pero muy bonito. ¿Y las dos sillas de comedor de caoba con los asientos a rayas?

—En algún sitio tendrás que sentarte —dijo Mary, riéndose. Eran suyas, pero se empeñó en que me las quedase, así como una mesa abatible victoriana que tenía en su casa.

Pero si hasta hacía un momento estábamos contentísimas, pergeñando nuestros planes, cuando quise darme cuenta estaba sentada en un estrambótico taburete hecho de cuernos de animales —un taburete incómodo como él solo, dicho sea de paso—, llorando como una Magdalena.

—Ay, Mary, ¿y si no me deja meter mis cosas en su queridísima casa? —dije—. A lo mejor piensa que la contamina, o que a Gertrude no le gustaría. Es muy raro en ese sentido. —Luego añadí, más animada—: Quizá tolere el baúl; tiene varios parecidos por la casa. En fin, a ver lo que me dice.

Mary apuntó, en tono cínico:

—Si no te deja guardar unas cositas de nada en su sótano antes de la boda, jamás te dejará después.

El domingo por la mañana, mientras Bernard estaba enredado en una larga conversación telefónica, fui a inspeccionar el sótano. Ya había bajado alguna que otra vez a hablar con Peter, el restaurador de cuadros, pero solo había estado en el taller donde trabajaba. También había un cuarto más pequeño en el que guardaba los marcos y el material de trabajo, un amplio vestíbulo, con varios arcones apilados en un rincón, y otra sala alargada que daba al jardín y en la que entraba bastante luz. Estaba casi vacía: solo había varios armarios empotrados, cajas de seguridad para documentos y algo de material fotográfico. El espacio era más que suficiente para las cosas que quería guardar y, llegado el momento, podía tener mucho potencial.

Ese mismo día, mientras estábamos tomando una copa de aperitivo, Bernard me obsequió con un anillo de pedida, un topacio rosado rodeado de diamantes. Era un anillo harto singular, y el regalo me emocionó y me gustó muchísimo. Casi parecía demasiado bueno para mis manos de trabajadora, deterioradas por la labor que hacía en la tienda. Soy de esas mujeres que prefieren trabajar sin protección: los guantes me agobian. Bernard no me puso el anillo en el dedo, como se supone que hacen los hombres: se limitó a entregarme el pequeño estuche de terciopelo y dijo que era un regalito de compromiso. Parecía muy avergonzado, y el momento no tuvo ni gota de ceremoniosidad.

Después de darle las gracias, y se las di de todo corazón, le pregunté si podría guardar mis cosas en el sótano, en la habitación de delante.

—Son solo algunos artículos y piezas de los que no quiero desprenderme —dije, nerviosa—. El baúl de roble, por ejemplo, es muy útil para guardar cosas; y también una docena de platos de Meissen, muy valiosos, que no tienen ni una desportilladura.

Se quedó pensativo.

—Hombre, no quiero que haya muchos trastos por aquí, espejos deslucidos con el marco dorado, cachivaches en urnas de cristal y cosas por el estilo, pero si me prometes que vas a guardarlo todo en el sótano, no tiene por qué pasar nada. Eso sí, que no sean muchas cosas.

«Lo cubriré todo con sábanas y lo dejaré apartadito en un rincón», pensé, y a Bernard le dije:

—Qué va, Bernard, son solo un par de sillas de caoba y lo que quepa en el baúl. Si lo dejo en la habitación de delante, que Peter no usa, no estorbará lo más mínimo.

Le pasé un brazo por la espalda y, aunque sonrió, no dijo nada.

Los domingos comíamos todos juntos, con los niños, Greta y la señorita May. Bernard se sentaba en el centro de la mesa, con Johnny a un lado y yo al otro. Esas comidas en familia no le hacían demasiada gracia, pero le daban ocasión de pasar más tiempo con Johnny y estrechar lazos con el servicio. La señorita May presidía, como si fuese la anfitriona, y yo la ayudaba: ponía la mesa, preparaba las salsas y, bastante a menudo, el postre. Ese día había hecho el postre, pastel de limón con merengue, uno de los favoritos de los niños. Mientras lo estaba sacando del frigo, la señorita May reparó en el anillo y exclamó:

—¡Ay! ¿Es su anillo de pedida? ¿Puedo verlo?

Dejé en la encimera la tarta, un poco helada, y le mostré la mano izquierda con orgullo. Ella examinó detenidamente el anillo y dijo:

—Es de segunda mano, claro, pero es una monada. Eso sí, hay que hacer algo con esas manos. No están para llevar un anillo como ese, ¿eh?

Miré a la señorita May a la cara y, al ver que me aborrecía profundamente, me dije: «Cuando vuelva de la luna de miel te voy a dar pasaporte».

CAPÍTULO XXV



En Madrid hacía mucho calor, más del que esperábamos para ser junio. Pero a veces, estando a la sombra, un viento frío y sigiloso llegaba doblando las esquinas. Nuestro hotel tenía un gran patio con una fuente borbotante en el centro, y los huéspedes ocupaban las mesitas a la sombra, debajo de los pórticos. Yo nunca había estado en España y me había imaginado que los españoles serían hombres de cara morena y seria debajo de su sombrero negro, quizá con un bigote alargado. Sin embargo, mi imaginación llevaba muchos años anticuada, y tampoco había señoras incordiando al aire caliente con sus abanicos. Las personas que veíamos por la calle apenas se diferenciaban de la gente del norte, salvo en que eran más morenas y vestían con más formalidad; pero había un delicioso aroma a café, a vainilla y a puros, con un toquecito de *brandy*, saliendo de los bares, donde los hombres charlaban con sus amigos en las mesas. Las mujeres entraban y salían a toda prisa de las tiendas, taconeando, o paseaban tranquilamente con sus amigas, todas vestidas a la moda y con mucho esmero; y las señoras de mediana edad, ya rechonchas, pero aún con buen cuerpo, casi parecían orgullosas de su exceso de carne, y surcaban las aceras como cisnes.

Solo íbamos a pasar seis días completos en Madrid y Bernard tenía unas cuantas reuniones de trabajo, así que había que organizarse muy bien. La visita imprescindible que queríamos hacer era la del Prado. Nos abrumó un poco, aunque Bernard ya sabía a lo que iba. Yo me las apañé para volver otra vez mientras el pobre estaba reunido con un socio importante, hablando de negocios en una mezcla de francés, inglés y español rudimentario. Los dos habíamos aprendido un poco de español con Isabel y Catalina, pero no llegamos muy lejos; y, aunque Bernard había estudiado mucho en las últimas semanas, tampoco le bastó. Creo que no poder hablar en español como es debido le incomodaba; creía que le quitaba dignidad. Felizmente, contábamos con un tal señor Castillo que sabía inglés a la perfección y al que le chiflaba

hablarlo. Era un hombre encantador, generoso y amable, con un sutil sentido del humor. Nos llevó a Toledo en su coche inglés importado y pasamos unas horas allí, aunque me habría quedado semanas en aquella ciudad antigua y orgullosa, encaramada a su colina y rodeada casi por completo por el río Tajo. La arquitectura era tan impresionante que por poco se nos olvida ver los cuadros del Greco.

El domingo me moría de ganas de visitar el Rastro, el famoso mercadillo del que nos había hablado nuestro amigo. Decía que allí se podía comprar de todo: tallas de ángeles, organillos, arañas de cristal, muñecas antiguas, muebles y tantas otras cosas que me encantaban; sin embargo, cuando se lo propuse a Bernard, mientras desayunábamos en la cama, se negó de plano.

—¿Cómo? ¡¿Y pasar este día precioso entre las pulgas^[4]?! Ni por asomo. Vamos al Retiro, que casi no lo hemos visto. Mira, propongo que alquilemos una barca y te doy un paseo por el río o el lago; no sé muy bien qué es, pero te va a encantar. Mucho mejor eso a que nos robe la cartera algún pulgoso.

Así que fuimos al Retiro, un parque precioso, más grande que Hyde Park, creo. Al principio nos encantó mezclarnos con la gente, pero luego paseamos a solas, como quien dice, entre los árboles y por la rosaleda. Acabamos llegando a un bar al lado del estanque y nos sentamos a tomar una cerveza helada viendo a la gente en las barcas. Me recordaba mucho a un cuadro de Renoir y, mientras Bernard remaba en nuestra barca alquilada, era como si nosotros también formásemos parte de la obra. Nunca había visto a Bernard tan despreocupado como ese día. Éramos como los típicos recién casados, nos besábamos debajo de los árboles y no hubo ni rastro de Gertrude.

Nos marchábamos de Madrid el lunes a la hora de comer, pero antes hicimos una visita rápida a El Escorial. El señor Castillo pasó a recogernos muy temprano, diciendo que no podíamos irnos de Madrid sin verlo. Temíamos llegar tarde al aeropuerto por culpa de la visita, pero esa ligera preocupación mereció la pena, aunque no entramos en el edificio y solo estuvimos unos minutos en la basílica. Paseamos por los jardines y vimos desde diferentes perspectivas el monasterio, un edificio precioso, construido con un estilo muy simple, dórico, creo que se llama. Llevaba casi cuatrocientos años en pie, pero se conservaba a las mil maravillas; y, a pesar de ser inmenso y austero, resplandecía con dulzura bajo los rayos del sol matutino.

Llegamos tan temprano que éramos casi los únicos visitantes y pudimos deambular tranquilamente por allí. El aire fresco y purísimo nos abrió el apetito, así que nos acercamos en coche a un bonito pueblo en la falda de la

montaña y desayunamos café, panecillos y melocotones. Me pareció un sitio precioso para vivir, pero el señor Castillo nos dijo que, aunque en verano era un destino popular entre los madrileños, en invierno hacía un frío atroz. Cuando nos alejábamos, miré por última vez y tuve la extraña corazonada de que algún día volvería, y de que para entonces estaría sola. Supongo que la mayor parte de nosotros tiene corazonadas por el estilo, y que a veces se cumplen, pero no me gustaba pensar que estaría sola cuando volviese.

El señor Castillo (ahora que nos habíamos hecho amigos lo llamábamos Eduardo) nos llevó al hotel para recoger nuestro equipaje y luego al aeropuerto, y al despedirnos me regaló un gran ramo de flores variadas. Debía de tenerlo guardado en el maletero del coche, y se alegró mucho al ver mi sorpresa. También le compró puros a Bernard, pero nosotros no teníamos nada para él, así que lo invitamos a pasar unos días en Richmond y pareció gustarle la idea.

Cuando llegamos a casa los niños estaban tomando el té con Greta en el jardín: dimos un fuerte abrazo a nuestros respectivos hijos y besamos sus caritas manchadas de miel. Había regalos que repartir y noticias que recibir, y para Bernard una enorme pila de cartas, que se llevó a su estudio. Luego subí al piso de arriba y, con la costumbre, abrí la puerta de la habitación que siempre había compartido con Tommy. Encontré montañas de maletas con mi ropa, que Mary había traído. Todos mis vestidos y mis abrigos estaban colgados en el armario, y alguien había colocado mi camión encima de la cama y mis zapatillas, un tanto raídas, debajo. Pero estaba demasiado cansada para deshacer las maletas esa noche y la luz molestaría a Marline: solo me llevaría lo necesario para esa noche a la habitación de Bernard.

Cogí unas cuantas cosas, crucé el rellano y entré en la habitación grande. La maleta de Bernard ya estaba abierta, y las prendas desperdigadas sobre la cama. Una tristeza atenzadora se apoderó de mí a medida que me acerqué lentamente al enorme armario y, al abrir la puerta, vi lo que sabía que vería: la ropa de Gertrude, colgada de una forma casi amenazante, como si fuese de cemento. Abrí los cajones y vi su ropa interior bordada a mano, prendas exquisitas que jamás habrían salido de una cadena de tiendas. Eran de la talla de Charlotte, ¿por qué no se las habría llevado? Allí estaba también, colgada de su percha, la bata azul recién lavada, posesiva. Busqué tímidamente en los bolsillos y encontré un pañuelo limpio y bien doblado en uno y un peine de carey con incrustaciones de plata en el otro. Como me sentí una fisgona, saqué las manos de la prenda suave y azul y me las limpié en la falda; luego bajé lentamente al estudio de Bernard.

No permitía que lo molestasen cuando estaba allí, pero yo entré y lo molesté. Lo encontré en su escritorio, empuñando con su mano preciosa la pluma dorada que le había regalado por nuestra boda. Estaba tan orgullosa de sus manos como si fuesen las mías.

—Oye, Bernard, ¿dónde se supone que duermo? —dije en tono de reproche—. La habitación está llena de las cosas de Gertrude y no queda sitio para poner nada. ¿Por qué no se las diste a Charlotte o las donaste? ¿Eres consciente de que llevan casi tres años ahí?

Me miró como si fuera un ser despreciable.

—¿Me estás diciendo que dé la ropa de mi mujer a una organización benéfica? ¿Al Ejército de Salvación, algo así?

—Eso ya depende de ti —dije, valiente—. También podría venderse y donar el dinero a su ONG favorita. Le gustaba la gente de Greenpeace, ¿te acuerdas?

Soltó la pluma dorada como si le quemase y dijo:

—Sé lo que le gusta y lo que no le gusta a mi mujer, y ten por seguro que no quiere que todo quisque lleve su ropa. Vete, haz el favor; mañana resolveremos esa cuestión de manera racional. Te noto muy agresiva, Bella. Me imagino que estarás exhausta.

Despachada, salí del estudio y vi la espalda rectísima de la señorita May perdiéndose furtivamente en la cocina, y mientras subía las escaleras la oí decir: «Buenas noches». Me dirigí a la habitación que había compartido con Marline casi cuatro años. Estaba dormida en su camita pegada a la pared (a veces la llevábamos al cuarto de Johnny, pero normalmente dormía conmigo). Había dejado mis cosas para la noche en la cama de Bernard, ¿o debería decir «la cama de Bernard y Gertrude»? No tenía el valor de volver a entrar en aquella habitación macabra esa noche, así que saqué otro camisón de una maleta que había preparado una semana antes llena de esperanza, me desvestí y me metí en la cama. Echaba de menos mi pequeña habitación encima de la tienda.

En plena noche vi a Bernard al lado de mi cama y casi me asustó, tan alto, a la luz de la luna. Se inclinó para darme un beso en la frente, como un padre, y dijo:

—Lo siento, Bella, mañana hablamos de la cuestión de la ropa, y también de las habitaciones. alguna solución encontraremos, cariño. —Luego colgó algo en el respaldo de una silla y dijo—: Te has dejado esto en mi cama. —Y se fue. Era mi camisón.

Coincidimos en el desayuno, como si no hubiera pasado nada, y la señorita May no dejaba de dar vueltas para cerciorarse de que teníamos de todo. «¿Le falta algo, querida?», me preguntó con voz socarrona, y yo le aseguré que no. En cuanto oí a Marline en la cocina me levanté rápidamente de la mesa y dije que tenía que prepararla para ir al colegio, en Twickenham. Sin embargo, Bernard dijo que esa mañana no podría llevarla porque tenían que venir a la casa a entregar algo importante.

—Ya se ha perdido una semana, por un día más no se va a morir —añadió en tono despreocupado, y siguió saboreando su tostada integral hasta que sonó el timbre de la puerta principal y la señora Hicks vino a decirnos que alguien preguntaba por mí, y que no iba a entrar.

Me dirigí a la puerta seguida de Bernard. Él tenía una sonrisilla en la cara, y el conflicto de la noche anterior parecía haberse desvanecido. Al lado del oso había un hombre con pinta de mecánico que preguntó si era la señora Forbes (creo que esa fue la primera vez que me llamaron así). Dijo que venía a entregar el coche y Bernard y yo lo seguimos hasta la verja; y allí, en la calle, vimos el pequeño Fiat color limón, regalo de boda de Bernard. El hombre me entregó las llaves y unos papeles y se marchó: el coche era mío. No había conducido desde el accidente —aunque en ese momento yo no iba al volante—, pero ese cochecito parecía tan afable e inocuo que pensé que, con un poco de práctica, nos entenderíamos muy bien. Bernard me dijo que mirase entre los papeles, y encontré un recibo para seis clases de autoescuela, un curso de reciclaje, según dijo. Marline se montó en la parte de atrás y dimos una vuelta al parque; conducía Bernard, pues yo no tenía ni carné ni seguro. No había querido un coche desde el accidente, pero ahora que tenía ese Fiat tan mono estaba contentísima. No podía dejar de darle las gracias a Bernard.

Al caer la tarde, pasamos a la sala de estar un tanto cohibidos, con las prendas de Gertrude como un nubarrón entre nosotros. Éramos incapaces de sacar el tema, así que hablamos de la galería. Bernard creía que debía ir un par de veces por semana y ver si me gustaba: un día en la oficina y otro en la galería. Me dijo que la señorita Rose, una mujer judía, me ayudaría en todo lo posible, y añadió, con voz afable:

—A lo mejor acabas dedicándote a la galería con la misma entrega que a tu tienda.

Sorprendida, exclamé que eso era imposible, que no sería mía.

—No, sería nuestra —respondió Bernard en tono frío; noté que eso le había dolido.

—Sí, claro —rectifiqué al punto—, se me había olvidado. Lo había concebido como una especie de trabajo, no como algo en lo que estamos comprometidos los dos. —De pronto no pude soportarlo más, me eché en sus brazos y hundí la cara en su hombro, aunque sabía que no le gustaba que lo tocasen inesperadamente—. Bernard, querido —le dije entre lágrimas—, ¿qué vamos a hacer con la ropa y las cosas de la pobre Gertrude? No podemos permitir que nos amarguen la vida.

CAPÍTULO XXVI



Al final llegamos a un acuerdo, imperfecto, pero bastante razonable, en el que los dos tendríamos que ceder un poco y adaptarnos. Bernard accedió a que todas las cosas de Gertrude se guardaran en arcones, que llevarían una lista con su contenido en vez de una etiqueta, y llegaron tres de la galería, acompañados de la señorita Rose, encargada del cometido. Llevaba muchísimos años trabajando para Bernard y confiaba en ella; además, era la persona indicada para encargarse: fiable e imparcial. Yo había coincidido con ella un par de veces en la oficina de Bernard, pero esa fue la primera vez que hablamos de verdad; y me cayó bien, la respetaba. Más adelante me ayudó muchísimo cuando trabajé en la Galería Forbes. Puede que la obsesión de Bernard por su mujer muerta le pareciese rara, pero nunca lo dijo. No fisgoneaba ni se regodeaba en el asunto, a diferencia de la señorita May.

Era evidente que Bernard no quería compartir el lecho conyugal. Sentía que, en cierto modo, le estaba siendo infiel a Gertrude, y le resultaba casi imposible acostarse conmigo en la casa en que habían sido tan felices. En esa casa yo no era su mujer, era su pequeña protegida, y ser la protegida día y noche se volvió un enorme peso con el tiempo. Además de la adoración que le profesaba, también sentía un fortísimo amor físico por Bernard: el mero hecho de ponerle la mano en la cara me abrumaba hasta tal punto que los ojos se me llenaban de lágrimas.

La gran cama tallada en que Bernard y Gertrude habían dormido toda su vida de casados, el lecho en que Gertrude había muerto, se desmontó y se bajó al sótano —por suerte no a la habitación donde guardaba las cosas de la tienda—, y en nuestro dormitorio se instalaron dos camas modernas con elaborados cabezales. No sé quién las eligió —eran muy poco propias de los Forbes—, pero resultaron extraordinariamente cómodas. El acuerdo al que llegamos y del que casi nunca hablábamos fue que Bernard podría dormir en su vestidor sin que yo se lo echase en cara. De vez en cuando me pedía que

durmiera con él, pero la faceta sexual siempre se frustraba por culpa de su obsesión por Gertrude: era como si estuviese en la habitación. Sugerí que nos mudásemos de casa, pero él dijo que era incapaz de dejarla y que quería que Johnny creciese en la casa de su madre. Como si creyera que la esencia de Gertrude hubiese impregnado las paredes y pudiera influir en su hijo.

Me parecía una lástima que nos costase tanto hablar de nuestros problemas, sobre todo a Bernard, que era un hombre muy introvertido y odiaba reconocer que algo iba mal. Sin embargo, cuando afrontamos las dificultades y nos adaptamos a ellas, la vida en pareja fue mucho más sencilla y a veces incluso feliz. Disfrutábamos de nuestros hijos, de vez en cuando recibíamos visitas de amigos a los que luego devolvíamos la visita, y a mí me interesaba bastante la galería, aunque mi trabajo consistiera principalmente en escribir cartas comerciales en francés. La señorita Rose me ayudaba a mejorar o se quedaba en su mesa de la sala principal, al lado de la entrada, repartiendo catálogos y cosas por el estilo. El joven y elegante ayudante de Bernard era el principal encargado de hablar con los clientes. Se ponía muy animado cuando hablaba de cuadros, pero, por lo demás, era un poco frío.

En esa época la galería estaba bastante tranquila, solo había exposiciones conjuntas, pero la señorita Rose dijo que cuando acabase el verano empezarían las exposiciones individuales con pases privados, que eran como cócteles, a las que iban críticos y famosos. Ella hacía todo lo posible por fomentar mi interés, y a mí me gustaban los cuadros, pero la galería me parecía un pelín sosa en comparación con mi alegre tiendecita. Para empezar, las compras y las ventas propiamente dichas eran discretísimas. Además, aunque era verano, tenía que llevar medias sofocantes y zapatos de vestir; ni hablar de vaqueros, huelga decirlo; nada cómodo, así que llevaba un vestido gris plateado de falda estrecha con el que me costaba horrores sentarme. No obstante, solo iba a la galería dos o tres veces por semana, pero me agradaba que Bernard quisiera que estuviese allí con él, sobre todo cuando me presentaba a sus colegas como su mujer. Estaba orgullosísima de tener un marido así. Los días en que me quedaba en casa se pasaban volando. Aunque Greta cuidaba de los niños la mayor parte del tiempo, libraba algunos días y yo la ayudaba, sobre todo ahora que el colegio de Marline había cerrado por vacaciones. A veces llevaba a los niños en mi cochecito a pasar el día por ahí; una vez fuimos a la playa, y la piel blanca de Johnny se quemó con el sol. Bernard se enfadó mucho y me dijo que solo estaba acostumbrada a cuidar de negritos, que no se me podía dejar con niños blancos de piel delicada. Decir eso era muy poco propio de él, y al día siguiente, cuando la piel del chiquillo

ya no estaba roja, se mostró muy arrepentido y, por supuesto, lo perdoné. No obstante, aquellas palabras que había dicho en un arrebato de rabia se me quedaron clavadas como una espina, por más que intentara olvidarlas.

El coche me cambió la vida, y no poco. No lo usaba para ir a la galería porque iba con Bernard y aún no tenía confianza para conducir por el centro de Londres, pero era utilísimo para ir de compras, visitar al puñado de amigos que me quedaba y llevar a Marline al colegio en el período lectivo. Pero lo mejor fue que me dio más seguridad en mí misma. Supongo que me sentía como mi madre con su Rover rojo.

En aquella época no la veía mucho porque el señor Crimony estaba enfermo, muy enfermo, y el pobre hombre estaba en la lista de espera para operarse; sin embargo, sí que había venido a nuestra sencilla boda en el registro civil —no se la habría perdido por nada del mundo—, y la oí decir al señor Crimony, con su brusquedad habitual: «Vaya un momento que has elegido para ponerte enfermo, viejo tontorrón». Iba todo de negro y no salió del coche; y ninguno de los dos se quedó a la comida de celebración, en un restaurante francés de la zona. Así pues, aparte de nosotros, solo vinieron los dos testigos, colegas de trabajo de Bernard, Mary y Peter. Peter estuvo particularmente callado ese día. Mary, por su parte, estaba muy alegre al principio, pero al final de la comida las lágrimas resbalaban por su carita puntiaguda. Dijo que el champán siempre la hacía llorar y, cuando nos marchamos al aeropuerto, estaba riéndose otra vez.

Pobre señor Crimony. Mi madre lo llevó un día a ver la casa antes de que volviese al hospital para su segunda operación. A Marline le encantó reencontrarse con su señor Chimney, le enseñó el jardín y le dejó que la viese dar de comer a las urracas, a las que se había pasado todo el verano domesticando. Cuando el macho se posó en su hombro y cogió de un picotazo la comida que ella se había puesto en los labios, al anciano le pareció peligroso, y reconozco que al principio a mí también. Pero las urracas parecían de la mayor confianza, dejando aparte que eran unas ladronas. Cuando el último polluelo saliera del nido —solo habían nacido dos—, mi intención era buscar a fondo el gemelo dorado de Bernard. Tenía la certeza de que estaba en ese nido abovedado.

Mi madre le enseñó al señor Crimony toda la casa y, aunque les llevó un tiempo y parecía exhausto, creo que disfrutó de la visita: le gustaba pensar que ese sitio tan elegante «formaba parte de la familia». Vio al pequeño Johnny en su cuarto y dijo que le parecía un chiquillo muy apañado, «pero no tiene ni punto de comparación con nuestra Tommy».

Cuando estábamos en la mesa del comedor, mi madre cogió una cuchara de plata grande, la sopesó, como calculando su valor, y dijo:

—Tengo que reconocer que te ha ido muy bien para lo que eres, Bella. Nunca lo habría dicho.

—A mí no me sorprende —intervino el señor Crimony—. Bella siempre ha sabido lo que quería. Si se hubiese quedado en mi tienda de carbón, ¿qué habría sido de ella?

—Me imagino que seguiría en la tienda de carbón —respondí entre risas.

Apenas una semana después, el señor Crimony murió en la segunda operación.

CAPÍTULO XXVII



El primer día del nuevo trimestre llevé a Marline al colegio. Luego volví para hacer algo que solo podía hacer cuando ella no estuviese en casa: buscar el gemelo de Bernard en el nido de las urracas. Cogí una pequeña escalera y una pala de juguete y me dirigí al claro del enebro. Fue un alivio ver que no había ni rastro de las urracas; apoyé la escalera en el cerezo y subí. Comprobé que la pala, por pequeña que fuese, era inútil; se necesitaba algo flexible, una mano, por ejemplo, así que lancé la pala al suelo, metí la mano por el hueco del nido abovedado y saqué todo tipo de porquería: excrementos de pájaro, plumas sucias y unos cuantos huesecillos, un collar de cuentas de niño, envoltorios de dulces y, al fin, el gemelo de oro. No le había hecho absolutamente nada al nido, solo una limpieza a fondo, pero un ave enfadada apareció de repente y empezó a atacarme, haciendo unos ruidos espantosos. Pude apartármela de la cara, pero me arañó la mano con su pico negro y duro, y cuando llegué abajo ya tenía dos aves encima. Seguí oyendo sus graznidos estridentes y agresivos mientras corría hacia la casa.

Unas horas después, cuando volví por la escalera, la urraca macho apareció con actitud amenazante y, desde entonces, las *elsters* de Gertrude no volvieron a confiar en mí. Bernard, eso sí, se alegró de recuperar el gemelo.

Johnny ya tenía casi tres años y estaba muy mimado por Bernard y Marline; supongo que todos lo mimábamos, en cierto modo, pues Bernard insistía en que siempre debía salirse con la suya. Si quería comer con el plato del revés, teníamos que permitirselo; si lloraba cuando era hora de acostarse, podía quedarse despierto todo lo que quisiera, y entonces acababa durmiéndose en la moqueta. Podría haber sido mucho peor, pero era un niño obediente por naturaleza, sobre todo cuando su padre no estaba. Le sugerí a Bernard que lo apuntase al parvulario por las mañanas, pues había uno para menores de cinco años cerca de casa. Aceptó a regañadientes y, los primeros días, Johnny se lo pasó pipa. Les cogió mucho cariño a los demás niños y no

fue nada tímido, en contra de lo que yo creía. Hasta que, una mañana en que estaba cansado porque se había quedado despierto hasta las tantas la noche anterior, se echó a llorar al ver a Bernard y le dijo que no quería ir. Bernard lo cogió y dijo:

—Pobrecito mío, no tienes que ir si no te gusta. Volveremos a intentarlo cuando seas mayor.

Y ahí se quedó el parvulario por el momento.

Aún no habíamos hecho nada para sustituir a Greta, cuya marcha estaba prevista para finales de octubre. Le había ofrecido un aumento de sueldo si se quedaba un poco más, hasta Navidad o así, pero ya tenía decidido volver a casa. A la que quería echar era a la señorita May, no a Greta, con quien había trabado amistad. Casi no la necesitábamos —a la señora Hicks, ya mayor, tampoco—, era una preguntona y parecía interesarle mucho la cuestión de las camas, así que yo movía las sábanas para que pareciese que Bernard dormía en la de al lado, y no en el vestidor. Lo hacía solo los lunes, el día en que ella cambiaba la ropa de cama cuando yo salía de casa. Y un lunes, justo cuando me disponía a salir —Bernard ya estaba esperando en el coche—, la señorita May me agarró del brazo, con más confianza de la cuenta, y dijo:

—Espero que no me haya hecho trampas con las sábanas, señora Forbes. No hace ninguna falta: sé que su marido duerme en su vestidor.

Me zafé de un tirón, pero no dije nada; me limité a salir de la casa con expresión afectada, imagino. Oí a Bernard decir: «Venga, cariño, que vamos con retraso», pero en cuanto vio mi semblante al abrirme la puerta del coche preguntó: «¿Qué ha ocurrido? Te noto enfadada por algo», y me pasó un brazo por la espalda con gesto cariñoso.

Le conté lo que acababa de decirme la señorita May y le pregunté qué le parecía si la echaba, pues en algunas ocasiones era desagradable a más no poder. Coincidió conmigo en que ya era hora de que se marchase, y se ofreció a echarla él esa misma tarde, pero le respondí que prefería hacerlo yo. Lo hice tan bien que se marchó a la mañana siguiente, y no se dijo ni una palabra del mes de antelación con el que tenía que avisar cualquiera de las partes.

El despido de la señorita May fue lo que motivó que dejara el trabajo en la galería. El plan era que fuese una pausa temporal, hasta que encontráramos a la persona indicada para ayudar en casa, pero poco a poco se volvió permanente. Sí que iba a algunos pases privados y echaba una mano ocasionalmente cuando la señorita Rose faltaba, pero ya está.

A finales de octubre, justo antes de que Greta volviese a Holanda, fuimos a coger manzanas al bosquecillo. Había un pequeño manzano con frutos

ácidos y grandes y otro árbol más grande, con manzanas de la variedad Blenheim Orange, con un aspecto y un sabor extraordinarios, como su nombre. Para mi sorpresa, Peter dejó su lupa y sus cuadros y vino con nosotras. Él trepaba a los árboles con la cesta en el brazo, pero Greta y yo usábamos una escalera. En el colegio de Marline era día festivo, así que también estaba por allí trepando como un mono. A Johnny, que tenía solo tres años, había que subirlo y bajarlo de vez en cuando, con sumo cuidado, para que cogiese alguna manzana; por lo demás, se quedaba sentado en la hierba o se dedicaba a recoger la fruta caída. Hacía un día de otoño perfecto, y aprovechamos la recolecta de manzanas —la selección, mejor dicho— para hacer un pícnic debajo del árbol.

Desde que conocía a los Forbes, y desde que había pasado a formar parte de la familia, casi nunca vi a Peter fuera de sus lugares de trabajo: un estudio bastante grande en el piso de arriba, donde pintaba y restauraba, y un taller en el sótano, donde enmarcaba cuadros, entre otras actividades. Trabajaba con una pequeña lupa encajada en el ojo, como un monóculo, y ya casi lo veía como un rasgo más de su cara pálida y sosegada. Cuando volvimos a la casa con las manzanas, me ayudó a guardarlas en la habitación donde tenía mis cosas. Aparté las sábanas que cubrían como mortajas mi tesoro, para enseñárselo, y desde entonces nos hicimos muy amigos.

Le gustaban las antigüedades casi tanto como a mí. En su tiempo libre, tuvo el detalle de decorar la habitación, pintándola toda de blanco, menos el techo, de color aguamarina, por lo que tenía la sensación de estar en un acuario. Cubrimos el suelo de madera áspera con una moqueta terracota clara, único lujo que me había permitido hasta entonces. Luego Peter descubrió una bonita chimenea que habían tapiado, y la habitación dejó definitivamente de parecer un sótano. Cuando colocaron los muebles, se transformó en un lugar mágico. Bernard no estaba al tanto de aquello, y a veces se preguntaba por qué Johnny, al que le gustaba jugar en la que llamaba «casa de Bella», le tiraba de la mano intentando que bajase al sótano con él. Si hubiese mirado por las ventanas del sótano, habría visto la preciosa casa de Bella en todo su esplendor, y su sillón favorito esperándolo, pero Bernard no era de esos hombres que miran en el sótano, y yo tampoco tenía claro si quería que lo hiciese. Me habría encantado verlo en su sillón y sentarme a sus pies, como hacía antes, mientras me acariciaba el pelo; pero ya nunca nos poníamos así. ¿Sería distinto en casa de Bella? Me dije que prefería no saberlo.

Poco después de la marcha de Greta contraté a una cuidadora de día, la mujer de un policía que había trabajado de niñera antes de casarse; Jenny, se

llamaba. Tenía un horario flexible y estaba dispuesta a quedarse hasta tarde cuando salíamos, una vez a la semana como mucho. Las demás noches, si no habíamos invitado a alguien a cenar, oíamos música, leíamos o veíamos la televisión. Ya no hablábamos tanto como antes, y me parece que fue más o menos entonces cuando Bernard perdió el interés por educarme. No obstante, era un marido bueno y generoso, y quería que fuese feliz. Le entristecía que no estuviese bien, así que muy a menudo fingía ser más feliz de lo que era. A veces abrigaba la esperanza de que Gertrude se estuviera desvaneciendo de la casa, porque había dejado de hablar de ella como si aún viviese.

Una mañana de otoño me acerqué en coche al parque Green y, al ver las hojas caer de los castaños, me acordé de cuando las observaba por la ventana de la tienda, imaginándomelas como guantes dorados caídos del cielo. Ahora miraba desde el otro lado del escaparate, y dentro, en vez de antigüedades, había tubos de pintura, cuadernos de dibujo y lienzos en blanco, y pinceles y libros de arte. Mary ya me había dicho que ahora era una tienda de arte, pero en realidad no lo había asimilado; en efecto, al ver los cambios sentí cierta impresión y rencor. Vi al dueño de la tienda, un hombre de cara rosa y caída con nariz de cerdo, envolviendo con mimo un paquete cuadrado, y luego metiendo dinero en la caja registradora. Yo no tenía caja registradora, solo una caja metálica negra. De repente el rencor desapareció, y esperé que al bueno de Mejillas Caídas le fuese muy bien en su tienda, mucho más indicada para vender material artístico. Ahora el local era completamente impersonal y no tenía nada que ver conmigo. Esa etapa de mi vida había acabado, pero en la casa de Bella aún conservaba mi colección, a la que añadía piezas de vez en cuando.

Después de Navidad, Marline cambió de colegio y empezó a ir a uno muy caro, donde los niños iban de uniforme, nada estricto y muy bonito. Se quedaba todo el día y parecía gustarle, porque hizo amigos y los invitaba a tomar el té en casa. También se celebraban muchas fiestas de cumpleaños, y me daba la impresión de estar comprando continuamente regalos para niños a los que no había visto en mi vida; pero seguía cobrando la pequeña renta de la sociedad de préstamo inmobiliario y no tenía dónde gastar el dinero, salvo en Marline y en mi colección del sótano. El señor Crimony nos había dejado en herencia mil libras a cada una, que ingresé inmediatamente en nuestras respectivas cuentas de ahorros. El resto de su dinero fue a mi madre, que ahora era una mujer pudiente y dejó su trabajo en la agencia de viajes. Aquello fue un error, pues ahora que no podía mangonear al señor Crimony llevaba una vida muy solitaria; además, me imagino que también

mangonearía al personal en la agencia, y debía de echarlo de menos. Empezó a venir a verme al menos una vez por semana, casi siempre a tomar el té, cuando Marline volvía del colegio. Se llevaba extraordinariamente bien con ella, y, ahora que tenía superada la conmoción inicial por su color de piel, creo que no la habría cambiado por una nieta blanca. También le había cogido cariño a Johnny y, cuando se presentaba la ocasión, le decía a la gente que era su abuela.

Al ver lo mucho que disfrutaba con sus nietos, le pregunté por qué me había odiado tanto de niña. Con mucha franqueza, me respondió que era porque le recordaba a mi padre y representaba una deshonra.

—Mira —me dijo en tono triste—, nos casamos de penalti, como suele decirse. Todo fue muy humillante. Por aquel entonces, dar a luz seis meses después de la boda era horrible; claro que estaba resentida contigo, y también con tu padre, porque no me quería, pero a ti sí. Sabía que acabaría yéndose con otra, y eso fue lo que pasó. Os tenía mucho rencor a los dos. Supongo que en el fondo quería a ese desgraciado, a mi manera, y eso lo empeoraba. Eres muy afortunada de tener un marido tan entregado, Bella, inmensamente afortunada.

Mi madre era otra de las personas con las que tenía que poner buena cara.

En esa época teníamos bastante trajín en casa. Como la señorita May se había ido, yo me encargaba de cocinar y de algunas tareas domésticas. La señora Hicks se ocupaba de todo el trabajo duro —que no era poco, en esa casa enorme—, y también insistía en cocinar las verduras, como siempre había hecho cuando Gertrude vivía. Jenny encajó a la perfección: llegaba poco después de las ocho de la mañana para ayudar a los niños a vestirse y para estar encima de ellos mientras desayunaban en la cocina. Bernard y yo tomábamos un desayuno más suntuoso en la sala de estar, comentando nuestra correspondencia, aunque yo apenas recibía cartas, y hablando de la galería, cosa que le gustaba hacer conmigo. Luego me hacía alguna recomendación para pasar el día, me daba un besito en la mejilla y se iba a buscar a Peter para hablar de trabajo. Peter siempre trabajaba en casa, nunca en la galería.

Entre semana no había mucho que hacer en la cocina hasta la tarde, así que normalmente tenía las mañanas más o menos libres para visitar las exposiciones de arte que me recomendaba Bernard y luego iba a las casas de subastas. Me fui envalentonando en las subastas, y a veces pujaba por piezas que superaban los pocos cientos de libras. Compré un escritorio francés con preciosas incrustaciones de madera por doscientas treinta libras y, a la semana

siguiente, vendí el mío, de la primera época victoriana, por sesenta y cinco, para pagar una parte. Un par de elegantes espejos de cuerpo entero estilo Reina Ana sustituyeron al espejo estilo Trafalgar, uno a cada lado de la consola; luego cambié esa consola por otra más antigua, con un tallado más elaborado, y así sucesivamente, de manera que las piezas de mi habitación secreta se fueron haciendo más y más valiosas. Me habría resultado imposible sin la ayuda de Peter y su furgoneta: fue él quien encontró algunas de las mayores gangas. Pasábamos el rato en el sótano, bebiendo café y planeando cuál sería el siguiente paso, y a veces se nos unía Mary, que llamaba a aquella habitación «el Paraíso Perdido», aunque a mí me parecía más bien «el Paraíso Encontrado».

CAPÍTULO XXVIII



Johnny empezó a tener pesadillas, así que Bernard pidió que trasladaran su camita al vestidor para que durmiese al lado de su padre, y las pesadillas cesaron. Me alegraba por el chiquillo, pero no podía evitar sentir cierto resquemor. Ahora, cuando los niños jugaban juntos y Johnny empezaba a llorar porque no podía salirse con la suya, Bernard aparecía de repente y acusaba a Marline de portarse mal con él. Si los dos le hablaban al mismo tiempo, como ocurría muy a menudo, Bernard decía: «Marline, calla un momentito y deja que hable Johnny». A veces parecía un poco dolida, pero en general lo llevaba muy bien. Cuando miraba a mi hija pensaba que la quería con locura, y cuando miraba a mi hijastro, con sus mejillas rojas y blancas de cuento de hadas, se me partía el corazón al pensar: «Siempre tendrá prioridad para su padre. Marline y yo no somos nada». Casi tenía celos del niño, y lamento reconocer que a veces le daba una torta si se ponía particularmente insoportable. No era un niño complicado por naturaleza; se había vuelto así por culpa de Bernard.

Unos días antes del cuarto cumpleaños de Johnny volvimos a ir por manzanas. No fue un día tan bonito como el del año anterior, quizá porque me esforcé demasiado. Repetimos el pícnic debajo del árbol, y esta vez también estaban Mary y Peter, por lo que tendríamos que haber pasado un rato muy agradable, como los niños. Johnny era mucho más ágil este año y trepaba por las ramas bajas del árbol, aunque nosotros estábamos muertos de miedo por si se caía. Bernard jamás nos perdonaría que en su piel blanca como la nieve apareciese un gran moratón. El chiquillo no se cayó, pero yo estaba de los nervios esa tarde. Podía estar riéndome y de repente romper a llorar, mientras Peter y Mary se intercambiaban una mirada. Sabía que estaban preocupados por mí; de hecho, yo también estaba preocupada por mí. A medida que mi matrimonio inhóspito se deterioraba, también lo hacía mi salud. Tenía migrañas y me costaba comer, como si la comida se me pegase a la garganta;

pero lo peor era la depresión, unas veces profundísima y terrible, y otras oculta bajo la superficie, al acecho. Bajaba a la habitación secreta y las lágrimas me resbalaban por las mejillas; luego, cuando tocaba mis preciosos objetos —el tallado de la consola, las suaves incrustaciones de madera del escritorio y la virgen española con sus preciosas manos talladas y su manto bordado en oro—, sentía cierto consuelo y volvía a subir a la casa. Solo quedaba la señora Hicks trabajando con nosotros ahora que los dos niños iban al colegio, aunque Johnny solo por las mañanas. La mujer del policía seguía viniendo para hacer de canguro, pero no duraría mucho más, porque se había quedado embarazada. Bernard y yo casi nunca salíamos, para no causar demasiadas molestias.

Entretanto, se había colado en nuestras vidas una joven llamada Alison, una chica melancólica de pechos pequeños y ojos grandes que parecía pedir ayuda a gritos. Trabajaba en el banco de Bernard y llevaba más de un año cobrándole los cheques sin que él se hubiese percatado de ella. Hasta que un día se presentó en la galería a la hora del almuerzo y él la reconoció al instante, sorprendido al verla en otro contexto. Me habló de ella una noche mientras cenábamos.

—Había una chica tímida mirando los cuadros con sus ojos enormes e intentando entenderlos. Me ha dicho que antes iba a la National Gallery a la hora del almuerzo, pero que desde que visitó la Tate han empezado a interesarle los cuadros modernos. La pobre, que se llama Alison, por cierto, ha reconocido que no sabe nada de arte, pero que tiene muchas ganas de aprender. La cuestión es que le he prometido que le prestaría varios libros y el sábado por la tarde pasará a recogerlos. No te molesta tomar el té con ella, ¿verdad?

No, no me molestaba tomar el té con ella. Y así fue como Alison se coló en nuestras vidas. Espero de corazón que la pobre Gertrude no me viese como una especie de Alison. Creo, estoy casi segura, que acompañó a Bernard en varios de sus viajes a Bruselas, y no tuvo que aprender francés antes.

Y ahora llega una etapa terrible, una etapa en que me comporté como si no fuera yo. Era como si el cerebro se me hubiese convertido en una goma rota: habían tirado tanto de él, en un sentido y en otro, que era como si hubiera perdido el control. El desastre ocurrió al día siguiente de la recolecta de manzanas. Habíamos pasado un día muy agradable, la verdad sea dicha, y Johnny me estaba ayudando a guardar las manzanas en el vestíbulo del sótano. Había una repisa alargada al lado del contador del gas donde dejamos unos trece kilos, y decidí guardar el resto en mi gran baúl de roble, que había

sido desterrado de mi habitación por su aspecto aparatoso y rural. Tenía una tapa enorme y pesada, con un cerradura de hierro enorme y pesada, y ahora estaba en un rincón oscuro del vestíbulo. Al principio me costó abrirlo, y lo aparté un poco de la pared para que fuese más fácil. Estaba vacío, y tenía un ligero olor a alcanfor, así que lo dejé abierto para que se orease.

Mientras el baúl se estaba oreando, Peter bajó por las escaleras con una maleta. Dijo que iba a pasar unos días en Cornualles con su familia y que había venido a despedirse. Johnny quería verlo marcharse en su pequeña furgoneta de Correos roja, así que subimos todos y, cuando salimos al jardín soleado, Johnny se subió a lomos del oso, como siempre hacía la mayoría de los niños. Los transeúntes que pasaban por delante de la verja debieron de pensar que éramos una familia muy feliz, con nuestro hijo precioso y sonriente y nuestra casa majestuosa, aunque quizá les extrañase la curiosa furgoneta de Peter.

Cuando se marchó, volvimos a bajar al sótano con sumo cuidado, pues Bernard decía que las escaleras eran peligrosas, pero al llegar al último peldaño Johnny se soltó de un tirón y empezó a coger las manzanas brillantes y a arrojarlas bruscamente al baúl, y cuando le pedí que parase se rio con aire desafiante, se encaramó y se metió en el baúl.

—¡No! —grité, y crucé corriendo el vestíbulo para detenerlo, pero antes de llegar hasta él la tapa se cerró, la tapa se cerró, LA TAPA SE CERRÓ. No se veía nada más, solo la enorme tapa cerrada. Tendría que vivir el resto de mi vida con la imagen de esa enorme tapa negra cerrándose con un golpe seco.

¿Habría podido estar más rápida, más tranquila? ¿Habría podido salvar al chiquillo? ¿La culpa era mía por haber dejado abierto el baúl? Antes de abrirlo creía saber lo que me encontraría: un niño muerto con una sonrisa desafiante en la cara. Pero, cuando lo vi, tenía la boca deformada en una mueca de horror y una escalofriante mirada de sorpresa. Cuando tuve a mi pobre hijastro en brazos, perdí el juicio; fue como si me convirtiese en otra persona, idiota y taimada al mismo tiempo. Bernard no podía enterarse por nada del mundo de lo que le había pasado a su hijo; tenía que esconderlo en algún sitio. Mi pobre mente retorcida nunca se planteó pedir ayuda por teléfono; la ambulancia podría haber llegado en cuestión de minutos. Lo tumbé en el suelo sucio y subí corriendo a buscar uno de los elegantes pañuelos de Bernard para envolverle el cuello y que soportara el peso de su cabeza. Me parecía muy importante, como quien pega la cabeza rota de una muñeca. Pero no funcionó: la cabeza seguía inclinándose. Luego me acordé del beso de la vida y lo besé una y otra y otra vez, pero no sirvió de nada

porque estaba decididamente muerto. De todos modos, lo cubrí con mi rebeca porque parecía estar enfriándose.

Para mí, lo principal era ocultárselo a Bernard: lo enterraría en el jardín. Así las cosas, volví a meterlo en el baúl mientras cavaba el hoyo fuera. El lugar más evidente era bajo del enebro, donde su madre acostumbraba sentarse y soñar antes de que él naciese. La tierra estaba muy mullida y cubierta de hojarasca, no costaría cavar una tumba poco profunda. Arranqué unas plantas de fresas silvestres de esa parte del jardín y las dejé al lado de la tumba, para plantarlas encima cuando hubiese terminado. Entonces oí el reloj de la iglesia dar la media hora y caí en la cuenta de que Marline estaba a punto de volver del colegio, así que me metí corriendo en la casa para cerrar la tapa del baúl, que había dejado abierta con la descabellada esperanza de que el niño resucitara, de que hubiese ocurrido un milagro y solo estuviera dormido. Le toqué la frente, pero no cabía duda de que estaba cada vez más fría, y sus manitas no parecían las de Johnny. Para mi sorpresa, los brazos le pesaban mucho, y volvían a desplomarse en cuanto los levantaba. A pesar de todo, aún habría estado a tiempo de llamar para pedir ayuda, pero era incapaz de enfrentarme a Bernard y confesarle lo ocurrido, y eso era lo único en lo que podía pensar mi pobre mente retorcida. Recordé aliviada que esa noche llegaría a casa tarde. Iba a llevar a un concierto a Alison, a la que ahora, además del arte, le interesaba la música.

No volví a acercarme al sótano hasta que Marline estuvo acostada, sin riesgos. Normalmente les leía a los niños un cuento cuando se iban a dormir. Esa noche le tocaba elegir a Johnny, y Marline preguntaba cada dos por tres dónde estaba. Le expliqué que Charlotte y su marido se lo habían llevado a pasar unos días de vacaciones en coche. Luego le conté a Bernard la misma mentira, algo más adornada, y me creyó porque no vio que mis ojos se movían de forma frenética, como siempre que miento. Eso sí, estaba muy enfadado con Charlotte por haberse llevado a su hijo sin su permiso.

—No me gusta un pelo —refunfuñó—. Ni siquiera ha podido despedirse de mí.

Yo aparté la mirada y respondí:

—Quería irse, ya sabes cómo es.

Luego nos separamos para pasar la noche; Bernard en su vestidor, con la cama de su hijo pegada a la suya, vacía.

Cuando me cercioré de que Marline estaba dormida, bajé al sótano, saqué a Johnny del baúl y lo envolví en mi mejor vestido de seda, de color maíz. Me parecía que nada era digno de él. Ahora estaba frío y tenía una expresión

hermosa, aún más que en vida; pero me costó mucho más de lo que esperaba atravesar el jardín cargando con él, en dirección al bosquecillo.

Me di cuenta de que le hablaba como si estuviese vivo: «¡Cuánto pesas, Johnny! Venga, que ya casi estamos», y, cuando lo dejé en la pequeña tumba: «¡Ay, cariño mío! Ahora no sé qué pasará». Mientras lo cubría de tierra mezclada con hojarasca oí un leve crujido y me sentí observada, pero solo eran las urracas, cuyas plumas blancas destacaban bajo la clara luz de la luna. Parecía que había más de lo habitual, pero estaban muy tranquilas, solo miraban.

Planté las fresas como buenamente pude, pero no quise regarlas para que Johnny no se mojara. Luego me senté en el banco de Gertrude y recordé que me había pedido que cuidara de su hijo si a ella le pasaba algo. Y la verdad es que había cuidado de él como mejor sabía, y solo le había dado alguna torta puntual. Bernard era quien lo había malcriado. Me quedé en el banco un buen rato, pensando, sin dejar de temblar a pesar de que hacía buena noche.

CAPÍTULO XXIX



No sé cómo habría podido soportar los siguientes dos días de no haber encontrado un bote de Valium olvidado en la habitación de la señorita May; eran las pastillas azules, las más fuertes. Debían de llevar allí años, pero aún eran potentes. También había pastillas para dormir. Anestesiaron deliciosamente mi pobre cabeza y, aunque vivía en una especie de sueño, lograba cocinar sin causar estragos.

—No pareces tú, Bella —me dijo Bernard—. ¿Estás enferma?

Y le conté otra mentira, le dije que tenía una leve gripe.

Bernard pasó el cumpleaños de Johnny en casa; habría cumplido cuatro años. Estaba seguro de que Charlotte lo traería en un día tan señalado, y me insistió para que preparase una gran comida familiar con los platos favoritos de su hijo: pollo relleno, patatas asadas y pudin de chocolate con nata montada. Dije que no daba tiempo a preparar una tarta de cumpleaños, así que fue a comprar una. Mientras preparaba la comida, las lágrimas me resbalaban por las mejillas; pero, como llevaba un tiempo con esos ataques de llanto, la señora Hicks no se sorprendió. Cuando Bernard volvió con la tarta, dijo que hacía un día precioso, que por qué no salía de la cocina y daba un paseo con él por el jardín, que me sentaría bien para el resfriado. Así pues, paseamos entre las últimas flores de otoño, aún brillantes e intactas, a la espera de las heladas. Bernard me llevaba agarrada del brazo, hacía meses que no estábamos tan juntos. «Este será el último paseo en pareja que demos —pensé—. Cuando descubra la tumba de Johnny, será el final de nuestra relación. Quizá Bernard piense que soy un monstruo». De repente tuve una idea y le dije a Bernard que debía volver: tenía que escribir una carta importante inmediatamente. Le aparté la mano de mi brazo y la apreté un momento contra mi cara, antes de entrar en la casa a toda prisa.

La señora Hicks estaba en el comedor poniendo la mesa para la esperada celebración familiar y pensé que ojalá fuera cierto y Johnny entrase corriendo

en el comedor, seguido de Charlotte y del marido que nunca había visto. Le pedí a la señora Hicks que estuviese atenta al horno por mí y me dijo que contase con ello, y luego añadió:

—Solo espero que el señor Forbes no se lleve una desilusión. Me extraña que no hayan mandado una postal o llamado por teléfono. Quizá la señorita Charlotte se haya olvidado del cumpleaños de la pobre criatura.

—Quizá —respondí, abriendo el armario de las bebidas; escogí una botella de *brandy* y subí al piso de arriba.

Me senté a escribir la carta en la habitación de Marline, donde tendría más intimidad que en la mía. Cogí la taza de los cepillos de dientes y el botecito de Valium del baño y conté las pastillas. Solo quedaban diez, pero tenía alcohol de sobra para ayudarme a tragarlas; un vaso hasta arriba de *brandy* ya era casi mortal de por sí (me preguntaba si podría mezclarlo con agua). Bebí un sorbo de *brandy* solo y escribí mi carta en una hoja grande de papel de dibujo que Marline había clavado en su corcho. En la esquina superior izquierda había un alegre dibujo empezado, con flores y letras: no era lo ideal para la carta que estaba a punto de escribir. La dirigí a Bernard y a todo el que la leyera, quizá un forense. No quería que la carta fuese demasiado personal, solo completamente verídica.

Hice una descripción detallada y rigurosa de todo lo que había ocurrido desde que abrí el baúl para que se orease y Johnny se despidió de Peter: el descenso de los peldaños con sumo cuidado, el lanzamiento salvaje de manzanas al baúl abierto por parte de Johnny, mi petición para que parase, y cómo, desafiándome, se metió en el baúl aunque le grité «No» (en realidad no recordaba si estaba de pie o inclinado hacia delante; me parecía que inclinado), etcétera. Escribí muy rápido, porque recordar el episodio era un calvario. Me costaba explicar por qué le tenía tanto miedo a Bernard, hasta el punto de enterrar a la pobre criatura bajo el enebro. Le rogaba que me perdonase por comportarme de una forma tan rara y le preguntaba si se había percatado de mi depresión y mi deterioro mental de los últimos meses. Sentía que estaba perdiendo el juicio y, ahora que había sido la causa indirecta de la muerte de su hijo, era incapaz de seguir adelante. Indiqué, eso sí, que, si no se hubiese animado a Johnny a ser desobediente, quizá no habría muerto. No escribí mucho sobre el amor o el dolor de marcharme porque lo leerían unos desconocidos. Me sentí más tranquila cuando acabé de escribir la carta, que dejé en la mesilla con el *brandy* y el Valium. Tenía pensado echarme después de comer y pedirle a Bernard que me avisase cuando llegara Charlotte, que sería dentro de mucho, mucho tiempo.

Cerré la puerta de mi habitación y bajé a toda prisa para ayudar a la señora Hicks a preparar una comida para una gente que nunca llegaría y poner las velas en la tarta de cumpleaños de un niño que ya estaba muerto. A la una en punto, Marline volvió del colegio porque se había acordado de que Johnny cumplía años: le había comprado unas zapatillas rojas y mullidas con forma de conejo orejudo. Cuando al fin nos sentamos a comer con la mesa medio vacía, la pobre estaba al borde del llanto; Bernard se esforzó por parecer más alegre de lo que estaba, me felicitó por la comida y apuntó que no costaría nada calentarla cuando llegase el resto de la familia. Dijo que hacía un día de otoño precioso y que se notaba muy contento.

—Alegra esa cara, pequeña Marlinchen —dijo, dándole un pellizco juguetón—, Johnny vuelve esta noche. —Luego, dirigiéndose a mí, preguntó —: Y ¿tú por qué no comes, cariño?

Le dije que tenía mal cuerpo, como si se acercara una terrible tormenta:

—Será la gripe. Voy a echarme después de comer para descansar un buen rato, así que no me despiertes hasta que no venga Charlotte.

Antes de que terminásemos nuestra comida, más tarde de lo normal, llamaron al timbre de la puerta principal y oímos a la señora Hicks hablar con unos hombres en el vestíbulo. Bernard se levantó de la mesa y oí su voz autoritaria:

—Sí, puede ser. Tenemos un nido en el bosquecillo. Lleva ahí varios años... gemelos... me parece muy bien...

Marline, siempre alerta, salió como una flecha del comedor, gritando:

—¡Mis pájaros! ¡No los molestéis, que se van!

Oí de nuevo a Bernard, reprendiéndola:

—Calla, Marline, vuelve al comedor y acábate la comida.

Marline no volvió, pero al menos guardó silencio y, cuando los hombres cruzaron la sala de estar y salieron al jardín, los siguió a paso ligero. Yo estaba apoyada en el marco de la puerta, observándolos. El miedo me aplastaba; me encontraba tan mal y estaba tan nerviosa que me castañeaban los dientes —y, sin embargo, era como si tuviese fuego en las venas—, pero no me quedó más remedio que seguir a los tres hombres y a la niña. Uno de ellos tenía toda la pinta de ser policía; quizá ya le hubiesen contado lo de la pequeña tumba y viniera a inspeccionarla. Ya casi habían llegado al enebro, y yo los seguía, trastabillándome, pero nadie se percató de mí, salvo los pájaros alarmados. Alzaron el vuelo desde el suelo, elevándose con su «chakchak-chakchak-chakchak» estridente, y ahora eran tres, en vez de dos, y un gran estruendo resonó en mis oídos como una tormenta violenta cuando los pájaros

se lanzaron en picado contra mí: uno llevaba una gran piedra redonda en su temible pico y la soltó, y supe que iba a aplastarme por completo mientras la veía caer hacia mí.

CAPÍTULO XXX



En realidad, el policía no había venido por la pequeña tumba, sino por algo bien distinto. Había en Hill Rise un famoso orfebre que elaboraba joyas exquisitas y carísimas con metales y piedras preciosas. Esa mañana, mientras estaba en su taller haciendo una gruesa cadena de oro, vio por la claraboya una gran ave posada en su tejado, cantando una hermosa canción. Se levantó y se dirigió a la puerta, pero al cruzar el umbral perdió una de sus zapatillas. De todos modos, salió así a la calle, con una zapatilla y un calcetín; en la mano izquierda llevaba la cadena de oro y en la derecha las tenazas con las que estaba trabajando, y el sol brillaba e iluminaba toda la calle. El ave se había acercado al borde del tejado y el hombre le dijo: «Ave, qué hermoso es tu canto», y ella cantó algo tal que: «Pío, pío, chak-chak-chak». Al orfebre le gustó tanto que apenas se inmutó cuando el ave bajó como una flecha, le arrancó la cadena resplandeciente de la mano y, después de subirla al tejado, pasó un rato picoteándola, hasta que se fue volando hacia los jardines a espaldas del taller.

Varias personas, algunas desde su coche, presenciaron el episodio y se quedaron anonadadas. Unos decían una cosa y otros otra: «Es una grajilla ladrona»; «No, es demasiado grande, probablemente sea una urraca»; «Pues claro que es una urraca, negra y blanca con la cola alargada». Otra persona aseguraba que era un loro, y, como empezó a congregarse una multitud, el joyero, hombre tímido, volvió disimuladamente a su taller y cerró la puerta. Entonces se percató de que había perdido una zapatilla. Cuando la encontró, salió al pequeño jardín de la parte de atrás, pero ni allí ni en el de su vecino vio brillar la cadena de oro. Llamó a la policía y mandaron a un joven agente, de lo más cooperador, que sabía mucho de aves y sus costumbres. Después de anotar la descripción de la cadena de oro perdida, el joven policía sugirió que preguntasen en las casas con jardines grandes de los alrededores. Los dueños de las dos primeras casas que visitaron dijeron que, aunque a veces alguna

urraca se posaba en la copa de sus árboles, no habían visto ninguna últimamente; sin embargo, al tercer intento hablaron con una anciana que estaba al tanto de las urracas de los Forbes y los envió a su casa.

—Hay una niñita, una niñita de piel muy oscura, que les da de comer con los labios, y han construido un nido rarísimo. La mujer que murió también les tenía mucho cariño y decía que eran sus *elsters*. Las veo desde la ventana de mi baño, y ahora parece que hay tres, pero no he visto una cadena de oro. Es la casa grande, con un oso esculpido en la puerta. No tiene pérdida.

Así que el policía y el joyero se presentaron en nuestra casa, y Bernard los acompañó al bosquecillo, seguidos de la indignada Marline. Encontraron a las urracas picoteando la cadena de oro justo bajo el enebro, y las aves alzaron el vuelo, espantadas, antes de lanzarse en picado contra mí. Fue entonces cuando caí al suelo, entre contorsiones y gemidos, no aplastada por una piedra, sino por mi pobre mente trastornada.

CAPÍTULO XXXI



Estuve en coma un tiempo: varios días, según me contaron. Luego vino un período aterrador en que no dejaba de gritar, pero era incapaz de articular palabra, no sabía dónde estaba, ni siquiera quién era. En ocasiones, cuando se me pasaba el efecto de los fármacos, pensaba que quizá estuviese en el purgatorio. A menudo veía siluetas amenazantes inclinadas sobre mí, y al principio sus voces me perforaban los oídos; era como si estuviesen gritando por un megáfono. A veces venía gente a la que en algún momento conocí, aunque no recordaba quiénes eran. Más tarde, una enfermera me contó que la primera vez que hablé con claridad fue cuando Bernard estaba al lado de mi cama. Aunque no lo reconocía, algo se torció en mi cabeza y le dije:

—Preferiría estar casada con un zorro antes que contigo.

Un disparate, pero era un primer paso.

El peor paso fue cuando recuperé la memoria, al principio muy borrosa, luego espantosamente nítida. Llamé a la enfermera y dije que tenía que hablar con alguien de Johnny; estaba preocupadísima por él. Luego vino una mujer muy comprensiva, que se sentó a mi lado y me dejó hablar todo lo que quise, tomando notas mientras me escuchaba. Al cabo de un rato comprendí que era policía. Tenía una copia de la carta que le había escrito a Bernard y me preguntó si todo era verdad. Quería saber por qué le tenía tanto miedo. Le dije que todo era verdad, aunque estaba muy trastornada cuando la escribí, y que había enterrado al pobre Johnny para ocultarle el cadáver a Bernard, hasta que acabé destrozándome. Intenté explicarle lo obsesionado que estaba por su hijo, como si fuese su esposa fallecida. Habida cuenta de mi estado mental, era incapaz de decirle que su hijo estaba muerto porque había dejado la tapa del baúl abierta. Pero es que, aunque hubiese muerto de otra forma, no habría podido decírselo a Bernard; habría preferido, con mucha diferencia, morirme yo.

Más tarde vino a verme otro policía, que me hizo las mismas preguntas una y otra vez, aunque reconozco que los agentes fueron amables: al menos no parecían creer que hubiese asesinado a Johnny. Por lo que no dejaban de preguntarme era por el enterramiento ilegal. No tuve que presentarme ante el juez forense ni ante un juzgado de guardia, pues decían que no estaba en condiciones de defenderme, pero se decidió que ingresara en un hospital psiquiátrico. Era mejor que ir a la cárcel, y necesitaba tratamiento de verdad. No solo por la depresión y la desesperación que me atenazaban cada cierto tiempo, sino porque tenía la cabeza tan confusa y magullada que no podía concentrarme. Alguien se encargó de que recibiese *The Times* todos los días; me gustaba hojearlo, pero era incapaz de leerlo. Se planteó la posibilidad de recurrir a la TEC, pero mi madre y Bernard se opusieron y, cuando descubrí lo que era^[5], me alegré de haberme librado de una experiencia tan desagradable.

A veces tenía alucinaciones, quizá por los fármacos que me daban. Veía a Johnny balanceándose en su columpio, adelante y atrás, dentro de mi habitación; lo llamaba, pero él no paraba, y seguía viéndolo aunque cerrara los ojos. También estaba la mujer impermeable, que solo se me aparecía por las noches. Medía un metro, estaba hecha de impermeables de plástico enrollados y, aunque no tenía ojos, unos botones colocados estratégicamente formaban una especie de cara. Salía de debajo de la cama y correteaba de aquí para allá, como si estuviese muy atareada barriendo los rincones de la habitación, aunque no parecía tener escoba (ni manos, dicho sea de paso). Ante el más mínimo ruido volvía a esconderse a toda prisa debajo de la cama, pero yo tenía la sensación de seguir oliendo a plástico. Durante un tiempo se me apareció casi todas las noches, y la veía incluso en la oscuridad.

Mi madre venía a verme con frecuencia. Al principio no sabía quién era, pero desde que la reconocí hablamos largo y tendido, aunque yo no lo asimilaba todo y a veces me adormecía mientras me hablaba. Marline se estaba quedando en su casa y se llevaban «a las mil maravillas», según me dijo. Estaba planteándose vender su casa con todos los muebles y vivir en otra completamente distinta.

—No sé dónde, pero tiene que ser distinta. Cuando te mejores, quizá puedas ayudarme. Eso sí, nada de antigüedades. Quiero que todo sea moderno y muy sencillo: cachivaches, ninguno, no sé si me explico.

Mary vino con una maleta llena de las prendas idóneas para una enferma mental. Había pasado por la casa a recogerlas. Me dijo que tuvo una larga conversación con la señora Hicks, quien, a pesar de estar abatida y

traumatizada, se las apañaba para «cuidar del señor» sin ayuda. También habló con Peter, que había declarado ante el juez forense.

—Habló muy bien de ti. Todos dijimos que eras una madre muy cariñosa, incluso Bernard, que también reconoció haberte desatendido. Ay, cariño, no te tendría que contarte estas cosas. Me advirtieron de que no lo hiciese.

—No pasa nada —dije, limpiándome las lágrimas—. Pero lo siento por Bernard. Que haya tenido que declarar ante el juez, encima de todo... Por no hablar de la publicidad. Es un hombre muy orgulloso.

Mary se encogió de hombros.

—Sobrevivirá —dijo, en un tono bastante frío, antes de preguntar si había venido a verme.

—Desde que estoy mejor no. Creo que no lo soportaría. Pero tiene largas conversaciones con el psiquiatra, y mi madre lo ha visto una o dos veces. Supongo que hablan de mí. Mary, ¿crees que podré volver a ser una mujer normal, independiente, capaz de tomar decisiones? Mi madre quiere que la ayude a buscar casa. A mí me gustaría.

Cuando Mary se marchó, me tumbé en la cama, envuelta en la bata, y miré por el tragaluz. Solo se veía el cielo cambiante y una bandera raída y descolorida ondeando en su asta; estaba tan desgastada y desteñida que recordaba a unas bragas de anciana. Creo que la ventana tenía rejas.

Al día siguiente me llevaron con mis dos maletas de ropa a un psiquiátrico a las afueras de Londres. Solo algunos pabellones tenían rejas en las ventanas, y la mayoría de los pacientes eran libres, al menos los que yo conocí. Sufrí una pequeña recaída al poco de llegar y tuvieron que volver a medicarme, pero al cabo de una o dos semanas me fui notando mejor y poco a poco empecé a salir de mi habitación, al principio acompañada de una enfermera y luego cuando me apetecía. En las salas comunes había televisiones, pero después de pasar unos minutos delante de la pantalla me notaba confusa, entre otras cosas porque algunos pacientes hacían ruidos extraños mientras la veían. Prefería el transistor que me había traído mi madre, y lo escuchaba muchísimo, sobre todo conciertos y obras de teatro.

Mi madre se estaba convirtiendo en la mejor persona del mundo, y parecía quererme mucho más ahora que estaba un poco tocada; quizá hubiera sido demasiado independiente hasta entonces. Nos llevábamos tan bien que hasta nos gastábamos bromas. Vivir con Marline parecía haberle ablandado el corazón. Decía que le encantaba estar con ella, que le había renovado el interés por la vida. Yo echaba tanto de menos a mi hija que me dolía el alma, porque siempre habíamos estado muy unidas. Mi madre la traía de vez en

cuando para que estuviese con ella un ratito, y tomábamos el té en mi habitación, pero en realidad no me gustaba que me viera allí; además, mi madre decía que los pacientes tenían tanta necesidad de vida familiar que casi la acosaban.

Bernard no había ido a visitarme al psiquiátrico. Quizá los médicos creyeran que verlo podría afectarme, porque un día mi médico personal me preguntó qué me parecía verlo, si me sentía con fuerzas. Respondí que ya iba siendo hora de que hablásemos cara a cara, porque empezaba a imaginarme todo tipo de catástrofes. Aunque me había escrito varias notas cortas, eran extraordinariamente frías. Así pues, acordamos que Bernard vendría a verme.

Una de las peluqueras voluntarias me retocó el pelo y las enfermeras me hicieron la manicura: hasta la señorita May habría dado el visto bueno a mis manos, que llevaban semanas sin trabajar. Echaron un vistazo a mi ropa y, después de escoger las prendas que les parecían más favorecedoras, abrieron el joyero. Se fijaron inmediatamente en el anillo con el topacio rosado y diamantes resplandecientes, mi anillo de compromiso, pero yo les dije: «No, no, guardadlo», y se intercambiaron miradas atónitas. Con la cara triste, cerraron las maletas y las metieron en el armario: la pequeña fiesta había terminado.

Bernard vino a primera hora de la tarde, orgulloso y atractivo como siempre, pero en absoluto feliz.

—Pobrecilla, has adelgazado muchísimo —dijo, y me rodeó con el brazo un momento; pero no me besó, por lo que supe que habíamos acabado definitivamente, sobre todo cuando preguntó si podía sentarse y eligió una silla alejada de mí. Me hizo las preguntas de rigor: ¿estaba cómoda? ¿Cómo me encontraba? ¿Estaba satisfecha con el tratamiento? Cosas así. De repente me fijé en los jarrones con agua que la enfermera había dejado para las flores que traería mi marido.

—Bernard, la enfermera va a llevarse un chasco cuando vea que no me has traído flores. Mira los jarrones que ha traído, tres, de diferentes tamaños.

Bernard pareció afligido.

—Dios mío, lo siento. Con todo lo que llevo en la cabeza se me han olvidado las flores. Bella, estoy totalmente destrozado desde que no están ni Gertrude ni Johnny. No tengo nada por lo que vivir, nada. Volver a esa casa llena de recuerdos es un calvario. La he puesto en venta, ¿sabes?

Le dije que no lo sabía y me respondió que había muchas cosas que no sabía; me habló de mi «inestabilidad mental» y afirmó que no quería desestabilizarme, aunque ya le había contado sus planes a mi madre.

—Creo que has sido injusta con esa mujer, Bella.

Luego me dijo que no volveríamos a vivir juntos; ahora que Johnny había muerto ya no tenía ningún sentido. Añadió que probablemente se marcharía del país, que se mudaría a Bruselas como una especie de socio comanditario de la galería de Londres. Yo conservaría mi sueldo de directora, por supuesto, y me daría un dinero de la venta de la casa para que pudiese comprarme una, «que esté mejor que esa tiendecita en que vivías. Por cierto, me quedé maravillado al ver tu habitación del sótano; magnífica. Es extraordinario que no supiese nada».

—¿Te habría interesado? —le pregunté—. Peter me ayudó a montarla, ¿lo sabías?

—Sí, eso me dijo. No tenía ni idea de que erais tan amigos. Cuando me vaya a Bruselas va a empezar a trabajar por su cuenta. Debería irle bien: tiene un montón de contactos y es muy bueno en lo suyo. Le ofrecí venir conmigo, pero prefiere quedarse.

Se levantó trabajosamente de la incómoda silla de hospital y se paró a mi lado un momento, poniéndome la mano en el hombro.

—En fin, siento que las cosas hayan salido así, cariño, pero os iré contando a ti o a tu madre cómo me va.

Se dirigió hacia la puerta, pero, antes de que cogiese el picaporte, le agarré la mano y le dije, entre lágrimas:

—Fuimos felices en Bruselas, ¿no? Y en Madrid también.

Estábamos muy pegados, pero se soltó y dijo, apartándose:

—Si tú lo dices, cariño... Sí, claro que fuimos felices. —Y se marchó.

Me pareció que la habitación estaba rarísima; era como si el aire ardiese. Me llevé la mano a la cicatriz, como en los viejos tiempos, pero me obligué a bajarla y me dije: «Si él puede empezar de cero, yo también. Y ¡voy a hacer pedazos el sillón de Bernard!».

La enfermera entró con seis ramos de claveles:

—Son de tu marido.

Ya se le había olvidado que no me gustaban los claveles.

Le pedí que los pusiera en los jarrones. No olían absolutamente a nada.

CAPÍTULO XXXII



La Navidad llegó y pasó. Vivir en un psiquiátrico no estaba tan mal, pues todo el mundo intentaba llevarlo lo mejor posible, sobre todo las enfermeras. Yo estaba recuperando el tiempo perdido: ahora trabajaba en la biblioteca del hospital y tenía largas conversaciones con los demás pacientes. Algunas mujeres eran raras como ellas solas, pero la mayoría de los hombres que conocí en la biblioteca parecían normales, aunque tristes. Luego empecé a pasar los fines de semana en casa (bueno, no en mi casa, en la de mi madre). Como ella ya la odiaba tanto como yo, nos dedicábamos a dar vueltas en coche buscando casas en venta, hasta que al fin encontramos una que nos gustaba en Chiswick. Estaba en una calle bordeada de árboles, no muy lejos del río, y era una casa victoriana con cuatro pisos y un jardín bien grande, con una magnolia que acababa de empezar a florecer. A mi madre le encantó el último piso. Ya lo habían convertido en un piso independiente, así que Marline y yo viviríamos en las dos primeras plantas, y podríamos alquilar el semisótano. La magnolia fue lo que me hizo decidirme a comprar la casa (había echado muchísimo de menos la que planté en el jardín de Twickenham), la magnolia y las habitaciones espaciosas, algunas con suelo de parqué y ventanales que daban al jardín. Bernard ya me había hecho un ingreso considerable en el banco, una parte de lo sacado con la venta de la casa de Richmond, y mi madre me dio veinte mil libras, con lo que pudimos comprar la casa sin hipotecarnos.

Aunque la casa de Bernard ya se había vendido, mis muebles y mis enseres personales seguían guardados en la habitación de Bella. Eso me preocupaba mucho: era frustrante estar encarcelada en el psiquiátrico, cuando tenía tantísimas cosas que hacer, y disponer solo de algún fin de semana ocasional para organizarme. Estaba tan obsesionada que los médicos tuvieron que aumentar mi dosis de pastillas y me reprendieron. Hasta que el bueno de Peter vino al rescate: trasladó todas mis cosas a la casa de Chiswick y la

decoró tal y como yo quería, dejando todos sus proyectos de lado en un momento muy importante para él, pues estaba empezando a trabajar por su cuenta.

Luego mi madre tuvo la excelente idea de alquilarle el sótano a Peter, amigo de confianza, en vez de a un desconocido. Aún no vivía solo, sino que compartía un piso en condiciones precarias con varios amigos, así que le vino que ni pintado. Mi madre acabó cogiéndole mucho cariño y dependiendo de él; y, más tarde, yo también.

Cuando por fin dejé el hospital era primavera. Peter y Mary vinieron a recogerme. Me dio mucha pena tener que despedirme de algunos médicos y enfermeras: se habían portado muy bien conmigo y habían vuelto a hacer de mí un ser humano, ojalá que más fuerte y mejor que antes.

Marline y mi madre me esperaban en nuestra casa nueva, ya completamente terminada; incluso la cocina estaba bien surtida de comida, y para celebrarlo habían preparado un almuerzo en el comedor y unas copas en la sala de estar. Era la primera vez en mi vida que tenía mi comedor y mi sala de estar; los de casa de los Forbes nunca los había sentido como propios. Había unas cuantas cosas de aquella casa repartidas por la mía; cosas que Bernard o la señorita Rose creyeron que necesitaría, como ropa de cama, porcelana y alfombras; también unos preciosos tapices orientales y, por curioso que parezca, las dos camas con elaborados cabezales. Todo lo demás se había vendido, menos los cuadros, los libros y los arcones con las cosas de Gertrude. Peter me explicó que le había dado el sillón especial de Bernard a la señora Hicks, para ahorrarme el incordio de tener que hacerlo pedazos. Nadie dijo qué había sido del macabro y viejo baúl.

Me pareció entrar en otro mundo cuando mi madre me enseñó el piso de arriba, con sus muebles empotrados, su moqueta y, en la cocina y el baño ultramodernos, suelos de baldosas. La sala de estar era un pelín austera, pero los sillones capitoné de cuero negro eran más cómodos de lo que parecía y tenía vistas al río, cosa que a mi madre le encantaba. No se parecía en nada a su casa de Kilburn, pero dijo que eso era justo lo que quería.

Cuando me acostumbré al placer de vivir en mi propia casa, empecé a notarme algo inquieta. Sentí que necesitaba un trabajo a media jornada, y Mary me sugirió que me encargase de sus compras. Nos convenía a las dos y me dejaba mucho tiempo libre para cuidar de Marline y cocinar. Una mujer robusta, hija de un minero y madre de cinco hijos, venía a limpiar. No perdí el contacto con la señorita Rose, a veces trabajaba en la galería cuando necesitaban ayuda extra y trabé bastante amistad con el socio de Bernard, un

judío anciano y sabio. La señorita Rose siempre me avisaba cuando Bernard estaba por allí, pero casi nunca era el caso. Creo que le daba miedo que nos viésemos, aunque le gustaba escribir de vez en cuando e incluso me pedía consejos. Al principio me ponía triste al ver el sello belga y su letra en el sobre, pero con el paso del tiempo dejó de importarme. Lo mismo ocurría con las cartas de Stephen llegadas de Estados Unidos: las dejaba en la repisa de la chimenea y pasaban días hasta que las abría. A veces las cartas de mi marido y mi antiguo amante estaban ahí juntas. Al final siempre acababa respondiendo, y las habría echado de menos si hubiesen dejado de llegar.

Además del semisótano, a Peter le dejábamos usar una de las habitaciones de arriba, que tenía buena luz, para hacer sus restauraciones. Lo raro era que casi nunca coincidíamos en las escaleras y, excepto los domingos, que comíamos en familia, apenas le veíamos el pelo. No obstante, si pasaba algo, si mi coche no arrancaba, por ejemplo, siempre echaba una mano. A veces, cuando no tenía demasiado trabajo, íbamos juntos a las casas de subastas y me ayudaba a comprar piezas para Mary y, puntualmente, para mí. De vez en cuando íbamos al cine o al teatro juntos; sabía que me tenía cariño, pero en ocasiones me preguntaba si Mary le gustaría más. Peter iba a su piso muchas tardes, y ella le cortaba el pelo rubio y liso —se le daba muy bien, la verdad sea dicha—, y me enteré de que también le planchaba las camisas, y de que se pimplaban una botella de vino entre los dos mientras ella planchaba. Él y yo nunca habíamos intimado tanto, aunque lo conocía desde hacía más de cinco años. Me contó que a menudo nos observaba a Gertrude y a mí mientras estábamos en el jardín, y recordé que una vez habíamos visto su cara pálida mirándonos desde su ventana de arriba. Lo llamábamos el príncipe de la torre, y le venía que ni pintado.

—Espero que ese joven tan agradable no se vaya con Mary y lo perdamos —dijo mi madre—. La casa no sería lo mismo sin él.

Y llevaba toda la razón: no lo sería.

Una mañana, mientras dejaba unas piezas en el puesto de Mary, me dijo, como quien no quiere la cosa:

—Estoy pensando en ir a España con Peter. A Barcelona, luego quizá a Madrid. Podríamos visitar ese mercadillo, el Rastro, al que Bernard no te dejó ir.

—Sí, seguro que os lo pasáis de maravilla —respondí, y me volví a casa muy pensativa.

Al entrar, oí unas notas de Scarlatti subir por las escaleras del sótano, con lo que supe que Peter estaba trabajando abajo. Bajé siguiendo lentamente las

notas, y ahí lo encontré, con su cuerpo esbelto inclinado sobre un marco que estaba dorando con pan de oro; la lámina aún colgaba, irregular. Cuando acabó, dejó el marco en la parte del sótano donde daba el sol y, al girarse, me vio.

—Peter, ¿es verdad que te vas a España con Mary? —le pregunté.

Pareció sorprendido.

—¿Te lo ha dicho ella? Pues acabo de enterarme. —Y de repente sonrió. Aunque no sonreía a menudo, cuando lo hacía se le iluminaba la cara—. ¿Te molestaría que me fuera?

—¿Que si me molestaría? —le solté—. Pues claro que sí.

Y, por primera vez, fui consciente de lo mucho que significaba para mí, y supe, a juzgar por su expresión, que él sentía lo mismo por mí. Luego me dijo que me quería desde hacía años, desde la primera vez que me vio en casa de los Forbes, pero yo siempre estaba tan embelesada con ellos que sabía que no tenía posibilidades, hasta que llegó la farsa de mi matrimonio, que le dio la oportunidad de ayudarme un poquito.

—¿Un poquito? —dije—. La habitación de Bella no habría existido de no haber sido por ti; mucho me temo que di por descontado tu ayuda. Y hablaste bien de mí cuando declaraste ante el juez, o eso me dijo Mary. ¿Te parece «poquito»?

Mary planeaba ir a Madrid de verdad, pero no con Peter, sino con un hombre del que llevaba años enamorada. Estaba casado con una mujer parapléjica y solo podían disfrutar de unos días de vacaciones muy de cuando en cuando. Me resultaba extraño conocerla desde hacía tantos años y no haber sabido hasta entonces que tenía un amante.

Nos hicimos muy bien a la convivencia en la casa de Chiswick: mi madre en su piso sin cachivaches y nosotros abajo, viviendo la vida que queríamos. Marline era feliz en casa, iba a un colegio que le gustaba y tenía un perro del que estaba muy orgullosa, un pastor galés al que pasó una cantidad considerable de tiempo adiestrando, aunque el único rebaño que juntaba era el de los perros ajenos. A Peter le sobraba el trabajo y, después del primer año, tuvo que contratar a un ayudante. Yo intentaba cortarle el pelo, aunque no era mi fuerte —los tijeretazos mal dados se notan mucho más en el pelo liso—, y no permitía que nadie le planchara las camisas. Cuando se cumplieron dos años desde que Bernard y yo vivíamos separados, nos concedieron el divorcio y Peter y yo pudimos casarnos, a Dios gracias, porque ya estaba gestando una criatura. Era precioso estar embarazada de un marido bueno que cuidaba de mí.

Un día, mientras Mary y yo charlábamos tomando un café en mi cocina, me pidió que fuese a ver los objetos de valor de una pequeña casa a la venta, pero se retractó al instante.

—Ay, no, no querrás ir, es en Richmond.

—No me importa ir a Richmond, mujer —respondí—. Hasta ahora no se había presentado la ocasión, ya está. Cuéntame.

Me explicó que la casa, o casita, mejor dicho, estaba en una zona algo apartada, cerca de George Street, y que era de una pareja de ancianos que había fallecido. El hijo le había dicho que tenían unas cuantas antigüedades que podrían interesarle. Mencionó una pequeña colección de pisapapeles de cristal, unos pierrots de porcelana de los años veinte, unos caniches de Rockingham y barcos y pájaros en urnas de cristal. Nada que fuese extraordinariamente llamativo, pero merecía la pena ir a verlo.

Tenía el coche en el taller, así que hice el viaje en tren. Todo estaba igual: el desguace de autobuses a la derecha de la vía; el puesto de libros y la floristería a la izquierda al salir de la estación; la tienda de animales, y la que solíamos llamar «la tienda útil», con una fantástica gama de tiradores, aldabas y pomos de latón. No tardé en llegar a la dirección que iba buscando, en medio de una hilera de casitas con jardines diminutos, y en ver al hijo abatido esperándome fuera, con la puerta abierta. Llegamos muy pronto a un acuerdo: compré todo lo que me ofrecía, incluso unos dibujos de actores victorianos decorados con purpurina en sus marcos originales, que sabía que le gustarían a Mary, y el hombre se comprometió a llevarlos a su piso esa tarde. Los muebles ya se los habían vendido al tipo que se encargaría de vaciar la casa. Eran de un estilo eduardiano particularmente feo y tenían un olorcillo desagradable.

Cuando salí de la casa el sol de primavera brillaba con fuerza y, en vez de volver a la estación, me encaminé hacia Richmond Hill, deteniéndome en los escaparates de tiendas antaño familiares. En Dickens and Jones ya tenían expuestos los vestidos de verano, pero en esa época no me interesaba la ropa porque estaba embarazada de seis meses y engordaba por momentos. Noté que algo me arrastraba hacia las calles más tranquilas, a espaldas de George Street, y luego calle arriba, hacia la antigua casa de los Forbes, el lugar en que había sentido con tanta intensidad que había estado a punto de abrasarme, el lugar que me había convertido en lo que era y que por poco acaba conmigo. Me detuve frente a la casa y me pareció sentir la presencia de Gertrude, ver su silueta hermosa y valiente inclinada sobre las flores. El oso esculpido seguía protegiendo la casa. Pareció reconocerme con sus ojos fríos de piedra.

Sentí el impulso fortísimo de ver la parte de atrás, el jardín silvestre y la espesura. A pesar de todo lo que me evocaba, no podía resistir la tentación de observar el bosquecillo en que Gertrude y yo nos sentábamos; y volver a ver el árbol en que las urracas habían construido su nido y desde cuyas ramas nos observaban, cotorreando; el enebro cuyos frutos Gertrude comía con tamaño abandono; y, por último, el lugar donde ocurrieron todas esas cosas que me gustaría olvidar.

Avancé lentamente por una calle lateral, donde antes había una verja de hierro que daba al extremo más alejado del jardín. La verja seguía allí, pero, cuando miré dentro, esa parte del jardín había desaparecido. En su lugar se erigía un alto bloque de pisos construido con ladrillos color ciruela, con un aspecto horrorosamente definitivo. Habían edificado encima de todo el bosquecillo y solo quedaba la parte cuidada del jardín, aunque no estaba tan sumamente expuesto como podría parecer, pues las ventanas que daban al jardín eran pequeñas, quizá las de los baños.

Los nuevos dueños debían de haber vendido la mitad del terreno. Me preguntaba qué tipo de gente sería, y volví para echar un último vistazo a la fachada intacta. Justo cuando me detuve frente a la verja de hierro forjado, la puerta principal se abrió y una mujer rechoncha de piel oscura salió de la casa, seguida de dos niños muy guapos. Me parecieron árabes, y hablaban animadamente en una lengua extranjera. La madre no dijo ni una palabra, y se limitó a esparcir con delicadeza los trocitos de pan que llevaba en un bol de latón para las golondrinas que aparecieron piando en el acto. Los chiquillos echaron a correr hacia el viejo oso: el mayor se subió a su lomo, mientras que el pequeño le daba de comer las migajas de los pájaros. Me alegró volver a ver a niños viviendo en la casa.

EPÍLOGO



Barbara Comyns escribió novelas extrañas e inquietantes y tuvo una carrera heterodoxa. Nunca fue una autora de masas, aunque en los últimos años se ha dicho que su obra fue predecesora del realismo mágico que tan de moda se puso en Inglaterra en los años setenta y ochenta, mucho después de que empezase a publicar. *El enebro*, aparecido en 1985, es una de sus obras más célebres, sólidas y curiosas. Tiene la clara esencia narrativa de las fábulas, pero también muestra una humanidad y una madurez que no siempre son evidentes en sus historias previas. Se trata de un logro extraordinario para una mujer bien entrada en la setentena, escrito tras un misterioso silencio de dieciocho años.

Barbara Comyns Carr, nacida Bayley (1907-1992), tomó su seudónimo del apellido de su segundo marido, un funcionario del Foreign Office con quien se casó en 1945. Su primera publicación fueron unas memorias, *Sisters by a River* (1947), que reúnen breves descripciones y ensayos escritos con ortografía infantil, al estilo Daisy Ashford, sobre su muy excéntrica infancia en una casa antigua y ruinosa del Warwickshire rural, con una madre sorda, una abuela exigente y un padre entregado a la bebida. Fue la cuarta de seis hermanos en una familia que iba quedándose rezagada de la clase media, y uno de sus temas predilectos eran las desventuras de la gente refinada que, azotada por la pobreza, se refugia en la vida bohemia y en los trabajos no cualificados, como el de modelo o criada. Después de su primera novela, *Y las cucharillas eran de Woolworths* (1950), un entretenido relato de su primer matrimonio, imprudente y fallido, con un artista fracasado, llegó *La hija del veterinario* (1959), que incluye una escena de levitación.

La estrecha amistad entre su segundo marido y Kim Philby, uno de los espías del Círculo de Cambridge descubiertos a principios de los años sesenta, hizo que la pareja tuviese que huir a España, donde vivieron casi veinte años en una suerte de semiexilio. A su regreso a Inglaterra, y en concreto a una

casa de Richmond, Comyns empezó a escribir *El enebro*, inspirada por la intensa sensación espiritual que impregnaba el lugar, y quizá animada por la reimpresión de algunas de sus obras por parte de Virago Press. Esta poderosa fábula contemporánea se basa en un famoso cuento alemán recopilado por los hermanos Grimm, que a la propia autora le parecía «demasiado macabro para que lo lean los adultos». Conserva toda la potencia del original, donde una joven casada anhela tener un hijo «rojo como la sangre y blanco como la nieve», pero muere al dar a luz, y la criatura queda al cuidado de una madrastra que, como manda la tradición, solo mira por el interés de su hija Marline. La mujer mata al niño y con su carne prepara un guiso del que come el padre, ajeno a lo sucedido; sin embargo, la pequeña Marline, su hermanastra, recoge los huesos y los entierra bajo el enebro, envueltos en un pañuelo de seda. Del árbol alza el vuelo un ave que desvela el secreto, cantando:

Mi madre me mató,
mi padre me comió,
Marlinchen, mi hermanita,
recogió mis huesecitos y,
envueltos en un pañuelo,
los enterró bajo el enebro.
Pío, pío, soy un lindo pajarito.

El contenido freudiano del relato es sorprendente, y las madrastras malvadas (esta muere aplastada por una piedra de moler) son una parte esencial del acervo de los cuentos, como muestran claramente *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (1978), de Bruno Bettelheim, y el estudio de 1994 *From the Beast to the Blonde* [De la bestia a la rubia], de Marina Warner.

Lo verdaderamente extraordinario de la versión de Comyns es su concepción del papel de la madrastra, y su versión compasiva y moderna de la mortífera piedra de moler. (He aquí un marcado contraste con la crueldad fría del tono y los argumentos de algunas de sus anteriores novelas). La madrastra narradora de esta versión, que vive para contar su historia, es un personaje redondo, una madre soltera que subsiste en el Londres multicultural de los años ochenta, maternal, cariñosa, trabajadora y emprendedora, cuya vida se cruza por casualidad con la de Gertrude, la esposa alemana, rubia, preciosa, generosa y sosegada, y su marido inglés, Bernard. La adaptación de la historia de los Grimm es ingeniosa y creativa, y su retrato del Londres que redescubrió a su regreso, después de una larga ausencia en España, goza de la

frescura y la agudeza de la mirada limpia. La autora observa con ojos maravillados, que no inocentes.

Recorre a muchos de los personajes y los tropos de los cuentos tradicionales —Bella, la heroína con cicatriz; el padrastro, comerciante de carbón; la madrina jorobada, el hada malvada, el oso esculpido, la urraca ladrona, las gotas de sangre escarlata en la nieve—, pero los entrelaza con una historia realista que transmite al lector la intensidad de la vida cotidiana londinense. Comyns conoce el mundo de los estudios y los parques infantiles, de las tiendas de segunda mano y de antigüedades, de los parques, de los grupos de borrachos de Bayswater y las cenas majestuosas en Richmond, de las *au pairs* españolas, los camareros italianos y los inmigrantes ilegales. Y, a sus setenta años largos, escribe con autenticidad sobre ese paisaje profusamente poblado, y escribe desde el punto de vista de una mujer mucho más joven, enfrentada a los dilemas y las decisiones de una madre soltera que (como la madrastra malvada del cuento de los Grimm) está programada para buscar el bien de su hija. La protagonista nos sugiere con maestría la compleja relación de su hija Marline, de piel oscura y sin padre, con el hijo rojo y blanco de Gertrude y Bernard, y, aunque la historia tiene una línea clara, no simplifica: resuena y se expande.

El uso del color en la prosa de Comyns es sorprendente, y sin duda refleja un aspecto de su primera etapa de formación en la Heatherley School of Fine Art de Londres y de sus años sucesivos, en los que se ganó la vida dibujando para un estudio de animación y trabajando de modelo para un artista. La atraían el color, los tejidos y diseños exóticos, las vincapervincas y las bayas azules del jardín de Gertrude en Richmond, las sencillas ilustraciones de un libro infantil, un llamativo frigorífico rojo. Y, sin embargo, esta historia de dos niños y sus madres no tiene nada de pueril. Estamos ante un sofisticado relato de emociones adultas, narrado sin sentimentalismo, y sin ninguna idea preconcebida y convencional sobre cómo debe vivirse la vida. Tiene sus sombras, también sus luces. Se trata de un relato curioso que suena curiosamente real, con un final inesperado que sobresalta, sorprende y, a su manera, perdona.

Margaret Drabble



BARBARA COMYNS (1909-1992), nacida Barbara Irene Veronica Bayley, vino al mundo en un pueblecito de Warwickshire, Bidford-on-Avon. Su padre era químico y fabricante de cerveza y su madre pertenecía a una gran familia irlandesa venida a menos. El matrimonio tuvo seis hijos (el mayordomo tenía entre sus funciones enterrar las placentas); la madre perdió el oído en su último parto y el padre, bastante despótico y aficionado a la bebida, murió cuando Barbara tenía quince años, dejando un montón de deudas que forzaron la venta de la casa y la dispersión de la familia.

Esta infancia dickensiana sería reconstruida en el primer libro de la autora, *Sisters by a River* (1947). Barbara estudió arte, fue modelo y pintora y tuvo un negocio de coches antiguos. En 1945 se casó con Richard Comyns Carr, funcionario del Foreign Office a las órdenes de Kim Philby, con quien años más tarde tendría que huir de Inglaterra a Ibiza y luego a Barcelona, donde viviría 16 años.

De fondo autobiográfico, *Y las cucharillas eran de Woolworths* (1950) es la segunda novela de su autora y reconstruye su matrimonio-relámpago con el artista John Pemberton en el Londres bohemio de los años 30. Otras novelas suyas son *Los que cambiaron y los que murieron* (1955), *La hija del veterinario* (1959), *Mr. Fox* (1987) y *The House of Dolls* (1989).

Su obra ha sido alabada por Graham Greene y Alan Hollinghurst. Murió en Shropshire en 1992.

Notas

[¹] Este «león» del jardín no se ha mencionado antes. Podría ser un despiste de la autora y referirse a la estatua del oso, ya descrita. No obstante, el «león» reaparece una vez más, en el capítulo XII. *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor]*. <<

[2] Señor Chimenea. <<

[3] En provenzal, «trino hermoso». Ese era, por cierto, el apodo con que la escritora francesa Colette llamaba a su hija, Colette de Jouvenel. <<

[4] En inglés «mercadillo» se dice *flea market*, «mercado de pulgas». <<

[5] Terapia electroconvulsiva. <<

ÍNDICE

Nota al texto

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Epílogo